Rosa Liksom

Compartimento nº 6

La chica sube al vagón de cola del tren, repara en un hombre que se tambalea por el pasillo, y desea que no se dirija a su compartimento, el número 6. Su deseo es inútil, y se sienta en su cama, frente a aquel desconocido que irradia un frío glacial. Ambos guardan silencio cuando el Transiberiano se pone en marcha con una sacudida, dejando atrás la noche helada y seca de Moscú. Ella quiere alejarse de ahí porque necesita distanciarse de su propia vida, con su dicha y su desdicha, pero ahora siente nostalgia. Él le sirve un vaso de té oscuro y comienza a hablar con aspereza. Va a tener que escucharle hasta el final, mientras la locomotora silba, los raíles chirrían, y el traqueteo del tren golpea metálico recorriendo la estepa.

Rosa Liksom

Compartimento nº 6

ePub r1.0
Titivillus 30-08-2023

Título original: *Hytti nro 6*
Rosa Liksom, 2011
Traducción: Luisa Gutiérrez Ruiz

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Gracias,
gospodin/grazdanin X. X.

MOSCÚ SE ACURRUCABA en la noche helada y seca de marzo, se protegía del roce de un sol glacial y poniente que se tornaba rojo. La chica subió al vagón de cola del tren, al último coche cama, buscaba su compartimento, el número 6, y respiró profundamente. En el compartimento había cuatro literas, las dos superiores estaban plegadas contra la pared, entre las camas había una pequeña mesita, en la mesita un mantel blanco y un jarrón de plástico, y dentro del jarrón, un clavel de papel rosa descolorido por el tiempo. La estantería a la cabecera de la cama estaba repleta de grandes bultos inestablemente atados. La chica empujó su vieja y modesta maleta, regalo de Zajar, en el portaequipajes metálico bajo la cama estrecha y dura; arrojó su pequeña mochila sobre la cama. Cuando la campana de la estación sonó por primera vez, la chica se acercó a la ventana del pasillo. Respiraba el aroma del tren, el olor dejado por el hierro, por el polvo de carbón, por decenas de ciudades y miles de personas. A su lado se abrían paso los viajeros y quienes los despedían, empujaban con sus bolsas y sus bultos. Rozó con la mano el frío cristal y echó un vistazo al andén. Este tren la conduciría a través de pueblos habitados por desterrados, a través de ciudades abiertas y cerradas de Siberia, hasta la capital de Mongolia, Ulán Bator.

Cuando la campana de la estación tañó por segunda vez, reparó en un hombre musculoso con orejas de col que llevaba un abrigo acolchado negro, de los que usan los obreros, y una gorra blanca de piel de armiño; también en una hermosa mujer de cabello oscuro y un tímido adolescente que se mantenía al lado de su madre. Ambos se despidieron del viajero y se alejaron de la mano hacia la terminal. El hombre clavó la vista en el suelo, se colocó de espaldas al viento helado, pellizcó un Belamorka, se lo llevó a los labios y lo encendió; fumó un instante, daba caladas ávidas, lo apagó con la suela del zapato y se quedó de pie, tiritando. Cuando la campana de la estación sonó por tercera vez, el hombre subió de un salto al tren.

La chica siguió con la mirada a ese tipo que caminaba por el pasillo, con paso tambaleante, y deseó que no se dirigiera a su compartimento. Su deseo fue inútil.

Tras un instante de vacilación, la chica entró en el compartimento y se sentó en su cama, frente a aquel desconocido que irradiaba un frío glacial. Ambos guardaban silencio. Él la observaba hosco, ella clavaba, insegura, la vista en la flor de papel. Cuando el tren se puso en marcha con una sacudida, por los altavoces de plástico del compartimento y del pasillo irrumpió con fuerza el Cuarteto de cuerda número ocho de Shostakóvich.

Y así queda atrás la invernal Moscú, metrópoli azul acero que el sol del atardecer calienta. Atrás queda Moscú, las luces de la ciudad y el estrepitoso tráfico, el baile en círculos de iglesias, un adolescente y una hermosa mujer de cabello negro con la mejilla hinchada. Atrás quedan los escasos letreros de neón brillantes contra el enojadizo cielo negro azabache, las estrellas de rubí en las torres del Kremlin, los cuerpos embalsamados del buen Lenin y del malvado Stalin, y Mitka; atrás queda la Plaza Roja y el mausoleo de Lenin, las balaustradas de enrejado de las escaleras de caracol de los grandes almacenes Gum, el hotel internacional Intourist con sus bares de divisas, las sombrías vigilantes de planta interesadas en el maquillaje, los perfumes y las máquinas de afeitar occidentales, que se apoderan en secreto de la superficie habitable del almacén de útiles de limpieza del hotel. Atrás queda Moscú, Irina, la estatua de Pushkin, las carreteras de circunvalación y las líneas circulares, las grandes avenidas de Stalin, la Novy Arbat con sus varios carriles al estilo occidental, la autopista Jaroslav y las filas de dachas adornadas con tallas de madera; un país agotado, curtido, resbaladizo. Al otro lado de la ventana, rehíla un mercancías vacío de cien metros de largo. Esto aún es Moscú: una aglomeración de edificios prefabricados de diecinueve plantas en mitad de un pozo de fango en cuyas ventanas heladas oscila una luz tenue, huidiza; terrenos en obras, edificios a medias, profundos boquetes abiertos en las paredes. Pronto también ellos se convertirán en una silueta en la lejanía. Esto ya no es Moscú: una casa hundida en la nieve, un bosque de coníferas revestido de escarcha meciéndose indómito, un claro cubierto por dunas de nieve, suave humedad bajo el nevazo, oscuridad, una pequeña cabaña de troncos solitaria en medio de

una llanura blanca, un descuidado manzano en el patio, un bosque de frondosas entumecido por la nieve, verjas de tablas delante de las villas, un desvencijado cobertizo de madera. Delante se abre una Rusia desconocida, congelada por el frío, el tren circula presto, centelleantes estrellas se perfilan relucientes contra el cielo agotado; el tren se precipita en la naturaleza, en la opresiva oscuridad iluminada por un cielo nuboso sin estrellas. Todo está en movimiento: la nieve, el agua, el aire, los árboles, las nubes, el viento, las ciudades, los pueblos, las personas y los pensamientos. El tren palpita pesadamente a través de una tierra nevada.

La chica escuchaba la respiración del hombre, profunda y apacible. Él se contemplaba las palmas de las manos: eran grandes y fuertes. Afuera, sobre el terreno, pululaban las linternas ferroviarias. Unas veces vagones parados en las vías ocultaban el paisaje, otras, la oscuridad nocturna de Rusia se extendía tras el cristal, de cuando en cuando se vislumbraba alguna casa iluminada por una luz pálida. El hombre levantó la vista, examinó durante largo rato a su compañera y con aspereza afirmó aliviado:

—Así que somos dos. Los brillantes raíles nos llevan al frigorífico de Dios.

En la puerta del compartimento apareció una vieja ordenanza, robusta, uniformada, que les entregó a ambos viajeros unas sábanas limpias y una toalla.

—Y aquí nada de escupir en el suelo. El pasillo se limpia dos veces al día. ¡Y ahora sus pasaportes, por favor!

Comprobada la documentación, la ordenanza se alejó sonriendo burlona. El hombre asentía a su paso.

—Aquí, la vieja Arisa tiene el poder absoluto de la milicia. Mantiene a raya a los borrachos y a las putas. Es mejor no provocarla con tonterías. Arisa es la diosa de la calefacción del tren. Más vale tenerlo presente.

El hombre sacó del bolsillo una navaja con la empuñadura negra, retiró el seguro y apretó el botón. Se oyó un sonido metálico, la hoja chasqueó con firmeza al asomar por el mango. Con delicadeza, la posó sobre la mesa y sacó de su bolsa un gran pedazo de queso ruso, un pan negro, una botella de kefir y un tarro de smetana. Luego, de un bolsillo lateral extrajo una bolsa de pepinillos que chorreaba agua salada y comenzó a abarrotarse la

boca de pan negro con una mano, de pepinillos con la otra. Después de comer, aún sacó un calcetín de lana cuyo interior guardaba una botella de cristal con té caliente. Observó a la chica largo rato. En su mirada podía distinguirse repulsión, luego curiosidad ávida y finalmente una especie de aceptación.

—Soy Hierro Acerovich —dijo—, hombre del metal y trabajador de la construcción para los príncipes de Moscú. Vadim Nikoláievich Ivánov es mi nombre. Para usted, simplemente Vadim. ¿Gusta? El té tiene vitaminas, por eso es bueno tomarse una tacita o dos. Por un momento se me pasó por la cabeza, vaya, ya me han castigado, y de lo lindo, encerrándome en la misma jaula con una estonia. Entre la *Finliandskaia Respublika* y la *Sovietskaia Estonskaia Respublika* hay diferencia. Los estonios son nazis alemanes de nariz ganchuda, pero los finlandeses están hechos básicamente de la misma grasa que nosotros. Finlandia es una pequeña patata lejana, allá arriba, en el Norte. Vosotros no dais problemas. Los pueblos del norte, todos son la misma gente, los une el orgullo septentrional. La señorita, por cierto, es la primera finlandesa que veo en mi vida. Aunque lo que es oír hablar, eso mucho. En vuestro país tenéis ley seca.

El hombre le sirvió a la chica un vaso de té oscuro que esta probó con precaución. Él disfrutaba de la infusión con pequeños sorbos, se incorporó y preparó la cama. Después se despojó pudoroso de unos pantalones negros de tela gruesa, que mantenía sujetos con un estrecho cinturón de cuero, una chaqueta fina confeccionada con tejido áspero y una camisa blanca, y lo plegó todo con esmero a la cabecera de la cama. Se puso un pijama de rayas azul celeste y se escurrió entre las almidonadas sábanas. Por debajo de la manta asomaron al poco sus enroscados dedos de los pies, estropeados por el descuido y por zapatos de mala calidad, y sus talones agrietados.

—Buenas noches —deseó con expresión abatida, casi susurrando, y se durmió en el acto.

La chica permaneció largo rato en vela. En la penumbra del compartimento, los vasos del té y su sombra se movían sin descanso. Había querido alejarse de Moscú porque necesitaba distanciarse de su propia vida, pero ahora sentía nostalgia. Pensó en Mitka; en Irina, la madre de Mitka; en Zajar, el padre de Irina, y en sí misma, en cómo estarían todos ellos. Pensó en el hogar que

habían compartido temporalmente, ahora vacío. Ni siquiera estaban allí los gatos: Señorita Mugre y Señor Basura. La locomotora silbaba, los raíles chirriaban, el traqueteo del tren golpeaba metálico, el hombre roncó en voz baja durante toda la noche. A ella, el sonido le recordaba a su padre y se sentía segura. Por fin, de madrugada, cuando las sombras comenzaban a encogerse, se sumió en un sueño blanco, espumoso.

CUANDO LA CHICA ABRIÓ CAUTELOSA LOS OJOS, lo primero que distinguió fue al hombre haciendo flexiones entre ambas camas. El resplandor verde del sol trepidaba por las paredes lacadas del compartimento, el hombre se secaba el sudor de la frente con la toalla. Antes de que la chica alcanzara a incorporarse, tocaron a la puerta; Arisa, embutida en la chaqueta negra de su uniforme, traía dos humeantes vasos de té que posó sobre la mesa, unos barquillos húmedos y cuatro grandes azucarillos cubanos. El hombre rebuscó unos kopeks en el monedero, adornado con la imagen en relieve de Valentina Tereshkova con casco espacial.

Una vez la ordenanza se hubo marchado, el hombre sacó de debajo del colchón su navaja de hoja estrecha, tomó en la mano izquierda un azucarillo y, con un golpecito de la hoja por el lado sin filo, lo partió en dos trozos y le entregó a su compañera uno de los humeantes vasos y la mitad del azucarillo.

Sonrió tímido y melancólico, sacó de su bolsa una botella de vodka, la abrió y llenó dos vasos azules de chupito que extrajo de las entrañas de su bolsa.

—Si la alegría de nuestro viaje en común es larga, las palabras pueden ser cortas. Un brindis por nuestro encuentro. Un brindis por el único Estado auténtico del mundo: la Unión Soviética. ¡La Unión Soviética no morirá jamás!

Apuró el contenido del vaso y le propinó un mordisco a una jugosa cebolla. La chica, en cambio, se llevó el vaso a los labios, pero no lo cató.

Sonriendo pícaro, el hombre se secó los labios con una esquina del mantel. La chica saboreó el té. Había reposado largo rato, era aromático y fuerte. En ese momento, él se percató de que su compañera no había vaciado el vaso de vodka.

—Es triste beber solo.

La chica no había tocado el vaso. Él la miró con decepción en el rostro.

—Es difícil de comprender. Pero bueno. No voy a obligarte. Aunque sí me apetecería.

El hombre se ensimismó en sus pensamientos, examinaba a la chica por debajo de las cejas. A ella no le gustaba su expresión, por eso tomó una pequeña toalla, el cepillo de dientes, y se dirigió al baño para la higiene matutina.

La cola llegaba hasta la mitad del pasillo. Los viajeros iban vestidos con batas, pijamas, chándal; un par de hombres llevaban solo los calzones blancos del ejército.

Transcurrida más de una hora, la chica alcanzó su objetivo. Era su turno de agarrarse al pomo húmedo, pegajoso. El baño se encontraba en un estado lamentable y el hedor resultaba punzante. Por el suelo flotaban orín jabonoso y rebujos de papel de periódico, del grifo no salía ni una gota de agua. Quedaban nada menos que dos trozos color beis de jabón de lavar, minuciosamente cortados en cubos y que apestaban a sodio. Sobre la superficie de uno de ellos nadaba una baba de color marrón oxidado. La chica se encaramó de un salto sobre la taza del váter para no mojarse las pantuflas que había comprado en Leningrado, y se las arregló para lavarse en seco los dientes y la cara. El ventanuco del baño estaba entreabierto, por él pasó una estación olvidada, desierta.

El hombre descargó sobre la mesa el contenido de su bolsa: pan negro, rábano picante envasado, gajos de tomate y cebolla, mayonesa, pescado en lata y unos huevos cocidos que peló con esmero y luego partió en dos.

—Dios no olvida a los satisfechos y viceversa. Así que adelante, sírvase.

Comieron dilatadamente y cuando el hombre hubo retirado los restos del desayuno, devolviéndolo a su bolsa, y barrido con la mano las migas al suelo, ambos disfrutaron del té, que se había enfriado y estaba en su punto justo.

—Esta noche he soñado con Petia. Nacimos el mismo año y fuimos a la misma clase. Cinco años y medio pudimos corretear juntos por ahí. La escuela no era para nosotros, había que trabajar. Yo aguardaba a un camión cargado en las escaleras de una tienda y, cuando llegaba, descargaba el género y lo metía en el almacén. Petia acarreaba tablas en una obra. Vivíamos en una sala de calderas que tenía una ventana por la que se veía la acera y los pies

de los transeúntes. Allí vivíamos. Un día, Petia no regresó del trabajo. A la mañana siguiente me fui en el trolebús a la obra a preguntar por él y me dijeron que había muerto aplastado por una máquina. Que la máquina lo había matado. Yo pregunté qué máquina había sido. Un viejo señaló una miserable excavadora pequeña. Esa es la culpable. Entonces agarré una almádena y la golpeé hasta dejarla inservible. Después de eso, me las he arreglado solo.

La chica contempló al hombre encerrado en sus reflexiones y pensó en Mitka y en una madrugada de agosto. Estaban sentados en un banco de hormigón al borde de la plaza Pushkin, fumando hierba, esperando el amanecer, cuando un grupo de jóvenes borrachos se presentó armando bulla y empezó a empujarlos y a amedrentarlos. Consiguieron zafarse, apretaron el paso, pero un gordo calvo los persiguió mientras los amenazaba con esparcir los sesos del gafotas por el suelo. Les entró miedo. Continuaron la carrera por una calle desierta, al final de una vía apareció un automóvil, la chica estaba segura de que en él también viajaban *skinheads*. Corrieron por calles secundarias, atajaron por patios de casas, se precipitaron sudorosos sobre la puerta de su portal.

—Acabé por primera vez en el sur de Siberia a principios de los sesenta. Eran los tiempos de la reforma monetaria. El rublo no valía nada, no se podía conseguir comida ni con dinero, y en los kioscos de cerveza te pedían cincuenta kopeks por una jarra. En aquella época me apalancaba en la cantina de la obra y empinaba un caldo inmundo con Boris, Sacha y el perro Muja. Un día se presentó de improviso un funcionario de obras. El paleto, de esos que llevan botas de fieltro, me dijo: Camarada, ve a Sujumi, a Crimea, al sur de Siberia, allí se necesitan obreros cualificados. Me puso un papel en la mano y desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra. Fui a decirle a Vimma, a mi querida zorra de culo grande, gracias por tu coño, adiós, puse pies a la estación y anduve dando tumbos en el tren por la amplia y extensa Unión Soviética. En lugar de Sujumi acabé en Yalta. También por allí andaban construyendo todo tipo de casuchas, y cuando dije que era un héroe del hormigón y una máquina de músculos estajanovista, enseguida me dieron trabajo. Fue el mejor verano de mi vida. Me pasaba el día meneándomela y yendo de putas. Cuando a las tías se les preguntaba si estaban

húmedas, en dos minutos se ponían a punto de caramelo. A veces iba con las muy zorras al Cine Obrero de la Construcción a ver películas de aventuras. *Tres hombres en la nieve, Desaparecido en el hielo* y, cómo se llamaba esa tan buena…, *Tres amigos en alta mar*. Siempre que me acuerdo de aquel verano, se me hace la boca agua. En esa época, el sentido aún no le había colocado grilletes a la vida. ¡Y entonces apareció la última puta! Katinka. Con voz melosa me canturreó al oído: Ven, déjame que te lave la camisa. Y así acabó mi vida, y delante de mí se abrió el camino oscuro y poblado de baches de un alcohólico que cada vez se hunde más en el fondo.

El viento del este arrojaba solitarios copos de nieve sobre la blanca estepa, un resplandor macilento se asomó un instante por encima de un bosquecillo. El hombre escupió con rabia sobre el hombro izquierdo en una esquina del compartimento.

—Me refiero a la misma Katinka que ayer fue a la estación a despedirme. Lleva mi huella en la cara. Llegué borracho a casa y así empezó la cosa. Siempre el mismo follón, Katinka se puso a armar la bronca habitual y, como no era capaz de parar, le arreé un bofetón, luego otro. Si cerrara la boca como una niña buena, si le ayudara a uno a desvestirse, que llega cansado, y preparara una buena cena, pero es que no aprende. Yo intento explicárselo, y hasta le doy pisto. Pero es que no escucha, dale y dale, pone el grito en el cielo con que los hombres han construido este maldito mundo solo para sí mismos. La rabia contenida de un marido sometido estalla y entonces le arreo un bofetón para que cierre la boca. Si con esas no se calla, le atizo en condiciones en toda la jeta. A mí todo eso no me resulta fácil, no me gusta pegar, pero es que siempre ocurre lo mismo. Al fin y al cabo, yo también tengo derecho a hablar y a ser yo mismo en mi propia casa, aunque, a decir verdad, la piso poco.

El hombre sopesaba cuidadosamente sus palabras, las dejaba caer una tras otra. La chica se concentraba en cerrar los oídos.

—Una pelea cotidiana en mitad de la noche es algo deprimente. Acaba con la alegría de la vida. Anoche su olor nauseabundo me aplastaba en sueños como un tanque de combate. La simple idea de su coño hecho cenizas me hace vomitar por las paredes.

El vagón avanzaba a sacudidas, la mano del hombre daba ligeros saltos, en la comisura del ojo le afloró una lágrima. Se la secó con el

canto de la mano y cerró los ojos, se aclaró la voz y enderezó la espalda, llenó los pulmones de aire y los vació.

—Pero todo tiene un límite. Nunca he pegado a Katinka en el pasillo de la *kommunalka*, ni en la calle, ni en una oficina. Solo en nuestra habitación, si no se presentan los vigilantes del barrio o la milicia, y a mí no me gusta ninguno de ellos, especialmente la milicia. La regla es que el crío no lo vea, al fin y al cabo, Katinka es su madre. Ahora el chaval ya es mayor y ya anda pegando a su propia damisela. Eso no me gusta… Cuando golpeas a la parienta con una almádena, la conviertes en oro, me decían los viejos cuando yo era un chaval. Y ese consejo lo he respetado. Tal vez incluso demasiado.

Por momentos la chica mantenía la vista en el suelo, también observaba una nube estancada al borde de la bóveda celeste. Nunca se había topado con un ruso así, o tal vez sí, pero no deseaba recordarlo. Ningún ruso le había hablado de esa manera. No obstante, había en él algo familiar, en su arrogancia, en su manera de arrastrar las palabras, en su sonrisa, en su tierna mirada desdeñosa.

—Katinka es rusa, cruel y justa. Va a trabajar, se ocupa del hogar y del crío y aguanta lo que le echen. Es solo que yo pienso de manera diferente a ella. Pongamos por ejemplo a mi anciana madre. Vivimos uno al lado del otro, en la misma *kommunalka*, y eso para mí es estupendo. Katinka puede dar de comer a madre al mismo tiempo que comen ella y el chaval, y ocuparse un poco de hacerle a la vieja la vida agradable. Pues no, las cosas no son así de sencillas. Esa puta me lleva exigiendo los veintitrés años que llevamos casados que ponga a mi anciana madre de patitas en la calle.

La chica se incorporó con intención de salir al pasillo, pero el hombre la agarró seco de la mano y le señaló la cama.

—Va a escuchar esto hasta el final.

La chica se zafó. Él se precipitó detrás y la sujetó por la muñeca, con firmeza, pero paternal al mismo tiempo, trayéndola de vuelta. La chica se dejó caer a los pies de la cama.

El hombre regresó a su sitio, se colocó un dedo sobre los labios, sopló suavemente y sonrió con picardía.

—Hay una cosa que siempre me ha sorprendido: todos los novios quieren a su novia, pero los maridos odian a su mujer. En

cuanto se firman los papeles del matrimonio, el hombre se convierte en el marido y la mujer en la parienta, y a ambos empieza a carcomerles por dentro un sentimiento de insatisfacción. Ella piensa que si consiguen comodidades, las cosas volverán a su cauce, que se trata de una cocina propia, de un albornoz nuevo, de un jarrón de pie, de una cazuela sin abolladuras o de un juego de té de porcelana. Mientras, el tipo piensa, si voy de putas la aguantaré mejor. Y sin embargo, a pesar de todo…, cuando miro a Katinka, cuando la observo, a veces me gustaría decirle: Mi pequeña Katiusha, mi tontuela, mi pequeña boba.

El hombre suspiró profundamente, con la mano buscaba a tientas la bolsa de pepinillos, consiguió asir uno, le dio un mordisco y sin querer se tragó el pedazo entero.

—Los hombres no servimos para nada. Las mujeres se las apañan mejor sin nosotros. Nadie nos necesita. Excepto otro hombre. En estos momentos me apetecería tomar un trago y brindar por el vigor de la mujer rusa, por su aguante, paciencia, coraje, humor, astucia, perfidia y hermosura. Son las mujeres las que mantienen este mundo en pie.

Deslizó la mano debajo del colchón y sacó una tableta de chocolate Chaikovski. La abrió con la punta de la navaja y le ofreció a la chica. Él no tomó ni una onza, se limitó a colocarlo en medio de la mesa. El chocolate era oscuro y sabía a nafta. La chica pensó en Irina, en cómo solía sentarse por las noches bajo la lámpara en su butaca favorita y leía, en cómo la luz amarillenta se posaba sobre el texto, cómo sus manos sostenían el libro, cómo su rostro, cómo…

—Antes las mujeres sabían estar calladitas, las de ahora andan todo el día con el pico abierto. Conocí a una puta que cotorreaba y fumaba mientras me la estaba follando. Me entraban ganas de estrangularla.

A lo lejos se vislumbraba un bosque de abedules agotado por las fuertes heladas y los vientos recios. Los árboles desnudos dibujaban sombras gráficas en la nieve. El tren avanzaba a toda velocidad, la nieve flotaba en el aire y resplandecía límpida y brillante. A veces llenaba la ventana un bosque blanco, helado; otras, el cielo despejado y suavemente azul. La chica escuchaba el sonido y el ritmo del discurso del hombre. Al cabo de un rato se desvaneció el entusiasmo, su lugar lo ocupó una pizca de profunda tristeza.

El hombre meditó durante largo rato. Unas veces sus labios húmedos se movían rápido, otras muy despacio. Su porte se había desplomado, estaba sentado con los hombros alicaídos. La chica sacó del bolso los útiles de pintura y comenzó a dibujar.

Él la miró, suspiró ligeramente, se encogió desanimado de hombros.

—Katinka…, mi Katinka.

En el compartimento se hizo el silencio. El hombre apoyó la frente contra el frío cristal de la ventana, la chica se puso en pie y salió al pasillo.

En el corredor había algún que otro viajero. Un mercancías en sentido contrario bramó al pasar, hizo balancearse el tren, y en la lejanía, cual mancha turquesa, se distinguió un instante el pequeño edificio del apeadero. La noche anterior había salpicado la ventanilla del pasillo de motas de mugre entre las que en el interior del vagón penetraba una luz pálida. El boscaje de abedules se estaba tornando menos denso, el tren reducía la marcha, sobre los raíles adyacentes se esparcía chatarra herrumbrosa, y al poco el tren se precipitaba en la estación de Kírov. Un letrero colocado al borde de las vías anunciaba que hasta Moscú había unos mil kilómetros.

La puerta del vagón estaba abierta, la chica se quedó de pie en el umbral. Algunos pequeños copos de nieve flotaban en ese día de intenso frío seco, sereno. En la vía contigua, un diminuto tren local se movía inquieto a tirones, como poseído por una repentina enfermedad. La gente salía a toda prisa de sus entrañas y respiraba angustiada bocanadas de aire fresco. La campana de la estación sonó una vez, a continuación, otra. La chica tuvo el tiempo justo de vislumbrar un segundo la visera negra de plástico del conductor del tren, que pasaba de largo, cuando apareció Arisa para cerrar la puerta.

—¿Pero qué hace usted ahí parada? ¿Es que quiere quedarse en Kírov? Le caería una buena reprimenda. Que usted no tiene pasaporte nacional ni residencia. Estúpida extranjera, no se entera de nada y anda metiendo sus narices por aquí. Y a mí me endosan a esta infeliz. ¿Acaso sabe usted al menos quién fue Kírov?

La chica caminaba por el pasillo, balanceándose con el movimiento del tren que reanudaba lentamente la marcha, observaba la ciudad que se mecía tras el cristal. Delante de un

edificio administrativo de estilo barroco se peleaba una jauría de perros callejeros, un joven los golpeaba con el palo de un escobón roto. La chica se encaminó hacia la cabina de la ordenanza para comprar té. Arisa, todopoderosa, sentada en la cama, la contempló compasiva. En el pequeño transistor, Georg Ots cantaba en ruso.

—Todo el mundo debería tener una vida parecida —dijo—. Igual de buena o igual de mala.

Le entregó dos vasos de té caliente y tres paquetes de galletas en lugar de dos.

—Una persona es capaz de todo cuando la obligan. ¡Y ahora, a su compartimento!

El hombre estaba sentado en la cama. Sobre la camiseta blanca se había puesto una camisa de cuadros que colgaba desabotonada por fuera del pantalón. Bajo los pliegues de la camiseta blanca se entreveía un abdomen musculoso, sudado. Tomó una pequeña naranja de la mesa y comenzó a arrancarle la piel con rudeza. Después de comérsela, sacó de debajo de la cama un periódico hecho jirones de tanto manosearlo y, oculto tras él, espetó en tono irritado:

—De jóvenes, las personas son inquietas. Nada de paciencia. Lo único que hacen es correr de aquí para allí. Todo vuelve a su cauce, el tiempo solo es tiempo.

Frunció el ceño y suspiró:

—Mírame un momento. Ves a un tipo viejo con un alma melancólica hastiada de paz. El corazón ya no late por sentimiento, sino por simple costumbre. Nada de locas travesuras, ni siquiera pena. Solo tedio.

La chica recordó su última noche en Moscú: se había apresurado de un sitio a otro, había bajado con premura las largas escaleras del metro y había ido en la línea roja hasta la biblioteca Lenin, allí había atravesado corriendo el vestíbulo, parecido a un museo, con su suelo de baldosas y los laberintos bordeados por estatuas de bronce, y después de subir por varias empinadas escaleras mecánicas, había hecho transbordo a la línea azul, había pasado por Arbat, se había apeado en una estación en forma de iglesia decorada con mosaicos cuyo nombre ahora no recordaba, y bajo la bóveda de hormigón se había percatado de que había olvidado su

bolso con los billetes de tren y los *voucher*, y había dado media vuelta, saltado de un metro a otro, pasado por las mismas estaciones donde había cambiado de línea y, para gran sorpresa suya, había hallado el bolso en la parada de la biblioteca: la esperaba bien visible en la ventana de la cabina del vigilante de metro.

El tren frenó y se detuvo. Al poco, la locomotora dio un brusco tirón y el tren reanudó la marcha. Otro frenazo. Otra parada. La locomotora se extrañó de nuevo, silbó jubilosa y se movió levemente con decisión. Las ruedas chillaron un instante pidiendo disculpas, pero al momento el tren ya estaba retumbando firme hacia adelante. En el otro extremo de la estepa nevada brotó de repente el sol, iluminó un instante la tierra y el cielo, y desapareció tras un paisaje pantanoso infinito. El hombre escrutaba a la chica con detenimiento.

—¿Tienes el alma llena solo de sueños? Bueno, soñar se puede, claro. También Iván el Tonto está tumbado en el banco junto al hogar y sueña con un horno móvil y una mesa que se ponga sola, pero esta vida a la que los más sabios que yo llaman prisión temporal ocurre aquí y ahora. Mañana mismo puede presentarse la Muerte y arrancarte las pelotas.

El rostro estrecho del hombre irradiaba autocomplacencia. Tenía una hermosa boca, unos labios finos y en el mentón una pequeña cicatriz como la de Trotski.

—La muerte no puede ser en absoluto peor que la vida.

El hombre cerró los ojos y apretó los labios con fuerza. Entonces empezó a canturrear.

—Mi querida niña, no temas a la muerte mientras vivas, pues entonces aún no existe. Y cuando hayas muerto, ya no existirá más.

Hipó un instante, sacudió los hombros y se puso derecho.

—Es mejor morir que vivir asustado. Y si de algo hay que tener miedo, que sea de los mongoles. Ni siquiera tienen nombre. No hacen otra cosa que comer, follar, dormir y morir. Carecen de principios morales y para ellos la vida humana no tiene valor. Pero destruirla, eso sí que saben. Si le das a un mongol un transistor, a los cinco minutos te devuelve un montón de tornillos, cables y una carcasa vacía. Aunque a nosotros, los rusos, los mongoles nos trataron muy mal y nos destrozaron la espina dorsal moral,

intentamos ayudarlos. Les trajimos al presente. Pero ellos no comprenden nada, se follan a sus hijos y se ríen insolentes de nosotros a la cara… ¿Te enteras? Mira, la Unión Soviética es un país enorme y aquí vive un pueblo antiguo, grande y muy heterogéneo. Hemos vivido y sufrido la servidumbre, la época del zar y la revolución. Nosotros hemos construido el socialismo y volado a la Luna. ¿Y qué han hecho los vuestros? ¡Nada de nada! ¿Qué tenéis vosotros mejor? ¡Nada!

El hombre dejó caer las manos sobre las rodillas y abrió la boca para decir algo, pero se contuvo.

Próximo al tren, pero arriba, en lo alto, un águila planeaba sobre el muro boscoso con el cadáver de una cría de alce entre las garras. La puerta del compartimento se abría sola y luego se dejaba caer pesadamente. Las lamparitas a lo largo del suelo del corredor proyectaban una luz amarillenta y zumbaban, el pasillo parecía la pista de aterrizaje de un aeropuerto. El caloducto arrojaba aire candente en el angosto espacio. La chica se trasladó al pasillo. Allí había una pareja joven acompañada por una abuela flacucha, del tamaño de un niño, con el rostro surcado de arrugas, y una niña con el pelo trenzado. Bajo el brazo, la pequeña portaba un osito pionero marrón y en el regazo sostenía un muñeco payaso de gran sombrero, que parecía un esquizofrénico que acaba de tomar un tripi. Detrás del aterido bosque de coníferas, un sol violeta avanzaba despacio sobre el recatado claro de un bosque. En la profunda espesura forestal, los pequeños pájaros dormían en las cavidades de las rocas, las resistentes liebres de pelaje blanco en sus madrigueras y los osos roncaban en las entrañas de las cuevas.

Arisa recorrió los compartimentos seguida por una camarera más joven, Sonechka, ataviada con un uniforme demasiado grande. La chica trató de entablar conversación con ella, pero esta era tan tímida que de inmediato retiró su rostro y desapareció tras Arisa en el primer compartimento del vagón, la zona restringida al personal, de la cual día y noche salía a bocanadas el vapor uniforme de un enorme samovar en furiosa ebullición del tamaño de una pared. En su interior cabían docenas de cubos de agua hirviendo.

En el horizonte giraba un sol amortiguado hasta tornarse pálido. Un bosque tenebroso se erguía murmurando hacia un cielo inestable bordado de nubes grisáceas. En cuanto el hombre se

presentó en el pasillo, la chica retornó al compartimento, sintió el traqueteo de las vías y se quedó dormida. Cuando despertó, él la estaba observando con una expresión enormemente ofendida en el rostro. La chica le sonrió meditando sobre la lógica de todo aquello. Había partido de Moscú porque ese era el momento correcto de cumplir el sueño común, el suyo y el de Mitka: un viaje en tren cruzando Siberia hasta Mongolia. No obstante, realizaba el viaje sola, aunque para ello existía un motivo claro.

Entre tanto, el hombre había sacado de la bolsa una manoseada baraja de naipes y comenzó un solitario.

—La georgiana —empezó— tiene las piernas como jirafas y sabe venderse de tal manera que uno olvida que la ha comprado. A la armenia, la historia la ha pisoteado hasta convertirla en una lesbiana sumisa y en una buena amiga que no castiga a sus hijos. A la tártara, le gusta solo lo tártaro; la chechena es un buen cruce entre una máquina de parir y una traficante de drogas; la daguestana es pequeña, delgada, fea y apesta a alcanfor, y la pretenciosa ucraniana se pasa el día tramando sus eternos complots nacionalistas en un dialecto espantoso. Escuchándolo, un ruso se vuelve sordo. Y luego están las bálticas. Todas hechas de mierda. No es un secreto. Demasiado prácticas. Caminan con la sonrisa al revés, sin echar un vistazo a lo que sucede a su alrededor.

El hombre tamborileaba con los dedos sobre la mesita. La chica tosió aburrida, pero él no prestó atención alguna a esa divergencia de opinión.

—Nunca me he follado a una rusa que estuviese satisfecha durante al menos un instante. Y eso que en esta polla han cabalgado varios miles de coños de distinto color.

El hombre acercó sus manos robustas de dedos largos, las uñas eran planas y limpias. Unas manos terribles. Durante un instante su expresión mostró indiferencia, luego simplemente hostilidad.

—Pero, dígame, ¿y cómo es que anda usted en este tren? ¿Está vendiendo el coño?

La chica se quedó perpleja, dejó escapar un lastimero chillido, agarró una bota de debajo de la cama, se la arrojó al hombre y salió al pasillo. El tacón alto del zapato le acertó directamente en la sien. Fuera, en el corredor, la chica estuvo tranquilizándose largo rato antes de acudir a Arisa para solicitar un cambio de compartimento.

La ordenanza escuchó la explicación con la cabeza inclinada.

—Veamos —dijo con un tono tan pausado que la chica le entregó un billete de 25 rublos.

Al parecer, no lo consideraba lo suficientemente elevado.

—Nuestras leyes prohíben cambiar de compartimento. Pero por mi parte tal vez pueda contribuir a que este asunto se arregle. De todos modos, es algo muy difícil. La chica le posó en la mano otro billete de la misma cantidad, más no podía permitirse.

Arisa contempló el dinero con desprecio.

—Eludir este tipo de leyes es una tarea exigente e incluso peligrosa. Hasta puedo perder el puesto o acabar en la cárcel por usted. Pero tal vez podríamos hacer algo si…

La chica no acabó de escuchar la frase, se precipitó al pasillo con lágrimas en la garganta. No le quedaba más remedio que tragarse la derrota y regresar por la noche, lo más tarde posible, junto al hombre.

El tren avanzaba chirriando a gran velocidad por un paisaje llano, a su paso levantaba cúmulos de nieve, bajo un cielo convertido en espuma por las nubes invernales. Un vivaz bosque más allá del campo abierto arrojó al cielo una bandada de gorriones. La chica se sosegó siguiendo la sombra del tren que se perfilaba poderosa y oscura en la nieve cristalina.

Pensó en Irina, en que tal vez estuviera sentada en la habitación para fumadores del prestigioso instituto de química, situado detrás del pabellón de la exposición sobre los logros de la economía nacional, dando caladas a un cigarrillo al tiempo que preparaba su siguiente clase. Pensó en Zajar, que con su mirada la atravesaba y lograba atisbar en su interior, y en Mitka, que era bueno. En el pasillo apareció un pequeño cachorro de gato. El minino la miraba implorante. La chica lo tomó en sus brazos y acarició el enmarañado pelo. En el manicomio, Mitka había explicado que el socialismo mataba el cuerpo y el capitalismo el alma, pero que bajo aquellas circunstancias el socialismo resultaba dañino tanto para el cuerpo como para el alma.

Cuando Mitka cumplió dieciocho años, la chica e Irina se habían encargado de obtener comida para organizarle una fiesta. Habían comenzado a reunir alimentos ya en noviembre y habían conseguido todo tipo de ingredientes, pero Irina no estaba

satisfecha. Un día salieron a la caza de alimentos a las seis de la mañana. El tiempo era glacial, seco, se apresuraron hasta la tienda de Yelisev, pero no encontraron nada. Ni siquiera bagels. Subieron enfadadas a un helado tranvía, pasaron por el bulevar y junto a arces cubiertos de nieve hacia la olorosa panadería Bronnaya, donde hallaron un buen pan. Montaron en el trolebús, hacía tanto calor que el sudor les recorría todo el cuerpo, y avanzaron despacio, esperanzadas, hasta el callejón de Zachatjevskin. Allí había una tienda de alimentación en la que alguna vez Irina se había topado con un par de latas de sardinas de buena calidad. Nada, ni siquiera pepinillos. Permanecieron un instante inmóviles, indecisas, en un callejón azotado por el viento sopesando hacia dónde dirigirse. Caminaron de la mano con los dedos de los pies congelados hasta Leninskaya, pero tampoco allí aumentó de peso su bolsa de red. Echaron una pequeña carrera y se apuraron a Timiryazevi, donde descubrieron una botella de agua de colonia para Yuri, pero nada de comer. En el autobús se desviaron hacia Chistoprudni, le llevaron a Yuri la colonia y a cambio recibieron seis huevos. ¿Por qué no vais a una tienda de divisas?, les había preguntado él. No tenemos dólares, susurró la chica, ya los gastamos, y también mi beca, a principios de otoño. Yuri gritó tras ellas, por Dios, id entonces al mercado, aunque sabía que allí no había nada. En el callejón Sokolniki atraparon dos grandes tarros de borsch, los pusieron bajo el brazo y se dirigieron orgullosas hacia la parada del tranvía en el bulevar Tverskoi, Irina echó un vistazo al reloj y comentó que hacía una hora que tenía que estar en el instituto impartiendo una clase. Delante de una papelería, una campesina tiritaba de frío, la chica le compró un hermoso gladiolo y se lo entregó a Irina, y justo cuando se disponían a marcharse, la vendedora les susurró que en el bolso ocultaba dos pollos, si les interesaba. Claro que nos interesa, había contestado Irina cerrando el trato. Corrieron hasta la estación de metro más cercana. Irina se dirigió al instituto en la línea azul y la chica a casa en la amarilla, con la bolsa de los pollos. Zajar estaba en casa, la chica le pidió que la acompañara a la cocina, abrió la bolsa y en su interior dos lindos polluelos marrones batieron torpes sus alas, les habían amarrado el pico con una goma. Zajar los examinó y aseguró que, después de alimentarlos con grano unas semanas, estarían listos para la

cazuela. Llevaron a las gritonas aves al baño. La chica colocó ropa sucia en el fondo de la bañera para que estuviera mullido y un toallero de madera hizo las veces de percha de gallinero. Por la noche, cuando todos estaban juntos en casa, les bautizaron. El pequeño se llamaría Plita y el más grande Kipyatok. El día antes de la fiesta de cumpleaños, Zajar sacrificó con destreza a las rechonchas aves en el baño y las desplumó en el balcón. Luego Irina enseñó a la chica y a Mitka a preparar pollo a la Stalin.

Una media luna gris claro brotó en el cielo haciendo compañía a Marte, que titilaba luz encarnada sobre un bosque de coníferas nevado, taciturno y alicaído. En el otro extremo del corredor, un niño pequeño jugaba con una adornada ocarina en forma de gallo y canturreaba para sí mismo. Cuando la luz de la luna se amortiguó tornándose más sucia, la chica regresó al compartimento. Sentía hambre y cansancio.

El compartimento olía a agua para el pelo Consul, una marca que únicamente se conseguía en los kioscos de los hoteles del partido. Al otro lado de la estela olorosa el hombre miró tímidamente a la chica.

—¿Estás ya mejor?

Sobre la mesa había un damero, una pequeña radio portátil Blaupunkt sin pilas con un reflector verde y un humeante samovar de viaje que brincaba alegre. El hombre había echado té en la jarra esmaltada y ahora vertía en ella agua hirviendo.

—Perdona por lo del coño. Me poseyó el demonio, las fuerzas oscuras.

El hombre se frotó orgulloso la frente, le había quedado una pequeña marca. Luego señaló con el dedo la bota de la chica, que había quedado en el suelo, en el centro de la habitación.

—Hiciste bien. Me hubiera merecido una buena reprimenda.

La chica sonrió.

—Gracias, mi niña. Los motivos de la angustia son dos: queremos y no podemos o podemos pero no queremos.

La chica dispuso sus provisiones sobre la mesa y comenzó a comer. Ofreció a su compañero, pero él no tenía hambre.

Después de cenar, sacó de la maleta, de debajo de una botella de *whisky*, *La flor roja*, de Garshin, y comenzó a leer. Mitka le había entregado la novela, diciendo: Así actúa una mente humana

enferma. La chica leyó despacio aquel libro deshilachado de hojas marrones e impreso el siglo pasado. «Lo desnudaron, a pesar de su desesperada resistencia. Gracias a su fuerza, redoblada por la enfermedad, consiguió zafarse con facilidad de las manos de varios celadores, hasta tal punto que estos cayeron al suelo; finalmente lograron abatirlo entre cuatro, y, agarrándolo de pies y manos, lo dejaron caer al agua caliente. A él le pareció agua hirviendo; en su mente enajenada relampagueó la idea, incoherente y deslavazada, de un experimento con agua hirviendo y hierro incandescente. Atragantándose con el agua y chapoteando convulsamente con manos y pies (por las que lo sujetaban con firmeza los celadores), jadeante, voceaba palabras incongruentes imposibles de imaginar si no se han escuchado *in situ*».

Posó el libro sobre la mesa. ¡Pobre Mitka!

El hombre empaquetó con ternura la radio portátil en su maleta y se tumbó sobre la cama. Una luna tardía, angosta, se mecía inestable sobre el paisaje salvaje.

—Parece, mi niña, que el hielo se está quebrando —afirmó el hombre con ligereza—. Ahora puedo irme a dormir. Al que duerme, la vida le resulta más fácil.

La chica lo observó resollar en sueños. Había algo en él. Tal vez eran sus orejas de col. Su manera de sostener la navaja. El abdomen plano, musculoso. Durante un instante sintió que el fulgor aparecido en el cielo del poniente coloreaba el universo de púrpura, y las estrellas se encendían en el firmamento negro, una a una.

Pensó en Mitka, en sus largas pestañas, en sus dedos de los pies perfectos, en su sonrisa vuelta hacia dentro. En el día en que para escapar de un aguacero corrieron hasta el Museo de las Fuerzas Armadas. Se habían escondido en el interior de un tanque de combate, donde el vigilante los había descubierto después de cerrar. De madrugada aún continuaban sentados con él en su garita, brindando con champaña. Mitka, la puerta de su habitación tenía que mantenerse siempre abierta, había ingresado en el hospital psiquiátrico para evitar alistarse en el ejército e ir a la guerra de Afganistán.

La noche había helado la oscuridad transformándola en un amanecer rojo ante la ventana. La luna amarilla barría la última

estrella reluciente abriéndole camino a un sol impetuoso. Y poco a poco toda Siberia amaneció. El hombre, vestido con un pantalón de chándal azul y una camiseta blanca, hacía flexiones entre ambas camas, la frente sudorosa, ojos somnolientos, boca seca maloliente, el hedor pegajoso de dormir en el compartimento, la ventana conteniendo el aliento, silenciosos vasos de té sobre la mesa, migas en el suelo reducidas al silencio. Por delante, un nuevo día, sus naranjas abetales escarchados, bosques de pinos en cuyo seno caminaban los animales y la nieve fresca ondeando en la estepa, perneras blancas de calzoncillos largos agitándose, penes flácidos, chachi, chichi, chocho, amplios camisones floreados de franela, calcetines de lana, chales, descuidados cepillos de dientes.

LA NOCHE ATRAVIESA VELOZ la oscuridad transformándose en crepúsculo que raya el día, cola inclemente para el santuario del baño, limpieza en seco en medio de una peste a orín, esputos, vergüenza, expresiones incómodas, sombras de vasos de té humeantes en la ventana, grandes trozos de azúcar cubano, cucharas de aluminio ligeras como el papel, pan negro, queso Viola, gajos de tomate y cebolla, pechuga frita de pollo, tarro de rábano picante, conservas de pescado, latas de guisantes moldavos.

El crepúsculo huye convirtiéndose en un nuevo día, la nieve trepa por el tronco de los árboles, el silencio de sus copas se apaga gradualmente, un halcón está sentado al borde de una nube turquesa y observa el tren que repta como un gusano.

El silencio se derramaba naranja sobre la taiga nevada. El hombre estaba sentado al borde de la cama, colocaba unas tazas de té sobre la mesa y aguardaba impaciente a que la chica le dirigiera la mirada.

—Hace tiempo vivían en Moscú un padre, una madre y un niño. En el sesenta y cinco de la calle Kropotkin, en un pequeño cuartucho detrás de la cocina de la *kommunalka*, en un hogar que los cerrojos no protegían. Esta familia era completamente normal, la madre trabajaba de dependienta en una panadería, el padre bebía en las obras. Un estajanovista decente, sin embargo. Una ocasión, bien entrada la noche, cuando ambos creían que el niño dormía, el padre le dijo a su mujer: El crío o yo. Ella le susurró con voz tierna: Espera un mes y él ya no existirá más.

El hombre se limpió la nariz con la mano y tragó saliva.

—Por la mañana, el niño se despidió de su perro tuerto y cerró la puerta tras de sí. Al caer la noche se unió a un grupo de otros fugados y comenzó a habitar las calles de Moscú. Esos niños de la calle dormían en cualquier sitio, amontonados como los cachorros, junto a deformes, tullidos, ladrones, putas, enfermos mentales y

jorobados. Nadie los echaba de menos, pero también ellos deseaban vivir. Cuanto menos pan había y más miseria, mayores eran sus ansias de vivir. Miedo no sentían, porque eran tan jóvenes que aún desconocían el valor de la vida. No se conocían ni a sí mismos ni al mundo. El muchacho se convirtió en un hijo de las calles. En un auténtico borracho, sólido como el hierro. En un ciudadano soviético que mea vodka puro.

El hombre sirvió té concentrado en ambos vasos y vertió agua hirviendo del samovar para conseguir una infusión apropiada.

—Dime, por qué el arcoíris nunca crece detrás del espectador.

Se oyó un ruido sordo, cataplum, luego el tren frenó con furia. Las vías se estremecieron, los vagones se tambalearon, se sacudió la nieve de los terraplenes. Durante un trayecto, el tren avanzó a trompicones mientras hacía chirriar los frenos. Cayeron bultos de las estanterías y los vasos de té se estrellaron contra la pared del compartimento. Una mujer chillaba, un niño lloraba, alguien corría con pasos pesados por el pasillo.

—No pasa nada. Todo es normal. Camaradas, manténganse en el interior de sus compartimentos. Aquí no hay nada que ver —se escuchó la voz de Arisa apaciguando a los viajeros.

El hombre entornó la puerta, el corredor estaba repleto de curiosos. La chica se asomó por la ventana, allí solo se veía el sofocado bosque cubierto de nieve. Salió detrás del hombre al pasillo. La puerta a la plataforma estaba abierta, la gente salía a empujones, alguno sin gorro, otro en pantuflas. El hombre se abrió paso entre la muchedumbre y de un salto se situó en medio del grupo vociferante formado por personas que observaban algo en la nieve. La chica permaneció de pie atrapada en la escalera superior del vagón. Desde allí distinguió salpicones de sangre diseminados un poco más adelante sobre la nieve límpida. Siguiendo su rastro con los ojos, elevó la vista por el tronco de un árbol, hacia arriba, hacia el cielo. De las ramas de aquel pino colgaba el cadáver ensangrentado de un alce.

—El animal está sufriendo. Hay que sacrificarlo —jadeó Arisa—. ¡Que alguien traiga un hacha, rápido!

El hacha se balanceaba en la mano de la ordenanza, mientras a duras penas se abría paso desde la locomotora vadeando la nieve. El alce de tres piernas respiraba rápido y en sus ojos brillaba el terror.

Arisa levantó el hacha y clavó su centelleante hoja en mitad del cráneo del animal. Acertó, pero el alce no estaba muerto.

A grandes zancadas y negando con la cabeza, el hombre se dirigió hacia el alce, que berreaba y se retorcía; se sacó la navaja de la caña de la bota, extrajo con un clic la hoja y se la clavó al animal en la carótida. La sangre manó a chorros y cayó en forma de parábola sobre la capa de nieve. Durante un instante el silencio fue absoluto.

—¡El viaje continúa!, —gritó Arisa, ostentosa, devolviendo a la gente a los vagones.

Una vez en el tren, el hombre limpió la navaja frotándosela contra la bota, la cerró, su mano se movió por el costado tanteando el bolsillo del pantalón, y despacio, con una leve sonrisa, se la metió en el bolsillo. La chica aguardaba el balanceo del tren que reiniciaba la marcha.

—Una vez fuimos a Peskov a reparar un monasterio. Viajábamos en tercera, íbamos dándole a la bebida. El tren traqueteaba despacio, atravesaba la naturaleza nevada, exactamente igual que ahora. En mitad de una partida, sentí una sacudida. Al poco el vagón se ladeó y las mujeres se pusieron a chillar. Por la ventana vi volar fragmentos de las traviesas de las vías y una duna de nieve aproximándose. Un giro pronunciado, el terraplén en la ventana y pronto el vagón estaba tumbado sobre la nieve. Pensé que estaba muerto, que también lo estaban los demás. Pero nada, con la cabeza ensangrentada salí del tren arrastrándome por alguna abertura. Algún listo necesitaba hierro y había arrancado un pedazo del raíl. Caminamos siguiendo las vías durante tres días antes de divisar las torres del Kremlin de Peskov. Allí colocamos un par de techos nuevos en su sitio y en primavera, con la vía ya reparada y el culpable encontrado y ejecutado, regresamos a Moscú en el mismo tren.

La chica escudriñó en su maleta en busca del *walkman*, se desplomó sobre la cama, cerró los ojos y se dispuso a escuchar música. Por momentos dormitaba, cambió a Louis Armstrong por Dusty Springfield y luego se durmió.

EL TREN HABÍA CRUZADO veloz la república de Udmurtia y ahora traqueteaba aburrido por la estación de Balezinó. El hombre se acariciaba el mentón. La chica escuchaba el silbido del pequeño canal de ventilación taponado al tiempo que dibujaba. La mañana clavaba rigurosa sus ojos en ambos. El hombre abrió el damero y colocó las fichas, la chica eligió las negras.

Jugaron tres partidas de las cuales ella ganó dos. Él la felicitó con un firme apretón de manos.

Un sol blanco ascendía lento y pausado sobre el bosque cubierto de nieve. Nubes con forma de humo irrumpían en medio del rojo del cielo buscando un lugar de descanso. Ambos pasajeros estaban sentados en silencio. Sentados, sumidos en sus pensamientos, pasaron un día o dos.

Había sido un soleado día estival de color turquesa. Cuando Julia, la amiga de Irina, se marchó, la chica fue al dormitorio de Irina y observó desde su ventana la calle Bakunin. La gente paseaba con el abrigo de primavera, incluso distinguió un par de veraniegos vestidos de flores de corte elegante. Justo cuando se disponía a apartar la mirada, reparó en tres hombres bajo los viejos arces. Entre ellos sucedía algo extraño: movimientos rápidos, traspiés, manotazos, amagos. Notó una mancha roja de sangre en la camisa blanca del más delgado. Otro echó a correr. La chica le vio arrojar un cuchillo a la carretera. Uno de los apuñalados cayó al suelo, el otro se revolcaba en la acera sujetándose el estómago. Delante de la panadería había un camión. En su plataforma se balanceaban cinco obreros, salieron corriendo tras el hombre del cuchillo, lo alcanzaron y lo arrojaron a la carretera. Los cinco comenzaron a pegarle, a propinarle patadas, y al poco el agresor tenía encima a una decena de ciudadanos, principalmente mujeres, que lo golpeaban con bolsos y enormes batatas. La chica desplazó la mirada sobre los apuñalados. Ambos yacían inmóviles, nadie

mostraba interés por ellos. Entonces se presentó un coche de la milicia y la muchedumbre se disolvió de mala gana. Al apaleado le brotaba sangre por la boca y por ambas orejas, su cabeza se había hinchado y era del tamaño de una sandía, una de las piernas estaba retorcida y desfigurada. Los milicianos eran dos. Arrastraron a aquel saco de músculos de espantoso aspecto hasta su Lada y se pusieron derechos como si meditaran cómo meter al asesino moribundo en su pequeño automóvil. Cuando uno de los milicianos asió de la manga al hombre del puñal para empujarlo dentro del maletero del coche, este se soltó de un fuerte tirón y, saltando a la pata coja y vomitando sangre, se escurrió en el asiento de atrás del vehículo.

Después de un desgarrador chirrido de los frenos del tren, por el crepúsculo de la ventana se deslizó la estación de Perm. La chica miró al hombre, que gemía en sueños, se quejaba, se estremecía y murmuraba para sí mismo.

En el pasillo, oyó la voz de Arisa.

—En esta ciudad no hay nada más que soldados borrachos.

La chica observó el viento peleándose con el cadáver de una caja de cartón descompuesta, errante por un raíl vacío. Un perro flaco del tamaño de un ternero bebía a lengüetadas el agua parduzca de un pequeño orificio abierto en un charco de fango congelado. Pronto la locomotora pitaba veloz y el tren aceleraba la marcha. Perm, la última ciudad antes de los Urales, quedaba atrás. Por los altavoces trinaba la jubilosa y amarga *Canción del huésped varengo*, de Rimski-Kórsakov. A veces, la ventana la tapaban trenes en sentido contrario, otras veces muros, almacenes, naves, edificios en construcción o en derribo, luz, oscuridad, barracones, alambradas, cables eléctricos, cables entrecruzados hasta el infinito, chatarra, paisaje violado, luz, oscuridad, naturaleza salvaje y una antigua locomotora en sentido opuesto. Atrás quedaba Perm. El hombre dormitaba en la cama, relajado, en el rostro una expresión suave. La chica leía *La flor roja*, de Garshín: «Y bajó la escalinata. Tras mirar a su alrededor, dado que no había visto al vigilante que estaba de pie detrás de él, pasó por encima de la valla y alargó la mano hacia la florecilla, sin decidirse a arrancarla. Sintió ardor y un dolor punzante en la mano extendida, más tarde por todo el cuerpo, como si de los pétalos rojos saliera una fuerte corriente de energía

desconocida y atravesara todo su cuerpo. Se acercó aún más y pegó la mano a la flor, pero esta (o así se lo pareció a él) se defendió exhalando un efluvio venenoso y mortal».

Ya no sentía angustia. Pensó en la descripción que hacía Mitka de un manicomio: es un lugar donde hasta los locos corren el peligro de volverse locos. A ella le gustaba tanto el enfermo protagonista que hubiera deseado leer más sobre él, sobre su mundo extrañamente retorcido, sobre el mundo de Mitka. Pensó en el manicomio del libro y en el hospital en el que hasta hacía poco había estado Mitka. ¿Había cambiado algo en cien años? Tal vez habría un poco menos de agua en el suelo de su habitación que en las de los pacientes del libro. ¿Cuánto tiempo requeriría que las cosas fueran distintas? ¿Acaso puede el tiempo cambiar algo?

Los Urales se columbraban a lo lejos, insignificantes y bajos. No impresionaban. La cordillera se mantenía enfrente, luego en un apeadero vislumbró un letrero, en la flecha que señalaba el este ponía «Europa» y en la que indicaba el oeste, «Asia». Algunas horas más tarde, las montañas comenzaron a quedarse lentamente atrás.

Entre tanto, la chica se había adormilado y se despertó porque el hombre agitaba algo delante de su nariz, ¿la navaja? Abrió los ojos alarmada.

—Mi niña, como duermas tanto, vas a crecer demasiado. El culo se te va a poner gordo, ten cuidado.

El hombre la miró un segundo simulando enfado y devolvió el clavel de papel al jarrón.

En el cielo austral, unas nubes ardientes corrían en dirección norte, el sol pálido forcejeaba a la misma altura que las copas de los pinos más elevados. Los viejos abedules decorados por enmarañados cristales de hielo se asemejaban a florecientes ciruelos de Santa Lucía que brindaban consuelo en un jardín decadente. La chica se sentó en la cama con los ojos cerrados. Se concentró. Posó ambas manos sobre su pecho, cerca del cuello, e intentó relajar la respiración.

Después de un instante de calma, abrió los ojos y buscó el *walkman*. Miró al hombre, él abrió la boca sin mirarla.

—A menudo me pasa que pienso que hago una cosa, pero en realidad hago otra. De joven, cuando me follaba a Vimma, creía que con ella tenía un coño al que no renunciaría. Pero pasó lo que pasó.

Jugué a las cartas con los camaradas y lo perdí todo, incluso el abrigo y el cinturón de piel. Y como no tenía otra cosa, me aposté a Vimma. Perdí. Ella desapareció como un conejo en la chistera de un mago y después no la he vuelto a ver.

El hombre vertió agua en el samovar y lo puso en ebullición, con una cucharilla midió las hojas de té y las echó en la tetera esmaltada. Esperaron a que el agua hirviera, a que el té reposara y estuviera listo para servirse en los vasos.

—Si fuéramos piojos o chinches, por ejemplo, yo sería un chinche que, inmóvil en su sitio, observa fijamente algo que nadie más ve. Tú, sin embargo, revolotearías por todas partes hasta morir de extenuación. Pero si fuéramos cucarachas, enseguida nos uniríamos formando un grupo. Este cuidaría bien de sus miembros y nos ayudaríamos unos a otros en cada ocasión. Cargaríamos juntos con la responsabilidad de todo lo que ocurre entre nosotros. ¿Qué es un grupo? Una unión, una pandilla. Siempre se mantiene unido. Las cucarachas tienen razón. En lo bueno y en lo malo.

El tren frenó con suavidad al aproximarse a la ciudad de Sverdlovski. Las luces y sombras pasaban serenas. El suave, pausado atardecer invernal ululaba en las callejuelas, parques y plazas. Un tren de cercanías chirriaba en la vía adyacente. Una oleada de gente venida de los arrabales inundó la estación procedente del tren recién llegado, una luna llena naranja reverberaba en la nieve amontonada, amarilla por el orín de los perros. Las estrellas en el cielo, enormes aberturas hacia otra realidad, eran las mismas que en Moscú, pero diferentes.

El tren se tambaleó y elevó la velocidad. Al poco avanzaba veloz y todos los pueblos que alguna vez, hace mucho tiempo, se habían levantado en la parte oriental de la ciudad quedaron muy lejos, quedaron atrás. El hombre daba vueltas en la cama, vestido. La chica se puso los auriculares y cerró los ojos. La música la transportó a un Moscú en otoño, un portero de barba gris barría las hojas secas; a la luz del pasillo de la universidad, al olor de las barandillas de las escaleras recién pintadas, a la belleza sencilla de los percheros de las oficinas.

Mientras al otro lado de la ventana se abría la noche generosa, de terciopelo negro, el hombre se desvistió pudoroso, se deslizó entre las sábanas y le dio la espalda a su compañera, ni siquiera le

deseó buenas noches. Ella estaba cansada, pero no era capaz de conciliar el sueño. Permaneció en vela mirando fijamente la oscuridad profunda de Rusia hasta que al fin, tal vez de madrugada, se tapó la cabeza con el edredón y se sumergió en un sueño inquieto.

Por la mañana, la chica se presentó en el departamento del servicio. Arisa estaba limpiando la entrada del vagón y Sonechka se encontraba sola, sentada de espaldas a la puerta abierta. Pidió dos tés y unos bagels. Sonechka asintió, pero no se giró para mirarla. Cuando la chica se disponía a irse, Arisa dio marcha atrás con su balde de agua letón.

—Kírov fue un gran jefe de Leningrado al que Stalin atravesó con una lanza. Primero se asesina a los enemigos junto con los aliados, luego a los aliados junto con los amigos, y luego a los amigos. El resto se echa a suertes. Inocentes no hay. El ser humano siempre anda insatisfecho por algo y eso sale a la luz. El culpable es encontrado y también la culpa el mismo día de la detención. Recuérdelo.

La chica regresó a su compartimento, se tumbó y simuló dormir. Pensaba en los tres años que había estudiado en Moscú. El primero había transcurrido arropada por un estrecho grupo de estudiantes finlandeses que se había disuelto cuando Maria regresó a Finlandia y Anna se trasladó a Kiev. Entonces había trabado amistad con Franz, un berlinés occidental estudiante de Filosofía que admiraba a Ulrike Meinhoff y que tenía la costumbre de apretar los labios con desprecio cuando no estaba de acuerdo con algo. Un día Franz abandonó los estudios y regresó a Berlín Oeste, y así ella se quedó sola, lo que le brindó la oportunidad de conocer a Mitka.

Después de recorrer algunas verstás, el hombre se desperezó con una sacudida y se incorporó en la cama sin abrir los ojos. El pelo grasiento se le había quedado pegado a la cabeza.

Alguien llamó a la puerta, enérgico y penetrante.

—Aquí tienen su té, camaradas —anunció Arisa en tono seco e irascible.

La chica sacó rápidamente unas monedas de su pequeña cartera y pagó. El hombre la miró extrañado.

—Aquí del té me ocupo yo. ¿Está claro?

Ella asintió avergonzada. Allende el tren, más allá de un agotado

bosque de coníferas, crecían pequeñas lomas nevadas cual nubes. Allí yacían las últimas colinas de los Urales.

—No estés triste, mi niña. Todos quieren sentirse útiles, eso lo entiendo, claro, pero en la vida existen ciertas normas que un camarada tiene que respetar. Aquí, tú eres mi invitada.

El hombre sacó un cigarro de debajo de la almohada y lo encendió. Abrió la puerta del compartimento y se quedó apoyado en la jamba.

—La vida se esfumó en una extraña bruma roja. Ya no existe. Un pequeño pedazo tal vez sí. En el fondo del bolsillo, quién sabe, un pequeño pedazo de vida.

El hombre fumaba con un ojo cerrado.

—Siempre que vuelvo a casa, a Moscú, después de una larga ausencia, todo me parece triste. Y cuando me voy con la maleta llena de calcetines remendados y de mudas planchadas pienso que no regresaré jamás, que esta es la última vez, pero siempre he vuelto. En casa me aburro, es una condena a cadena perpetua, pero a Katinka le digo que todo anda bien. Una persona no puede vivir si no se traiciona a sí misma.

Arisa se precipitó fuera de su compartimento blandiendo una escoba confeccionada con ramas.

—¡Alguien está fumando! ¡Tres rublos de multa! ¡Aquí, sobre esta mano, tú, mujeriego!

Impasible, el hombre le entregó a Arisa un billete.

—¿Es que te crees que tú, so necio, puedes comprarte privilegios? Las cosas no son tan fáciles. Habría que ahogarte en el retrete, bicho repugnante.

El hombre se mesó el cabello y le propinó a Arisa un azote en el culo, quien se alejó sin mirar atrás. Luego se sentó en la cama.

—Katinka es buena preparando pepinillos. La he preñado dieciséis veces y quince abortos le han hecho.

La chica lo miró sombría y dejó que el vaso de té volcara sobre la mesa. El líquido caliente le salpicó al hombre los dedos de los pies descalzos. Gruñó y la miró interrogante; luego comenzó a silbar satisfecho una vigorosa marcha militar, retorciendo los colorados dedos de los pies al ritmo de los silbidos.

—¿Sabes, mi niña, qué diferencia hay entre follar y joder? Follar es divertido y ligero, joder es pesado, un forcejeo triste. Así que,

¿qué tal si follamos?

El hombre se mordió el labio inferior. La respiración de la chica se llenó de largas pausas.

—Katinka está mohosa y por eso mi vida en Moscú no es más que un coño reseco.

El hombre se rascó la parte de atrás del cráneo con la mano izquierda, luego con la derecha y finalmente se llevó ambas manos a la mandíbula, miró a la chica con melosa expresión de debilidad. El ambiente lúgubre estrechaba aún más el compartimento. La chica echó un vistazo a las manos del hombre, eran pesadas y exigentes.

—Pues, si no quieres otra cosa, entonces, por ejemplo, una mamada. Estoy aburrido de meneármela con la nuca encogida.

Con el dorso de la mano la chica se frotó los labios resecos.

—Si eso no te va, metértela en la boca también me vale, pero sin manos. A la manera georgiana.

El hombre se desabrochó el cinturón.

—Para mí, zorra, tú no eres precisamente un caramelito, pero sirves. Eres igual de puta que las demás. No pasa nada. ¡El coño junto y el culo separado!

En los ojos de la chica ardían lágrimas no derramadas de las cuales intentó deshacerse tosiendo. El hombre la miró con expresión ligeramente preocupada.

—¿Te has resfriado? Enseguida te preparo una medicina. Vodka, pimienta y una gotita de miel, y el catarro desaparece.

El hombre comenzó a buscar su botella de vodka. La chica abrió de un tirón la puerta del compartimento y se marchó.

Las ventanas del tren se cubrieron de un helado y delicado paisaje de turberas. El paisaje se sucedía uniforme hora tras hora, pero transformándose continuamente con la luz. En medio de la planicie helada se vislumbró un matorral azul y un murete de nieve sobre el que caminaba tambaleante, pico en mano, una fila de hombres vestidos con cazadoras guateadas y pantalones azul grisáceo.

En el cielo aparecieron grandes bocanadas de nubes oscuras que pronto ocultaron por completo el brillo del sol, y una angustiante sombra se depositó sobre el paisaje helado. El tren frenó y la velocidad disminuyó. A lo largo del murete de arena del ferrocarril, un perro de tres patas renqueaba seguido por un fino reguero de

sangre. Arribaban a la estación de Tiumén.

—El tren se va a detener una hora o dos —gritó Arisa—. Tanto como le venga en gana, vamos.

En el andén había un montón de cajas de madera. La chica apiló tres de ellas una encima de otra para alcanzar la ventanilla, rebuscó en el bolsillo en busca de un pañuelo de tela y limpió con él uno de los cristales del pasillo.

Después se encaminó hacia el edificio de la estación, envuelto en una ondulante bruma rojo oscuro. Lo rodeó y se detuvo en la fachada sur. El edificio era feo y ruinoso, los tubos de los canalones estaban rotos y, tapando las ventanas de la planta superior, colgaban pedazos del techo de chapa, los cimientos estaban resquebrajados por varias partes, todo el edificio se caía a pedazos. A más distancia asomaba un sucio complejo fabril. Una de las altas puertas de roble de la estación se encontraba abierta y la chica entró en el vestíbulo siguiendo a una corneja tullida. El vestíbulo era abierto y espacioso; el aire, húmedo y frío y viciado, una neblina escasa gravitaba sobre el silencio. Junto al kiosco de cervezas, dos perros de dientes blancos echaban una cabezadita, del puesto de café flotaba un amortiguado sonido de voces y un olor asfixiante a bollo pasado. Un fotógrafo ambulante detuvo a la chica, le mostró su cámara Moskva-2 y preguntó si quería que le tomaran una fotografía. No quiso.

La chica se demoró un instante junto a la puerta abierta del bufé antes de dirigirse al bar para pedir pepinillos y *smetana*. Sobre los menús pegajosos zumbaban doce moscas bien alimentadas de alas brillantes. Las servilletas de papel volaban de una mesa a otra. Desde la vitrina, la miraban fijamente un gran trozo húmedo de carne, un cuenco de aguadas gachas de macarrones y un pastel decorado con una flor de crema rosácea.

La campana de la estación sonó por tercera vez y el tren emprendió oscilante la marcha. La ciudad de petróleo se erigía suspendida en el incandescentemente brillante sol helado, solo se divisaban los techos de sus bloques de pisos, y despacio flotaba cada vez más alto, hacia la bóveda celeste. El tren pasó veloz junto a pueblos soviéticos enfriándose, junto a zonas pobladas, atrás quedaban antesalas de ciudades anónimas. De un compartimento

lejano salía música popular.

La estepa pantanosa iba estableciéndose en la distancia y un bosque de abedules agotado por la pesada nieve helada colmaba el paisaje. Ahora el tren se movía a trompicones. Delante de la locomotora había surgido una larga fila de mercancías cargados de petróleo y carbón.

Horas, minutos, segundos más tarde, el tren aceleró y las estaciones de extracción de crudo que rodeaban las ciudades del petróleo y las llamas negras de las torres de perforación desaparecieron gradualmente en la lejanía. A pesar de las muchas señales de la llegada de la primavera, en Siberia aún era invierno. Por aquí y por allá, en las abrigadas laderas del sur desheladas por el sol, sobresalía hierba del año anterior. Un inocente olorcillo a humo penetró en el vagón. El tren aminoró la marcha, pronto se limitaba a arrastrarse. Al dejar atrás un almacén abandonado, la estela de humo se tornó más gruesa. Unas pequeñas llamaradas bramaban en el prado junto al terraplén, tras ellas el fuego se estiraba voraz hacia el cielo turquesa de Siberia. Junto al tren, una anciana corría angustiada en medio de una nube de humo, sin gorro y sin abrigo. Además de la hierba, ardían los travesaños de las vías y pronto también las ruinas de una construcción vieja. El viento arrojaba nubes de chispas contra el casco de acero del tren. Durante un instante, las llamas ardieron hermosas y poderosas, pero el intenso frío de Siberia las acabó asfixiando. Una joven madre arrugada por la vida levantó a su niño en brazos y señaló el edificio humeante que quedaba atrás.

—Mira, así ardía la casa de mi abuela.

El tren se demoró largo rato antes de acelerar de nuevo. Con la penumbra, el hombre salió del compartimento y se quedó de pie junto a la chica. Contemplaban el río Irtish. La nieve de las riberas del río se había contraído, en los montículos de las orillas se distinguían parches primaverales y calvas sin nieve. En medio del lecho del río, en un angosto punto de la corriente sobresalían enormes pilares de hormigón. En algún momento, allí se había erigido un puente o tal vez era una obra inacabada. Lejos, en el horizonte, se columbraba la ciudad de los ingenieros de la central eléctrica.

El hombre miró a la chica sonriendo con cautela.

—Perdona, mi niña, fue otra vez el diablo, Lucifer en persona. Es solo que me apetece tanto un coño. Hala, entra en el compartimento, no te vayas a constipar. Avísame cuando pueda entrar yo. Por mi parte todavía albergo esperanzas. Cuando Iván el Terrible cumplió los ochenta, le buscaron una mujer de dieciséis.

La chica hizo un gesto de desprecio, indicio de una seca reconciliación, y pasó al compartimento. Sacó del bolso una botella de quitaesmalte de uñas, la vació en el vaso de vodka del hombre y se dejó caer pesadamente en la cama. Le gustaba su sonrisa gagariana. Se durmió, hambrienta, con la ropa puesta.

El hombre contempló el turbio río con expresión nostálgica, en sus márgenes se habían construido aserraderos y a su alrededor se esparcía una desolación ociosa que se extendía más allá del alcance de la vista. Bajo la superficie helada, el río fluía a borbotones y giraba como una corriente efervescente. De madrugada, la chica se despertó, le dio una patada a la puerta y esta quedó entreabierta. El hombre entró enseguida, vació el vaso de vodka con varios sorbos y se acostó sin pronunciar palabra.

UNA LUZ EN TONOS ROJIZOS penetró deslumbrante por la ventana del compartimento y parceló el espacio. La cama del hombre quedó a la sombra, la de la chica, a la luz. Él estaba atareado con su nariz. De los efectos nocivos del quitaesmalte no se percibía rastro alguno. Dos gorriones hirsutos picoteaban el cristal del pasillo.

—Arisa ha venido dando voces con que la locomotora quiere reposar, así que la van a dejar descansar. Mi niña, qué te parece si nos damos una vuelta por las tiendas de vodka de Omsk —preguntó el hombre, seguro de sí mismo—. Pero no con el estómago vacío. Primero picamos algo y luego nos ponemos en marcha. La prisa mata, recuérdalo.

La niebla de hielo los asió de la respiración de tal modo que tuvieron que detenerse y permanecer en calma durante largo rato. En el andén ladraban sin descanso un par de perros hambrientos de patas ágiles. La terminal de la estación se llenó del bullicio del trabajo y del ruido de los viajeros, del rechinar de las locomotoras, el traqueteo de los mercancías, el estrépito del hierro, palabrotas, algarabía y risa sin trabas de mujeres ancianas. En medio de la mezcolanza humana, una abuela agitaba unos enormes guantes, vendía un espeso zumo de manzana envasado en grandes botellas verdes. La chica recordó el invierno anterior. La guerra de Afganistán se había enardecido y en lugar de producir comida, el Estado soviético se concentraba en fabricar armas. En los anaqueles de los economatos de Moscú no se encontraban más que botes de leche condensada, conservas de pescado y esporádicos tarros de mayonesa. En todas partes no había más que problemas; problema con la pasta de dientes, con el jabón, con las salchichas, con la mantequilla, con la carne, y el eterno problema con el papel, incluso un problema con los muñecos. Ella había ido de vacaciones de año nuevo a Riga, y allí, en un economato remoto, había encontrado zumo de tomate y mermelada en tarros de cristal de tres litros. Agonizante, los había arrastrado hasta Moscú. Gracias a esos

tarros, Mitka y ella habían podido divertirse hasta marzo, trocándolos por entradas para el *ballet* y conciertos, por champaña y quién sabe qué más.

Delante de la estación, el hombre y la chica se subieron a un autobús en cuyo salpicadero graznaba un pequeño loro. El autobús suspiró, rugió y echó a andar a paso de tortuga en dirección al centro. Mientras el hombre dormitaba, la chica raspaba con la uña la ventanilla helada creando así una pequeña abertura por la que la luz se colaba en el interior del vehículo. Con la mirada seguía a una confusa bandada de grullas que volaba hermosa a lo largo de la orilla del río Irtish y que desapareció detrás de altos bloques de pisos con balcones verdes. Las chimeneas de las fábricas parecían minaretes.

El autobús se tambaleó y se ladeó y a punto estuvo de volcar al esquivar a un grupo de obreros del petróleo que cruzaban la calle. Más lejos, un vasto bosque de pinos altos y viejos cubiertos por la nieve se extendía cual una franja oscura al otro lado de la ciudad.

El autobús se detuvo con un chirrido delante de los restos de la puerta de Tara, el hombre se despertó y ambos se apearon con prisa. Junto a la puerta había un edificio bajo de ladrillo en cuyo costado se leía «Univermag». En la fachada de la tienda habían fijado con un clavo torcido y oxidado un altavoz. Colgaba mustio mecido por el viento invernal, y a su alrededor flotaban fragmentos de la pastoral de la ópera *La dama de picas*.

Frente a la entrada reposaba un sobrio ataúd de pino revestido de seda roja. Los bordes estaban adornados por encajes negros, había sobre la tapa un ramo de claveles blancos y de color limón. Ante el escaparate de la tienda, había un banco cubierto de nieve, y tumbado en él un tipo vencido por la borrachera con un acordeón bajo el brazo. La chica y el hombre se detuvieron junto al féretro. Él se descubrió la cabeza e hizo la señal de la cruz. En ese momento se abrió la puerta del establecimiento y salieron una anciana chata y cuatro hombres con un crespón negro enganchado en la manga de su deteriorado abrigo. Agarraron los cabestrillos blancos del ataúd, lo levantaron y desfilaron hacia el centro de la ciudad. El cortejo fúnebre marchaba balanceándose por una calle resbaladiza franqueada por una fila de postes de la luz densamente plantados que recordaban a las cruces ortodoxas.

—Paz para su corazón torturado —dijo el hombre.

Cuando el cortejo fúnebre hubo desaparecido detrás de una grácil mezquita ornamentada con mosaicos azules, el hombre se secó el sudor de la frente.

—De joven me enderezaron a base de sacar turba de los pantanos. Por allí andaba también Miska, un tipo de pocas luces y puños duros. Me hice su amigo, si es que puede usarse esa palabra. Nunca le dije ni una palabra, por la noche acariciábamos el mismo gato… Una madrugada de primavera Miska murió. Alguien le había metido dos clavos de hierro en la cabeza. Le pregunté al jefe si podía acompañarlo en su último viaje. No, respondió él, las reglas no lo permiten. Me quedé allí de pie, observando, mientras se lo llevaban a la colina. A las cachas del caballo, blanco impoluto, las embellecían grumos de boñiga reseca, pues aquel rocín tiraba también del carro de estiércol familiar. Dentro había una caja de tablas y allí estaba Miska.

El hombre y la chica permanecieron un rato más en silencio antes de entrar en el economato. Un hule de flores hecho jirones cubría el pequeño mostrador. Encima habían colocado botes de té, tubos de pomada, *vermicelli*, colonia barata y hebillas para cinturones. La ventana era baja y la protegían barrotes. Una limpiadora de manos coloradas lo salpicaba todo con su fregona húmeda, desastrada.

—Fuera, ¿es que no veis, repelentes zopencos, que estoy limpiando? ¡Fuera ahora mismo!

En el preciso momento en que se daban la vuelta para abandonar el establecimiento, de la trastienda salió una vendedora con una enorme nariz aterida y en mal estado.

—¡Escuchad!

El hombre se aclaró la voz.

—Tranquilas, no queremos molestar.

La dependienta lanzó una mirada a la limpiadora y le dedicó un gesto con la mano.

—Varvara Alexandrovna Pelevina, puede irse. El suelo está muy bien.

—Mi querida Ninka, ¿me da un par de botellas de vodka de pimienta y un manojo de cebollas?, —preguntó el hombre.

—¡No soy tu Ninka!

—¿Y vodka de pimienta, querido pastelito?

—No hay.

—Si de todos modos quedara…, digamos, vodka de pimienta.

—No hay.

—¿Y un par de empanadas de setas y una botella de agua mineral?

La vendedora lo miró con expresión sorprendida. Luego bufó con desprecio, sacudió su enorme trasero y sacó de debajo del mostrador una gran botella de alcohol claro, una botellita de vino dulce Sangre de Oso, una botella de brebaje búlgaro para emergencias y un manojo de cebollas.

El hombre lanzó una carcajada, se sacó unos billetes pequeños y un puñado de kopeks y echó el dinero con rapidez en el platillo, agarró las botellas y las cebollas, miró largo rato a la vendedora y se pasó la lengua por el seco labio inferior; con pasos saltarines, incluso silbando levemente, abandonó la tienda. La chica permaneció dentro un rato más, pero salió presurosa porque la vendedora la observaba hostil.

Se dirigieron a la parada del autobús. El viento arreciaba y un cielo desapacible arrojaba bocanadas de nieve mordaz a gran velocidad; había cobrado fuerzas en la lejana tundra y ahora enfriaba las inclinadas hojas de abetos.

El autobús apareció cuando quiso, apestando a podredumbre cotidiana, y los viajeros subieron raudos. La conductora era una mujer de mediana edad que olía a aguardiente de cebolla, hinchada, embutida en un largo abrigo grueso con el cuello de pieles. El intenso frío había recorrido el autobús y empañado las ventanillas. En el cielo oscuro pasaban a gran velocidad varias capas de nubes que se cruzaban unas con otras, ya sobre el límite del bosque, ya lejos, en las alturas.

El hombre y la chica se apearon en la estación de ferrocarril. Alrededor de la estatua de Lenin, el viento hacía volar un miserable jirón de un saco de cáñamo negro. Arrastraron sus pasos cansados hasta una improvisada heladería en la esquina de la estación, en la puerta habían fijado un letrero: «En obras».

La heladería olía a Lisol. Por el suelo lindamente recubierto de azulejos flotaban charcos de leche, en una esquina había briks chorreantes tirados por todas partes. El establecimiento estaba

repleto de gente. El hombre bebió un vaso de vodka, le dio unos mordiscos a una empanada y anunció que se retiraba al tren.

La chica pidió una ensalada con mayonesa y una porción de helado que incluía ciruelas recubiertas de chocolate negro y dos clases de galletas.

La ensalada de mayonesa contenía solo mayonesa, las galletas sobresalían en la cúspide de la generosa porción de helado como palos para el heno. La chica contempló las aster del alféizar, tristes flores de otoño, agotándose en un jarrón a falta de agua. El cielo se cubrió con abultadas nubes oscuras que paseaban en las capas bajas y unas nubecillas azul marino que serpenteaban en lo alto. Un tranvía pasó junto a la heladería silbando afligido.

La chica apuró el helado sin prisa. Las galletas las apartó al borde del plato.

Cuando la chica entró en el compartimento, el hombre se estaba masajeando las rodillas. Por los altavoces de plástico beis del pasillo sonaba *Romance* de Chaikovski. Atrás queda Omsk. Ciudad cerrada. Extenuada, absorbida por la taiga; la vieja y querida Omsk, cuya juventud ha sido olvidada. Atrás queda la prisión donde agonizó un joven Dostoievski desterrado, atrás queda la fidedigna e inánime estatua de Dostoievski en la flor de la vida, atrás queda la capital del gobierno blanco de Kolchak, atrás quedan las colas delante de la zapatería, la tierra cansada, la fila de dachas construidas con troncos pálidos hasta tornarse grises. Esto es todavía Omsk. Un solitario edificio de diecinueve plantas en mitad de los campos, una tubería de petróleo de quinientos kilómetros, las llamas amarillas y el humo negro de las torres de perforación de petróleo. Bosque, alerces, abedules, bosque, esto ya no es Omsk, una casa desplomada por la nieve. El tren palpita pesadamente a través de una tierra nevada, desértica. Todo se mueve: la nieve, el agua, el aire, los árboles, las nubes, el viento, las ciudades, los pueblos, las personas y los pensamientos.

LA CHICA ESCUCHABA MÚSICA en el *walkman* y regresó mentalmente a la calle Bolshaia Sadovaya. En esa calle, en el rellano superior de un edificio verde, estaba su escondite secreto, suyo y de Mitka. En la pared del vestíbulo de entrada alguien había dibujado un gato negro, las paredes de la escalera estaban emborronadas de citas del libro de Bulgákov *El maestro y Margarita*. Cuántas veces, envueltos en la oscuridad nocturna, habían trepado ambos por aquellas angostas escaleras de madera. En la sexta planta, dos peldaños se caían a pedazos y, si desconocías esto, podías precipitarte en el vacío y morir. Pero ellos lo sabían y estaban precavidos. En el descansillo de la planta superior, en medio de un charco formado por orín de gato, Mitka y ella habían fumado su primer porro juntos.

El hombre se cambió pudoroso la ropa interior. La sucia la envolvió en un antiguo ejemplar de *Literatúrnaya Gazeta* y guardó el paquete en la maleta.

Los nuevos viajeros que se habían incorporado en Omsk estaban de pie en el corredor. En el grupo había un oficial del Ejército Rojo acompañado por su anciana y delgada, casi transparente, ama de llaves. La guerrera del uniforme le sentaba bien, los zapatos brillaban, también su rostro hinchado. Estaba de pie en el pasillo con la espalda erguida, a intervalos regulares se aclaraba la voz con dignidad. El hombre, apoyado en el marco de la puerta, clavó la mirada en el oficial.

—En tiempos de Lenin, en la Unión Soviética no había oficiales, solo comandantes y soldados. La diferencia entre ambos solo se percibía en las distancias cortas, por el distintivo del cuello. Ese tiempo hace mucho que quedó atrás, hoy los tenientes y capitanes se sientan juntos en una mesa y los comandantes y coroneles en otra. Ese de la mueca tiene jeta de ladrón. Es probable que sea un marica royéndole la espalda al poder soviético.

Las orejas del oficial enrojecieron y con varias zancadas firmes

se plantó frente al hombre, lo agarró por la nariz y le apretó tan fuerte que este cayó sobre la cama.

—En la próxima estación, a los macarras los echan del tren —vociferó el oficial—. Si usted fuera un poco más joven, lo enviaría a la cocina del diablo para que lo educaran.

El hombre estaba desconcertado, porque el oficial lo había sorprendido con su presteza.

—Pero si no… —empezó, se incorporó de un salto y asestó un puñetazo al oficial, que este esquivó, y el puño acertó en el marco de la puerta.

Enfadado, el hombre escupió sobre el hombro izquierdo en el pasillo y chistó. El oficial lo miró, suspiró hondo y se alejó. Arisa se abalanzó por el pasillo con un hacha en la mano.

—¡Cerdo! ¡Aquí no se escupe en las esquinas! Ya me ocuparé yo de que este camarada, héroe de hierro fundido, se mee en los pantalones.

Arisa oscilaba el hacha de tal manera que la chica se acurrucó. Luego se desvaneció sin más. El hombre la siguió aliviado con la mirada.

El pasillo quedó desierto. La chica permaneció allí un rato a solas y después entró en su compartimento, donde el hombre, sentado al borde de la cama, aún seguía furioso.

La chica no se atrevía a moverse ni un ápice. Poco a poco él se fue calmando. Hundió la mandíbula en su gran mano y suspiró.

—No soporto ver a esa clase de gallitos. Se viste como la puta del partido. Esos tipos son los culpables de que aún no hayamos vencido a los afganos. Ese marica es un petimetre, peor aún que los guerreros afganos. He visto en las noticias del parte lo que los musulmanes hacen con sus fusiles allí en el desierto. Los cargan como si fueran bebés. Y lo que les hacen a nuestros oficiales del Ejército Rojo. A ver si estos aprenden de los hombres primitivos y mueven el culo. Si nosotros hiciéramos allí la guerra como es debido, habríamos machacado a esos emperadores pastunes enseguida, ya en la fase inicial de la ofensiva. Cuando estaba en el ejército, a los homosexuales les metían un palo por el culo. Un soldado de verdad sabe qué hacer con un arma. Dispara a los enemigos. No en la frente, sino en el estómago.

En la mente de la chica solo cabía un pensamiento: odiaba al

hombre.

Dejaron atrás resignadas casas engullidas por su jardín, pueblos devorados por sus bosques, ciudades que la taiga de líquenes se había tragado. El tren avanzaba raudo hacia el este, las nubes marrón oscuro ocultaban el cielo, pero, de repente, en el sur, se avistó una pequeña hendidura desgarrada entre las nubes, primaveral, azul brillante. El tren se apresuraba hacia el este y todos aguardaban la mañana. A la chica se le ocurrió que en ese momento atravesaba la temida Siberia dentro de un tren caliente, y que tal vez ese preciso tren fuera observado por alguien que añoraba Moscú, por alguien que deseaba hallarse en su interior, alguien que había escapado de los campos sin un rifle, sin comida, con tan solo unas cerillas húmedas en el bolsillo, alguien que esquiaba con los esquíes robados a un vigilante y un cuchillo oxidado, alguien que estaba preparado para matar, preparado para sucumbir y helarse, preparado para lanzarse a la vida.

Durante toda la silenciosa noche, espesa y lúgubre, la chica esperó la llegada a Novosibirsk. Había aguardado la protección de la metrópoli, poder estar sola aunque fuera algunas horas. El frío intenso, recio, seco de Siberia le rajó la cara y le cortó la respiración. Un mechón de pelo que asomaba bajo su gorro de lana se cubrió de escarcha en un instante, las pestañas se le quedaron pegadas, los labios se le quedaron pegados. En el andén oyó crujir la nieve y gemir bajo sus pies, las vías restallando entre las garras de la helada. Contempló la tierna luz de las farolas que zumbaban intermitentes, y cuando regresó al pasillo helada, se encontró a Arisa.

—Nuestra querida locomotora Victoria con su estrella roja en la frente lo ha dado todo. Si no puede enfriarse en paz y luego descansar, morirá. Y eso nadie lo quiere. Vamos a concederle una pausa para respirar, unos días de vacaciones.

La chica decidió ir a la ciudad y reservar una habitación de hotel. Podría ducharse y estar tranquila.

Cuando preparaba la maleta en el compartimento, el hombre le arrebató el *walkman* y no accedió a devolvérselo.

—No puedes irte sola. No te lo permito, Novosibirsk te devorará. Nos vamos juntos. Yo me ocupo de todo.

Un par de horas más tarde, ambos caminaban con desgana hacia el centro de esa metrópoli congelada, teñida de amarillo azafrán por el alba. Bajo sus pies, la chica sentía la calle firme. A ambos lados de la abollada acera se elevaban unos muros de nieve más altos que el hombre, entre los que los habitantes de la ciudad habían esculpido caminos de tanto pisar por el mismo lugar. Andaban entumecidos, respirando con dificultad, junto a solares sin edificar y huertos urbanos enterrados bajo la nieve, junto a una escuela, junto a vallas y verjas escarchadas, junto a verandas de ventanales cuadrados adornadas por el hielo y una mujer achaparrada envuelta en un blanco vaho helado. En algunos lugares se había acumulado tanta nieve que los montículos alcanzaban hasta la fuente de luz de las farolas.

En la parada de autobús esperaba de pie, durmiendo confortablemente, un grupo de personas que despedían un profuso vaho, con finas cazadoras guateadas, gorros de piel desgastados en la cabeza, espléndidas botas de fieltro en los pies. En las ventanas de un edificio de hormigón destellaban luces doradas y al abrigo de su patio interior unos perros aullaban en manada cual lobos. El viento soplaba levantándole a los peatones el faldón de los abrigos y vapuleaba la nostálgica melodía de un acordeón de fuelles flojos. En cada manzana se veían barberías y peluquerías. Al borde de una calle secundaria, bajo un montículo de nieve, sobresalían tubos de hierro oxidados, una carretilla, y en la esquina estaba tirado un sofá checoslovaco roto, sobre el que el viento había amontonado nieve con rapidez, formando una pequeña duna. El hombre y la chica paseaban en medio de una ciudad industrial que se desperezaba de su sueño helado, atravesaron patios y allí, en la niebla de hielo, encontraron la fila más alicaída del universo. El hombre primero y luego la chica se situaron al final de la hilera, encima de una superficie helada. El inicio de la cola se desvanecía en la densa bruma helada cubierta de hollín. Una mujer atravesó la niebla imprimiendo sus huellas en la acera, la gente despedía vapor igual que los caballos. El hombre se giró rápido.

—Aquí sufrimos sin motivo ni oponer resistencia. Nos pueden hacer lo que sea y todo lo aceptamos obedientes.

Un viejo de grandes ojos grises y una cesta repleta de empanadas caseras gritó algo detrás de la chica:

—Jesús sufrió y nos ordenó que sufriéramos, eso es todo.

—No, una vida fácil. Eso es lo que todos queremos —vociferó un joven de nariz enrojecida por el alcohol.

—No todos aguantan una vida fácil y acaban destruidos —repuso el viejo sin entusiasmo, calándose más el gorro de piel con orejeras.

—Simple ignorancia —dejó caer el de la nariz roja de borracho.

—Sufriendo saboreamos la vida, gracias a Dios. La carencia y el vacío son buenos —refunfuñó el anciano.

—Cierto, el ser humano se las arregla con poco, pero sin ese poco no hay nada —gritó el joven.

—Gilipollas, no hablo con usted. —El viejo dio una áspera manotada en el aire. En la mano llevaba una manopla de piel de perro.

—Es una broma, abuelo, no se enoje, no le vaya a dar un ataque. —El hombre calmó la conversación empleando un tono apacible.

El viejo se colocó junto a la chica, miró al hombre largo rato con una expresión crítica en su rostro.

—Escucha, camarada, una vida sencilla mantiene el alma pura.

—Y el sufrimiento ilumina —añadió el hombre guiñándole un ojo al anciano.

El hombre compró un melón helado; la chica, una manzana moteada y aterida. Pasaron junto a una desastrada cabina telefónica en la que una mujer con el cuello de la ropa amarillento hablaba con vehemencia al auricular. Un hombre de tobillos huesudos, rojizos, golpeteaba el cristal con una moneda en un intento de apremiarla. En las fachadas de los bloques de pisos se abrían profundas grietas, los balcones cubiertos de nieve estaban marchitos, se derretían, goteaban, unas puertas de las que habían sustraído los tiradores colgaban desgarbadas y groseras, el umbral rebosaba de nieve. Farolas apagadas enterradas en la nieve, farolas torcidas, farolas rotas. En el ambiente, hilos de electricidad colgantes, alcantarillas abiertas, cables revueltos entre el nevazo. Y sobre todo ello, en el cielo azul brillante relucía un sol majestuoso. Llegaron a la vez hasta un parque cultural oscuro. Había pasado la quitanieves y ahora asomaba el asfalto resquebrajado y helado. Se sentaron en un banco cubierto de nieve. El hombre sacó del bolsillo del abrigo su navaja, al apretar el mecanismo emergió la hoja firme,

sólida, y cortó el melón en rodajas.

—¿Nos vamos de paseo en coche? Tiempo tenemos, y más que vamos a tener. Se me ocurre un plan y este incluye una botella de *whisky*. ¿La llevas encima? Conozco a una persona, en realidad se trata de un buen amigo, capaz de organizar cosas. Pero en este país no es todo gratis. Espera aquí.

La chica meditó un segundo, sacó de la mochila su litro de *whisky* y se lo entregó al hombre, que silbó contento, se lo metió en el bolsillo interior y se marchó. La chica se quedó tiritando en el banco. Le ardían las mejillas y de los pelos de la nariz le colgaban pequeñas gotas heladas. A su lado apareció inesperadamente un grajo entumecido por la helada mañanera, la chica le ofreció un pedazo de melón congelado. El pájaro apartó orgulloso la cabeza.

Tenía quince años cuando el tren aldabeaba a primeras horas de la mañana al pasar por los barrios de Moscú. Por la ventanilla había observado el sol elevándose lentamente desde el otro lado del horizonte sobre las banderas rojas y aumentando las sombras de interminables colonias de bloques de pisos prefabricados, tornándolas surrealistamente largas. Se habían alojado en el Hotel Leningradskaya, edificado junto a la plaza Komsomolets: su padre, su hermano mayor y ella. La decoración ornamental del vestíbulo del hotel resultaba perturbadora. Jamás había visto, ni siquiera en fotografías, un hotel tan elegante. Las ventanas de sus veintiséis plantas disponían de vistas fabulosas sobre la enorme metrópoli. Se hospedaban a pensión completa, lo que significaba que podían comer tres veces al día en el presuntuoso comedor del hotel. Ella odiaba el caviar negro, pero escuchaba con agrado el suave triquitraque del ábaco de la caja. Habían paseado por la avenida Leninprospekt, habían observado a las barrenderas, en Finlandia no había algo así. Por la tarde habían subido en taxi hasta las colinas de Lenin, desde donde divisaría por primera vez su futuro centro de estudios, el nuevo edificio principal de la Universidad de Moscú, de treinta y cuatro plantas y con iluminación de gala. Aquel complejo monumental, alumbrado por un reflector de luz y con una resplandeciente estrella de rubí en lo alto de la puntiaguda torre del edificio principal, parecía sacado de un cuento de *Las mil y una noches*. El segundo día, su padre les mostró a ella y a su hermano lo

que le había asombrado en el año 64, cuando había visitado por primera vez la Unión Soviética. Dieron una vuelta por la Plaza Roja, por el mausoleo de Lenin, de estilo funcionalista, y admiraron las murallas del Kremlin. Viajaron en trolebús hasta la plaza de la Revolución para maravillarse de los inmuebles de viviendas de veintidós plantas, y hasta la plaza Smolenskaya para quedarse atónitos ante los edificios administrativos de veintisiete plantas; su padre les explicó que eran una mezcla del Kremlin y de los rascacielos estadounidenses. Visitaron el cementerio de Novodévichi, las tumbas de Gogol, Maiakovski, Chéjov y Ostrovski.

El tercer día su padre les condujo a ambos al pabellón Kosmos para visitar la exposición de los logros de la economía nacional. Aquel era el santuario del culto al espacio de la Unión Soviética: modelos a escala real de naves espaciales y fibras sintéticas, toda clase de cacharros espaciales y, por supuesto, la reliquia más valiosa de todas, la cápsula espacial Soyuz, delante de la cual había un ampuloso arreglo floral de estilo soviético. No se podía entrar, pero sí fotografiar. Para la chica, el pabellón había significado lo mejor que había visto en toda su vida. Había escrito en su diario que deseaba mudarse a Moscú en cuanto cumpliera los dieciocho.

Por la tarde todos se sentaron en un restaurante uzbeco. La orquesta tocaba melodías eslavas y algunos bailaban. Alrededor de la medianoche, su hermano había comenzado a pelearse borracho con un turista de Alemania Oriental y alguien llamó a la milicia, que se llevó a ambos camorristas. Al día siguiente, el guía fue a sacar a su afligido hermano del calabozo desembolsando cincuenta dólares. Antes de que el restaurante cerrara, su padre había comprado una puta georgiana, había desaparecido con ella y de recuerdo había pillado una hepatitis B. La chica se quedó sola en el restaurante. Un camarero gordo le pidió un taxi. Ella maldijo a toda su familia, incluida su madre, que hacía años los había abandonado largándose a trabajar a una conservera al norte de Noruega. Cuando su padre regresó de madrugada de estar con la prostituta, relató que la zorra sabía a leche y que su coño era tan profundo como el pecado. Moscú había sido como el puño de piedra del poema de Maiakovski. La chica no se había repuesto jamás.

Un sol poderoso se tragó las nubes negras y en la orilla del parque apareció un Pobeda verde, rechoncho por los costados, muy

abollado, robusto.

—¡Aquí, mi niña! ¡Ven aquí! No mires esos desdichados kopeks arruinados por el óxido, sino esta espléndida belleza —gritó el hombre por la ventana abierta del coche.

En un momento, la calefacción de fuerte olor a gasolina derritió el pelo escarchado de la chica, aunque el espacio para las piernas continuaba frío. La chica tenía los pies ateridos. Se descalzó y comenzó a masajearse las extremidades. El asiento de atrás desprendía olor a cuero y a hierro revenido.

El hombre pisó el acelerador y el Pobeda se zambulló en una calle secundaria revestida de hielo. Los árboles del parque, cubiertos de nieve y amarillentos por el sol, seguían perplejos con la mirada aquel automóvil.

El coche se abría camino a incontrolable velocidad por la ciudad helada en busca de una salida, pasó por puntos de control y junto a hombres con metralleta, hacia la luminosidad rural. Atrás quedaba el ruido lacerante de la urbe, los bloques ennegrecidos por el hollín y las losas de humo que se elevaban directas hacia el espacio. A ambas orillas del camino se erigía una fila de abedules jóvenes con el costado blanco envuelto en nieve. Crecían en ellos tupidos nidos de grajos negros. En la fachada sur de unas casas ocultas entre capas de nieve de tres metros asomaban bocas de riego y mujeres embozadas en gruesas bufandas. Pronto, en lugar de las tomas de agua, surgieron chirriantes pozos de brazos basculantes rodeados por una gruesa capa de hielo. El hombre conducía por un sinuoso camino de aguanieve que el final del invierno había bacheado, a tanta velocidad como le permitía el destartalado vehículo.

Pronto el Pobeda estaba dando saltos por la carretera a Tomsk, ennegrecida a causa del hollín de las fábricas. Nevaba, los puentes retumbaban. En el asiento delantero, el transistor emitía «Noches de Moscú», de Soloviov-Sedoi, y el hombre fumaba un Machorka tras otro, tomaba largos tragos de una larga botella de aguardiente casero.

Aquí y allá, entre uniformes bosques prisioneros de una capa de nieve endurecida reposaban campos descuidados. Arados, bajo grandes dunas de nieve. Al borde de uno de los campos asomaban dos Lada con el morro arrugado. No se veía a los conductores, pero en la nieve había sangre congelada. En algunas curvas flotaba una

cierta tristeza.

Entre un pequeño pinar surgió de pronto una iglesia vieja, decrépita, cual arbusto en flor en medio del invierno siberiano más severo. Desafiaba toda lógica arquitectónica, parecía un juguete de sorprendentes proporciones, se extendía incontrolable en varias direcciones. Sobre la entrada principal se leía: «Club».

La chica observó la belleza salvaje de Rusia por la ventanilla de atrás. Sobre el cristal había soplado el viento gélido. A ratos, una chispeante nube de nieve de color amarillo violeta ocultaba el paisaje helado, que iba quedando atrás. Otras veces, una estela formada por copos de hielo y nieve se arrastraba detrás del coche como si fuera un velo. El campo helado de cardos relucía mustio al borde de un bosque que observaba abatido. En el horizonte flotaba una neblina de polvo rosa, frondosas nubes se desgarraban en el cielo y ondeaban cual sábanas infantiles.

Por la tarde pasaron junto al centro del distrito, junto a una laguna, un koljós, un boscaje de abedules, y descendieron al valle donde el sol había derrotado a la helada siberiana y en un instante el camino sinuoso se transformó en fango. El hombre golpeteaba el volante con los guantes negros puestos. En mitad de la carretera había tirado un anillo de hormigón, el hombre frenó en seco y a duras penas consiguió esquivar el inesperado obstáculo.

—¡Joder con esos mujiks! No se enteran y luego se les caen las cosas de la caja. Nadie nota nada, andan hechizados con el nuevo tractor.

De pronto el sol se estremeció en el límite del bosque y fue a ocultarse detrás de una nube verdosa. Un instante después, en el parabrisas repiqueteaban las primeras gotas de agua, pesadas como el estaño. El coche carecía de limpiaparabrisas, por el cristal solo se distinguía la voluminosa lluvia, el hombre se vio obligado a detener el vehículo al borde de la carretera. Las bolas de lluvia solidificadas martilleaban el camino transformándolo en una sopa de aguanieve. La carretera deteriorada por el deshielo zigzagueaba a través del valle como un río indolente. Del cielo resplandeciente vestido con los colores del arcoíris cayó ligera una corneja con solo un ala. Pronto desaparecieron la lluvia arisca, repiqueteante, y el arcoíris, y una abundante bruma verdosa recorrió una gallarda arboleda y lánguidas franjas de bosque; al otro lado se elevaba un sol brillante

que atacaba al frío gélido. En un instante, el camino escarchado por el tiempo se congeló convirtiéndose en un peñascal de hielo sobre el cual el Pobeda saltaba como una pelota de *ping-pong*. Más allá de la taiga rasa, yerta y helada existían pueblos fríos, enterrados en la nieve, koljós vaporosos, fincas estatales humeantes; en las fachadas de sus cuadras crecían montañas de pan negro.

Cuando terminó aquella carretera destrozada por el frío glacial, delante del Pobeda se esparció una especie de acceso aplanado por una excavadora. El hombre pisó el acelerador, a continuación el freno, y de nuevo el acelerador. El sol iluminó todo el paisaje para después, en la siguiente curva, lanzarse hasta el borde de una solitaria nube alargada. Volvió a aflorar por detrás del bosquecillo envuelto en nieve anquilosada. Junto al acceso asomaba una moto semienterrada en la nieve. El trineo rojo enganchado a ella estaba repleto de maderos nevados. El Pobeda, que oscilaba saltando de un bache a otro, se atascó un instante en la superficie congelada del camino y unos metros más adelante volvió a chirriar de nuevo. El hombre aplastaba el atormentado acelerador, la chica se sacudía en el asiento de atrás. Estaba con Mitka en un letárgico museo, en el bullicio de las calles, columpiándose en un tren de cercanías, en el rechinante pasillo de un vagón, mirando el hueco del ascensor de un rascacielos, a la orilla del río Moscú donde los camiones bramaban por la carretera paralela a la ribera con sus varios carriles, en la mesa del rincón de una coctelería, siempre buscando nuevos lugares «nuestros». El bosquecillo vestido de nieve se transformó en una foresta de abedules bajos. Entre las ramas heladas se coló un rayo de sol, luego otro, y, unos kilómetros más adelante, un astro vigoroso iluminaba la planicie nevada.

Pasaron por una carretera en obras esquivando máquinas, una de ellas era una combinación de moto y quitanieves, otra parecía una mezcla de automóvil y pequeña excavadora, únicamente la apisonadora aparentaba ser lo que efectivamente era. En una gran marmita de hierro hervía bitumen caliente, mujeres vestidas con cazadoras de algodón de color azul portaban pesadas cargas de piedras y lanzaban miradas airadas, los hombres blandían picos de mango largo con el cigarro colgándoles de la comisura de los labios, las máquinas tosían.

Después de la obra surgieron unas cabañas de troncos que

formaban una aldea gris desde la cual descendía un camino gris cubierto de aguanieve. Por detrás de la casa más próxima apareció un rebaño de ovejas grises compuesto por cientos de cabezas que pastoreaba un joven curtido. Este iba a lomos de un delgado jamelgo marrón y hacía oscilar el látigo y maldecía tanto que el sonido se escuchaba desde el coche. Al borde del camino había gavillas de lino podridas, baldes de cinc completamente oxidados, varillas rotas, sacos de fertilizante fosilizados, zapatillas de abedul hechas jirones y montones de andrajos, cercas torcidas y cuarteadas por la escarcha, borrachos inconscientes sobre los que se orinaban los perros callejeros. Aparcaron el coche delante de una tienda y salieron a caminar por la calle principal del pueblo, aplastada por miles de pasos. El helor les laceraba los ojos, las lágrimas les resbalaron por las mejillas hasta congelarse. El hombre se sentó a descansar sobre una piedra helada y se secó el sudor de la frente.

Mientras, la chica caminó hasta una casa construida en lo alto de una pequeña colina. Tocó la pared con su mano; estaba fría pero era suave. Del porche partía un sendero que conducía hasta la verja del jardín. Alguien había hacheado el hielo alrededor del pozo. Junto a él se había apostado un adolescente ceñudo, encogido, en su cabeza oscilaba un desgastado gorro de borreguillo. El muchacho observó a la chica con curiosidad, ligeramente boquiabierto, sus largos brazos alelados y las piernas cortas separadas.

—El encargado de la brigada del complejo —dijo, señalándose a sí mismo con el guante.

Al poco, detrás de la casa apareció un caballo negro que arrastraba un trineo rojo. El deslizador llevaba dos tinas de madera, pero no conductor. El chaval ceñudo bombeó agua del pozo comunitario, que rechinaba y chirriaba, llenó los baldes hasta los topes, agarró las bridas y transportó el agua helada hasta la casa más apartada.

Las casas del pueblo se observaban hurañas las unas a las otras. Las habían construido en consonancia con la naturaleza que las rodeaba y, sin pintar, se fundían perfectamente con el paisaje uniforme. Habían sido edificadas tronco a tronco, en filas armónicamente regulares a ambos lados de la calle principal del pueblo, las cercas levantadas estaca a estaca. Podía verse todo eso, aunque por ellas había pasado el tiempo y pronto la naturaleza lo

conquistaría todo de nuevo. Donde ahora se erigía el pueblo, primero crecerían alisos espaciados, luego, más tupidamente, pinos de tronco rojizo, y al final un bosque de frondosas. Una sierra mecánica rugía intermitente detrás del cobertizo, tosió y se apagó. En la parte superior de la puerta habían colgado un letrero: «Taller técnico del koljós». A su lado se erigía inmóvil una pila de troncos, detrás se había sentado un grupo de muchachos. Los chicos habían heredado de sus padres chaquetas de traje o cazadoras guateadas demasiado grandes, calzaban botas de fieltro y hacían circular entre ellos una botella de alcohol casero. Cuando la vaciaron, uno de los chavales la introdujo entre la leña menuda.

El hombre y la chica regresaron junto a la tienda. Dos tractores habían estacionado delante. En uno de ellos se había construido una cabina con tablas sin lijar, y la vieja ventanilla de ventilación de una casa hacía las veces de parabrisas. En lugar de ruedas, el otro tractor tenía unas flojas orugas y, sustituyendo al volante perdido, habían instalado una llanta de bicicleta. La chica compró unas empanadas de col recién horneadas y una botella de compota; el hombre, aguardiente casero, y ambos se acomodaron en las escaleras de la tienda en compañía de un gato blanco de pelaje hirsuto. De algún lugar surgieron cinco pequeñas abejas bulliciosas, zumbaban en el frío intenso alrededor de la empanada de la chica. Cuando esta propinó un manotazo en el aire, las abejas continuaron su viaje, ofendidas, solo una de ellas trató de aterrizar en la rama helada de un rosal, pero murió antes de alcanzar siquiera a posarse.

Por detrás de la tienda apareció una orquesta. Aquellos hijos de Siberia ataviados con traje de pionero desfilaban por la calle principal del pueblo al ritmo de su canción y de un pequeño tambor. Unas camisas holgadas de color marrón, henchidas por el viento glaciar, cubrían sus delgados cuerpecillos infantiles. Los pañuelos rojos de pionero se asentaban elegantes sobre la camisa marrón, y los multicolores gorros de lana con pompones ensombrecían aquellos rostros abiertos e inocentes.

Cuando los pioneros hubieron desaparecido detrás del edificio de la escuela, el hombre y la chica regresaron al coche y, sin prisas, continuaron su viaje.

—Antes la gente pensaba que Dios era la naturaleza, pero hoy día se oye decir que Dios es la ciudad. Yo estoy con estos últimos.

Alguno opina que las ciudades son células cancerosas. ¡Una mierda! Pero si el sentido común dice que una docena de gusanos no puede alimentarse infinitamente de la misma manzana. La naturaleza aquí es más que suficiente. Es gratis y no se acaba nunca. Nuestras reservas humanas son inagotables, las masas no se acaban. En los años cincuenta, en el pueblo de Sujoblinova, el brigadier de la estación de máquinas solía decir que la libertad son extensas llanuras por las que uno puede caminar toda la vida y respirar el aire de los espacios abiertos, llenar bien los pulmones de aire y sentir sobre su cabeza el espacio infinito. Tal vez sea así. Tal vez no.

Entre las colinas serpenteaba el inmenso río Obi, prisionero de los hielos e iluminado por el sol. En sus riberas, la larga hierba escarchada, yerta, afloraba bajo la nieve acumulada, saludaba a los viajeros. Paralelo fluía fiel el río, dormía bajo la gruesa corteza helada. Ya por simple curiosidad o porque el motor del coche despedía humo, el hombre y la chica se detenían a menudo.

Caminaron un rato por los congelados bancos de arena del poderoso río. Los juncos secos, fríos, susurraban ásperos. El sollozante viento del norte transportaba consigo nieve en polvo recia. El hombre se paró a escuchar el silencio.

—Si por allí, por algún lugar, aparecen inesperadamente lobos de ojos amarillentos, tenemos que escucharlos y decir: nos va bien, hermanos.

En el agua de la orilla había una pequeña zona deshelada, en su torbellino flotaban pedazos de hielo. A más distancia, dormían su profundo letargo invernal un bote cubierto por la nieve y una choza de corteza de abedul volcada en el seno de la tierra. Dos urogallos se acurrucaban uno junto a otro, al lado de una fila de serbales asesinados por el invierno, en el cielo revoloteaba alguna corneja anunciando nevisca. Al norte de las aves se abría una extraña llanura negra. El hombre quería dirigirse hacia allí, en medio de ondeantes campos nevados, devorados por las nieblas de la primavera temprana. El viento silbaba sobre aquellos prados blancos en los que en verano crecía jugosa hierba. El sol resplandecía naranja como un carbón encendido. La nieve deslumbraba y les picaba los ojos. Debajo de la capa superficial, helada, afilada como un cuchillo, la nieve era tan esponjosa, seca y suave que con cada paso el hombre y la chica se hundían más

profundamente. Primero hasta las rodillas, luego hasta los muslos, después hasta las ingles y finalmente hasta el ombligo. Conforme se acercaban al campo abierto, la nieve escaseaba cada vez más hasta convertirse en unas gachas de barro que se pegaban a las botas.

Llegaron pronto a su destino. Se trataba de una superficie asfaltada, cálida. La nafta del alquitranado olía igual que las bochornosas calles de Moscú. El hombre recorrió el claro con un aire de interés.

—Aquí ha aterrizado una nave espacial. La prueba es que tiene forma de cráter. Por toda Siberia, especialmente en Kolimá, hay muchas plataformas de aterrizaje de este tipo. En Kolimá hay una decena de estaciones donde los científicos estudian los platillos volantes y los sistemas del espacio exterior.

Cuando vadeaban sudorosos la profunda nieve de regreso a la carretera, silbaron sobre sus cabezas y retumbaron los motores de un

IL-14.

A lo lejos, una solitaria casucha gris de madera aguantaba al borde de una planicie nevada y uniforme. En su patio se había levantado una yurta de corteza de abedul al estilo ostiako. La chica quiso acercarse.

—Los ostiakos viven como animales salvajes, viven mal y todo son carencias —le advirtió el hombre—. Un pueblo miserable, mentirosos retorcidos. Todos se llaman Iván.

Caminaron por un pequeño sendero cubierto de nieve hasta un patio rodeado de dunas de nieve moldeadas por el viento. Los perros se acercaron a ellos corriendo, agitando el rabo. La nieve del porche había sido aplastada por las pisadas y allí era posible mantenerse de pie sin hundirse. El tejado de la casa estaba arqueado, la chimenea semiderruida. Ambos permanecieron de pie al fresco, aguardaban a que la gente de la casa saliese, hasta que la chica subió los carcomidos peldaños y llamó a la puerta. No ocurrió nada. Probó, estaba abierta. El hombre se disponía a regresar al coche cuando en la entrada apareció una impávida mujer ostiaka de hermosos rasgos, que comenzó a gesticular con las manos.

—Pero si está sorda —dijo el hombre con asco.

La chica señaló la yurta de abedul hábilmente construida y a continuación se señaló los ojos. La ostiaka rio sin emitir sonido y

asintió con la cabeza. Se calzó unas grandes botas de goma y salió al patio, guio a la invitada hasta la tienda sonriendo con timidez. El viento gélido barrió el escarchado suelo de tierra de la yurta y por la puerta abierta penetró la espesa luz de primavera. La yurta funcionaba como cobertizo de pesca: palos para señalar las redes podridos y empolvados, nasas trenzadas con líberes, un pequeño separador oxidado y un baúl sin tapas labrado en madera de abedul que contenía grano enmohecido.

Cuando la chica regresó al exterior, el hombre había aparcado el coche delante de la yurta.

—Gente mugrienta, unas zarpas de medio metro y un metro de cuerpo deforme —bufó con desprecio mientras maniobraba de regreso a la carretera—. Esa puta está en su elemento cuando le ladra a las liebres. Habría que aplastar todo esto sin escatimar en métodos de tortura y convertirlos en rusos normales. ¡Se necesita la mano de hierro de un padre!

Por un instante, el silencio comprimió el coche.

Por la tarde, cuando el disco solar pendía sobre los bloques más altos, arribaron a su destino, a Tomsk, ciudad abandonada por los dioses. El hombre conducía arriba y abajo por calles por las que no había pasado la quitanieves, fresadas por las ruedas de los camiones. El sol huía purpúreo, lejos, hacia el oeste, mientras en el norte se detuvo un pudoroso arrebol vespertino de color de rosa un instante antes de que comenzara a caer nieve amarilla, arenosa. El viento del norte vapuleaba los flancos del Pobeda. El hombre lo detuvo delante de una cervecería de los arrabales y lo dejó al ralentí.

La chica estiró las piernas en el asiento de atrás. El motor sonaba cansado, fuera de compás, a veces chirriaba y daba trompicones como si sufriera un ataque al corazón. La carrocería se sacudía, crujían los resortes. El gas de escape penetraba en el interior del coche y la chica tosió. Apagó el motor. Al poco hacía tanto frío que tuvo que apearse.

La puerta de la cervecería se abría a cada rato, por ella entraba y salía un continuo flujo de botas de fieltro con suelas firmes.

Cuando el hombre regresó al coche, ya de madrugada, hedía a levadura.

—Me lie charlando con un tipo. Un samoyedo del distrito de

Taimyr, una auténtica alma de taberna.

El viento había mudado de dirección y ahora soplaba del sur y su brisa era primaveral. Sobre la acera limpia caían sonoros terrones de nieve procedentes de los tejados de las casas. El hombre se quedó dormido por la borrachera en el asiento de delante, con la botella de vodka en el regazo. La chica giró la llave de encendido. El motor gruñó enfadado y se apagó. Lo arrancó de nuevo: ahora el coche bramó un instante. Ella imitó al hombre, rogó al motor dilatadamente con palabras dulces y a continuación giró la llave. El motor profirió un alarido lastimero, pero no se apagó. La chica lo mantuvo en marcha, lo halagó largo rato antes de apretar el acelerador y, de alguna manera, consiguió que el coche echase a andar.

Circuló a la manera soviética, solo con las luces de aparcamiento, por una ciudad de Tomsk lacerada por el amanecer. En las inmediaciones de un pequeño puente había tirado un Lada Combi rojo vacío. La puerta del conductor colgaba obscena y sus parpadeantes luces traseras titilaban al cielo. Las últimas estrellas de la noche merodeaban alrededor del sol saliente y las farolas se quejaban en el viento, se apagaban una tras otra. La chica observó los bloques de viviendas de color rosa, sus angostas ventanas de ventilación medio descolgadas, sacudidas por el viento sur.

El automóvil saltaba de un lado a otro por las estrechas vías de Tomsk. Se detuvo en un cruce y miró los espejos de las calles, que quebraban y distorsionaban el tranquilo paisaje urbano. El hombre dormitaba, daba cabezadas; se despertó sobresaltado, bebió más vodka y se repuso. La chica buscaba un hotel, pero no encontraba nada parecido. Detuvo el automóvil junto a una parada de autobús ante la cual hacían cola de pie, silenciosos, ariscos ciudadanos soviéticos. El hombre se apeó y, tambaleándose, se plantó en la fila.

—Mi querida señorita, primero ve a la izquierda, luego giras civilizadamente en la recta y al final tuerces después de un complejo industrial sin ventanas, sepultado bajo el polvo —indicó al regresar al coche.

Los edificios fabriles del complejo, los departamentos y naves de almacén, estaban semienterrados en la nieve, solo las vías de un ramificado ferrocarril centelleaban en la noche. Detrás del complejo asomaba una descolorida cabañita de troncos, engullida por la

tierra. La lámpara que iluminaba la entrada pendía de un cable y estaba hecha añicos.

—Es aquí, nuestro hotel. Frena. La vieja que vive en este tugurio aloja a vagabundos.

Subieron las escaleras con los brazos perezosamente entrelazados. Alrededor de la cabaña flotaba el relente de una madrugada glacial de invierno. Cinco pestillos rotos colgaban en la entrada, no había pomo. Sirviéndose de las uñas, la chica abrió la puerta. En el oscuro vestíbulo, los recibió un contador eléctrico que emitía un zumbido continuo y una balalaica del tamaño de un armario acurrucada en el rincón.

Aquel hotel tan peculiar lo regentaba una abuela más bien seca, ataviada con tres chaquetas de lana y dos gruesas y largas faldas de colores chillones. En la mejilla sobresalía una verruga en la que crecía una pequeña espiga. La abuela vivía en la cocina con sus tres hijos, adultos de clase obrera, las otras dos habitaciones, explicó, se las alquilaba a los viajeros.

—Tendría que ir a dormir, madrecita —dijo el hombre. Su voz había perdido el vigor.

—¡Qué dices! Para dormir ya habrá tiempo en la tumba. Primero un té y luego tal vez a descansar.

Sobre el pegajoso suelo de tablas de la cocina, un desgastado trozo de alfombra de plástico estaba tirado de cualquier manera. Las tablas gemían y crujían. Las paredes estaban torcidas y por ellas trepaban cables de electricidad negros como si fueran sanguijuelas. En el altar casero había una inclinada imagen en color de Stalin, debajo colgaba un antiguo icono de san Nicolás. Los anaqueles de una alacena sin puertas cedían por el peso de las provisiones y los botes de conserva. El alféizar entre la doble ventana estaba atestado de alimentos a conservar en frío. En la esquina más oscura de la cocina silbaba una gran tina esmaltada en la que se cocía lentamente una mezcla de chucrut aderezada con arándanos rojos. Al parecer, detrás de la ventana dormía un huerto, pues alguien había arrojado montoncitos de cenizas sobre la protectora capa de nieve.

La abuela les ofreció sopa de col, gachas de trigo sarraceno, té, mermelada y empanadas de pescado. Tenía un hermoso y agrietado juego de té. Sacó brillo a dos grandes cucharas escupiendo en cada

una de ellas y frotándolas con su delantal de flores. La chica se sumió en sus pensamientos. El hombre se quitó de la frente el sudor de la incipiente resaca, dio una cabezada contra la tabla de la mesa y comenzó a roncar. La abuela les ofreció empanada de col condimentada con comino fuerte y a la chica le sirvió otra taza de un té pálido que había perdido su esencia. La chica lo bebió con pequeños y cautelosos sorbos.

—Mi padre me vendió de niña a un arrugado viejo ruso por una botella de vodka. Él me trajo a rastras a esta casa, a su hogar, y mira que lloré. En cuanto pudo me dejó preñada, pero por suerte la palmó antes de que el bebé naciera, y la casa nos quedó para su hermana ciega, para mí y para el niño. Vivíamos muy bien los tres. Luego la ciega murió y me quedé sola con el crío, hasta que un día de verano rebosante de mosquitos entró por la puerta un samoyedo. Había pegado a su antigua parienta hasta volverla loca y ahora me tocaba a mí. Pronto parí otro chiquillo. Vivimos bien, pero solo durante un tiempo.

La anciana se levantó y se apresuró hasta el armario. Regresó con una botella de vodka a la mitad y vertió un chorrito en su taza de té.

—Era un cazador duro, pero se bebía todo el dinero. Los muchachos y yo a punto estuvimos de morir de hambre. Una Semana Santa se marchó a sus cosas y por el camino se quedó. Su hermano menor me trajo la noticia: lo habían matado estando borracho, una puñalada en el estómago. El hermano se quedó a vivir aquí. Era un buen hombre. Parí tres niñas y todas murieron. Un día se cayó en el pozo, en ese junto a la esquina de la casa, y allí se ahogó. Yo entré a limpiar en la fábrica y la vida empezó a marchar bien. Ya de vieja parí otro macho más. Allí está, en el río con su hermano.

Detrás de la alacena de la cocina se escuchaba el raspeo silencioso de los ratones.

—Aunque toda la vida he odiado este cuchitril ruso, estoy contenta de poder vivir en mi propia casa.

La abuela se incorporó, fue al armario a buscar pan seco y lo dispuso con gracia delante de la chica en un floreado platillo de porcelana.

—Aparte de la tundra, otra cosa no echo de menos.

Cuando el hombre se despertó, gruñó con aspereza:

—La vieja no dice más que tonterías, como Pushkin.

La habitación de la chica era pequeña, oscura y deprimente. Se había instalado el hedor de la ropa de cama vetusta. Sobre el empapelado con manchas de moho, un viejo gobelino hacía un ruido áspero. Una gran estufa irradiaba calor, abarrotaba el cuarto, pero, aun así, las esquinas que daban a la fachada exterior estaban empañadas y en la línea del suelo sobresalía hielo brillante.

La chica descansó sobre el colchón de paja, entre almidonadas sábanas limpias. Su frescura tersa la apaciguaba. El sol se fue elevando poco a poco y las estrellas desaparecieron del cielo azulado y sombrío. Un ratón roía y arañaba detrás del empapelado, la chica se quedó dormida.

El suspiro de un gato la despertó. El animal había aparecido junto a su almohada y la miraba con insistencia. Acarició a aquel animal viejo de pelaje brillante, escuchó la helada restallando en la esquina, el triquitraque del samovar y los pasos sordos de la anciana. Contempló un instante el polvo inmóvil suspendido a contraluz, luego se incorporó de un salto, apurada. Había dormido un día entero.

Tomó en brazos al gato, que abrió la boca desdentada para maullar sin conseguir emitir sonido alguno, y le invadió una enorme nostalgia.

En su tercer año de estudiante había conocido a Mitka en la tienda Melodiya. Era un gafotas desgarbado, de hombros caídos, en la mandíbula le crecía una pequeña barba de chivo. Tenía cabello grueso, corto, negro como el azabache, y unos ojos que parpadeaban como si la luz los molestara de alguna manera. Habían ido a un bar de zumos, charlado varias horas y quedado para otro encuentro. A Mitka le habían gustado los ojos azul helado de la chica y su risa irreflexiva. Algunas semanas después la había invitado a su casa. La ventana de su habitación tenía vistas al parque, desde allí la chica había admirado la neblina humeante, la ciudad envuelta en una bruma lechosa y su cielo rosa en el invierno glacial. Mitka le confesó que acababa de cumplir diecisiete años. Tenía una antigua cama de hierro ancha y con un duro jergón de cerdas, una sábana de lino a rayas y una funda blanca en la que tintineaban botones de hueso. Ella se había quedado a pasar la

noche. Luego vinieron otras noches, otros días, similares, poblados de las sombras y las luces del bullicio.

La abuela había servido en la mesa una fuente con gachas de trigo sarraceno, otra de borsch humeante, grasiento, y delante del hombre había colocado un vaso de *smetana* y una bonita botella de vodka. La chica bebió té, la abuela *cha*. El hombre se quitó el sudor de la frente, apuró de un trago la salsa y eructó satisfecho; se sirvió otro vaso de vodka.

—¡Bebamos por las mujeres de este mundo! ¡Un brindis por la vieja sabiduría, por la inteligencia del corazón y la belleza juvenil, por su amabilidad, madrecita, y por el pez gobio plateado!

Después del trago, le dio un bocado a un pedazo de pan negro sobre el que había untado mostaza, sal y pimienta. Se llenó el vaso de vodka y se puso un instante de pie.

—Muchos camaradas con prisas han tenido que esperar en un lugar terrible, así que no nos precipitemos nosotros, y disfrutemos del calor mutuo y de este preciso instante.

Cuando llegó el momento de partir, el hombre sacó del bolsillo una delicada linterna china y un billete de veinticinco rublos y se lo entregó a la abuela. La anciana asintió satisfecha y los acompañó hasta la puerta. El hombre y la chica salieron de la achicharrante cocina a la fresca helada de la mañana, que les laceró el rostro igual que el azote de una rama.

Con sus fuertes manos, el hombre giró el desganado volante del Pobeda. En una breve recta, cabeceó sobre él. La chica se ofreció a conducir.

Los campos tendidos boca abajo y cubiertos de nieve surco a surco se fueron transformando en una aldea machihembrada tronco a tronco; la aldea se transformó a su vez en periferia cenagosa con cabañas de madera y edificios prefabricados uno junto a otro. Por un extremo, los jardines y huertos de las cabañas se extendían hasta la ciudad; por el otro, hasta los campos y bosques circundantes. La periferia se tornó ciudad lodosa edificada calle a calle.

En el saliente de las ventanas de los bloques de pisos se secaban los rutilos, unas palomas grises caminaban con pasitos cortos sobre el alféizar, habían regresado a Novosibirsk después de las vacaciones invernales.

El hombre engullía su vieja resaca, los vasos de vodka no la habían convertido en una nueva borrachera. Le temblaba todo el cuerpo, incluso la nuez le temblaba.

—Si pudiera darle un trago al líquido de un tarro de pepinillos, todo volvería a estar bien. El corazón se me tranquilizaría.

Su rostro enrojeció y su mirada era tan penosa que la chica, incapaz de soportarlo, giró la cabeza.

El hombre le pidió que se detuviera en una esquina en la que había aparcado un coche cisterna azul.

—Me siento tan mal que no me queda otra que pararme un momento.

El hombre se apeó de un salto, sacó del maletero un bidón vacío de diez litros y se acercó a llenarlo al vehículo cisterna, en cuyo costado se leía la palabra «Kvas» pintada con bonitas letras negras. Cuando regresó al automóvil con el bidón bajo el brazo, canturreaba alegre.

—Me duelen las muelas.

Empinó el codo directamente del bidón con expresión esperanzada. El olor meloso del kvas se extendió por doquier.

—Ahora ya no.

En su rostro se desplegó una sonrisa gagariana.

—Cuando me enamoré de Katinka, no tenía ni un kopek. Llevaba meses con el culo al aire, pero la vida me gustaba y tenía suficiente comida, coños y vodka. Un día acabé a la puerta de la panadería de Katinka y, como estaba borracho, la invité a mi casa. Ahí empezaron los problemas. Un tipo va a recibir una visita femenina, o por lo menos a una especie de puta, y no tiene ni una moneda para bagel, té y champaña. Así que me remangué las mangas y me puse manos a la obra. Primero le pregunté a Kolia, el vecino de al lado, si me prestaba cinco rublos. «No tengo más que tres y los necesito», negó el tío con frialdad. Fui dando tumbos hasta la habitación de la esquina, la de Vovka, a ver si tenía uno o dos rublos, pero el muy borracho andaba tieso. Bajé al piso de abajo, donde Serguéi, y le pedí un billete de cinco. «Te doy un rublo», me dijo. Y así fui de puerta en puerta. Visité a todos los amigos y enemigos y a la siguiente semana había acumulado veintiséis rublos y tres kopeks. Ya lo estaba notando incluso en la polla. Por fin, Katinka entró en casa. Le ofrecí champaña y yo bebí

alguna que otra botella de vodka. Todo iba como la seda. Cuando llegó el momento de irse a dormir, me hice el bueno y el inocente. Saqué del armario una cama plegable, me preparé allí el catre y a Katinka le cedí mi cama. Pero mira por dónde. En cuanto me tumbé, solo podía pensar en un coño, Katinka me agarró la polla con tanta fuerza que la cama plegable se vino abajo. Pegó su coño sudoroso a mi manguera y yo me dejé llevar. Cuando la cosa estaba casi lista, Katinka graznó, casémonos. Y yo allí, en el éxtasis del coño, que bueno, que por qué no.

El hombre se recorrió con el dedo índice los labios hinchados.

—Las cosas no fueron exactamente así. Pero hubieran podido serlo.

Encontraron al dueño del Pobeda, un tipo de nariz aguileña, junto a una cabina de información telefónica que estaba aplastada entre dos kioscos de la cooperativa.

El tipo llevaba una deshilachada cazadora guateada, sus brazos eran tan largos que le llegaban hasta las rodillas. Después de que el hombre susurrara un rato con el de la nariz ganchuda, este les invitó a comer. Tiritaron hasta un comedor cercano. En la puerta colgaba flojo un letrero: «Esta institución está cerrada». Entraron.

De la cocina de estilo industrial emanaba un hedor grasiento. El comedor era amplio y de techos altos y sus muebles funcionales estaban dispuestos de un modo muy práctico. Delante de la ventana había mesas alargadas franqueadas por unos bancos estrechos. Se situaron en la cola que se había formado delante del mostrador de la comida. En la pared principal del comedor colgaba torcida una buena reproducción del cuadro de Repin *Cosacos zapórogos escribiendo una carta al sultán de Turquía*. Alguien había dibujado a lápiz una flecha que apuntaba a la carta y había escrito «Para Stalin». En la pared de atrás molestaba un ventilador, debajo estaba el cadáver de un sofá revestido con un hule floreado.

La chica eligió de la vitrina una espesa sopa de tomate y arenque encebollado y del mostrador, pan negro. Con un cacillo se sirvió un plato hondo de sopa campesina tibia de un gran puchero que contenía afiladas esquirlas de hueso, y llevó la escurridiza bandeja a la mesa, se sentó y probó el arenque, aunque estaba tan salado que lo apartó. El hombre sorbía la sopa con manifiesto ruido, el amigo de la nariz aguileña comía invisible sus gachas de trigo sarraceno y

la remolacha. Cuando terminaron de comer, el aguileño se rascó suspicaz la calva.

—En una situación como esta, el secretario del consejo del sindicato de distrito solía decir que cuando un gitano sueña con un kisel, le falta la cuchara, y si va a dormir cuchara en mano, el kisel no aparece.

El hombre suspiró aburrido.

—Con eso solo quería decir que, históricamente, la felicidad llega de todos modos.

El hombre escupió perezoso en el suelo.

—Las mujeres tienen miedo de las serpientes; los finlandeses de los rusos; los rusos de los judíos, y los judíos…

El hombre apretó los labios en señal de desprecio, se levantó de la mesa y salió relajado del comedor con pasos saltarines.

—Ahí va un criminal de criminales, un auténtico carnicero. —El aguileño se sobrecogió asustado, suspiró hondo y con resignación—. Si lo hubiera sabido, no le habría prestado el coche.

La chica le entregó un familiar billete de veinticinco rublos, este asintió agradecido y se lo metió rápidamente en el bolsillo de su chaqueta guateada. La chica se levantó y siguió al hombre apresurada.

El rótulo de neón CCCP colocado en la calle principal, en el tejado del edificio de la administración, abría una hendidura dolorosa en la oscura noche. Agotados y melancólicos, el hombre y la chica avanzaban con esfuerzo hacia la estación. Solo al escuchar los silbidos de la locomotora y divisar las vías del ferrocarril, donde las viejas locomotoras yacían muertas por siempre jamás, se sintió ella más aliviada. Ver el familiar tren, los familiares hocicos de los perros callejeros de pelo enmarañado y del tamaño de un potro recién nacido, también hizo sonreír al hombre con sorna. Al entrar en el compartimento, él canturreaba y silbaba: «¡Oh, Rusia! Olvida tu gloria pasada, los jirones de tu bandera… Ah, cómo era. ¡Da igual!».

Siguió a la chica con la mirada. Su rostro era ancho, exhibía una mueca maliciosa.

—¿Todavía estás pensando en lo de antes? Era un charlatán judío, de pulmones putrefactos, sin escrúpulos. No me siento a la mesa con judíos porque mataron a la Virgen María.

Esas palabras hicieron que el corazón de la chica latiera fuerte. Contó mentalmente uno, tres, nueve, doce… Contó hasta calmarse… La locomotora aulló dos veces y el tren se sacudió hacia delante. En los altavoces de plástico rompió a sonar la Séptima Sinfonía de Shostakóvich, y atrás queda Novosibirsk, el ruido de los barrios en construcción, el cielo soleado y liso. Atrás queda Novosibirsk, el hedor del acero en descomposición que penetra por la ventana abierta. Atrás queda el pálido perfume de los claveles blancos, el robusto aroma del ajo y la pestilencia amarga de un sudor conseguido a base de trabajos forzados. Atrás queda Novosibirsk, instaladores, mineros, ciudad de sueños pasados que custodian arrabales manchados de hollín, modernos, tullidos por el tiempo, los cadáveres de miles de miserables casas prefabricadas. Atrás quedan las luces de las fábricas ciegas, sudorosas a cuarenta grados bajo cero, sus verjas maullando con insistencia, los almacenes centrales, los cadáveres de gatos torturados en las inmediaciones de hoteles, las zapatillas de fieltro y los pantalones de lana marrones, las tiendecitas de las sociedades cooperativas de consumidores, la tierra cansada, Novosibirsk. La zona industrial se transforma en barrio corroído por la contaminación atmosférica. Luz, luz brillante, y el barrio muda, luz y penumbra, y en dirección contraria pasa un mercancías a gran velocidad, largo como una noche en vela, y luz, la luz brillante del cielo de Siberia, y barrios, arrabales, barrios, no terminan. Esto aún es Novosibirsk: camiones por caminos intransitables, un caballo y una jaula de heno, taiga siberiana sobre la que flota una bruma roja. El bosque se desliza desenfrenado, un solitario edificio de diecinueve plantas en medio de los campos desgarrados bajo la capa de nieve. Bosque que mana a borbotones, eso ya no es Novosibirsk: colina, valle, matorral. El tren se precipita hacia la tundra desconocida, y en la lejanía, Novosibirsk se desploma convirtiéndose en un cúmulo de piedras. El tren se sumerge en la naturaleza, late pesadamente a través de una tierra nevada, deshabitada.

LA LUZ DE LA MAÑANA despertó a la chica. El hombre le sirvió un vaso de té y él mismo se metió un gran trozo de azúcar en la boca, removió la infusión con una cuchara ligera como el papel y sopló largo rato antes de dar un sorbo. La chica contempló un instante el paisaje al otro lado de la ventanilla. El cielo era demasiado azul, la nieve demasiado brillante. Al abrigo de un solitario serbal se erigía una pequeña cabaña de troncos azul. Delante, un anciano de pie blandía una barra de hierro.

—Pertenezco al campo socialista del mundo, vosotros no. Uno como yo ha pasado por todos los campamentos: el campamento de pioneros, el campamento de soldados, el campamento de vacaciones y el campamento de trabajos forzados. Ya siendo un chaval me enviaron a trabajos forzosos por apropiarme de alguna que otra hormigonera y sacarla de la fábrica. Claro que sabía que me pondrían unos grilletes al cuello, pero aun así… Lo peor fue antes de que me pillaran, el esperar la desgracia. Es como dar vueltas en la rueda dentada de Satán. Entonces, cuando ha pasado lo peor, uno solo piensa que aquello son cosas de la vida. Para no morirse de hambre o de un edema. En mis recuerdos, lo más intenso de todo es el repugnante olor del pescado podrido.

El fulgor de la mañana enturbiado por el frío teñía de color dorado la superficie helada de un pequeño arroyo que se deslizaba cual serpiente. Una espesa niebla rodeaba los matorrales de la ribera. Ramas escarchadas de salcedas se extendían frágiles hacia un reluciente cielo tremolante de color violeta. De entre la niebla surgió veloz un reno de costado blanco. Oscilaba su pequeña cola.

—Mi hijo es un auténtico renegado de espíritu. Sus ídolos deberían ser el cosmonauta Alexéi Leónov y el general Kárbishev, al que congelaron los nazis. Pero no. Sueña con los yasovianos y planea mudarse a Berlín Oriental en cuanto consiga reunir suficientes dólares con su trabajillo de recadero para hacerse un pasaporte para el extranjero.

El hombre pareció desplomarse. Una profunda tenebrosidad envolvió el vagón.

—No me mudaría a otro lugar, aunque me pagaran mil dólares. Eso sería como si un pájaro enjaulado se trasladara voluntariamente de una jaula a otra. Amo este país. Estados Unidos es un estercolero dejado de la mano de Dios.

El sol se columpiaba a la altura de un paisaje ligeramente boscoso. La melancolía se disipó.

—En casa, en Moscú, le leo a Katinka el periódico en alto, y en Ulán Bator se lo leo a los compañeros de trabajo. ¿Te parece si te leo a ti? Sería un consuelo. Un poco, al menos.

La chica asintió.

—Accidente en cadena en la carretera de circunvalación de Moscú —cinco muertos y veinte lisiados. Una mina explota en Ucrania— trescientos muertos. Un oleoducto falla en Cheliábinsk —mil quinientos renos ahogados en el crudo. Un teleférico se viene abajo en Georgia— treinta y cuatro personas muertas. Otro submarino hundido en el océano Glacial Ártico —setenta y un soldados muertos. Una caldera explota en un asilo— ciento veintisiete muertos. Un radiador revienta en una guardería —cuarenta y cuatro niños perecen en agua hirviendo. Un barco de pasajeros se hunde en el mar Negro— doscientos seis pasajeros ahogados. Una fábrica química cesa la actividad —toda la ciudad desaparece del mapa. Una central energética se desploma en Carelia — trece pueblos sumergidos bajo el agua y setecientas personas ahogadas. Si una central nuclear se desmorona, un millón de personas fallece de enfermedades causadas por la radiación.

El hombre interrumpió la lectura y esperó.

Enderezó la espalda, pasó la página y tomó aliento.

—Pilotos soviéticos pierden cinco misiles de crucero en un vuelo de pruebas en Sajalín. Eso es lo que pone, de verdad.

Arrojó el periódico bajo la cama y recorrió con la mirada el marco de la ventanilla durante largo rato.

—Iba a la escuela, tal vez a sexto. En clase había un chaval llamado Grigori Mityakovich Kozinchev. Y luego un profesor poco dotado, Jarek Koncharov

Ust-Kut.

El camarada

Ust-Kut.

El hombre temblaba de la risa.

—¡Cómo puede alguien tener semejante nombre! ¡Ya entonces nos reíamos! Por algún motivo, el camarada
Ust-Kut
odiaba a Grigori. Le fastidiaba un día sí y otro también. Le obligaba a ponerse delante de la clase, le daba una bofetada en toda la jeta y le llamaba estúpido. Y nosotros pensábamos ¡ah, otra vez no! Y otra vez pasaba. Un día, Grigori agarró el puntero del mapa y golpeó al camarada
Ust-Kut
en el careto, luego tiró el palo al suelo y salió huyendo. Se armó una buena. Vino el conserje, el rector y otros profesores a mirar boquiabiertos. Finalmente, aquel trozo de polla solo tenía un pequeño arañazo en el puente de la nariz y la clase continuó. Justo antes de que sonara el timbre del recreo, se abrió la puerta de clase y allí estaba Grigori Mityakovich Kozinchev con una escopeta de las de verdad en la mano. Se acercó al camarada
Ust-Kut,
que, cuando comprendió lo que estaba ocurriendo, se puso a chillar como un gorrino, el muy tonto. Entonces Grigori le pegó un tiro. La sangre salió disparada y el gilipollas murió. Grigori hubiese podido dispararme a mí o a cualquier otro cabrón de los que le habían hecho la vida imposible en sus años de escuela. Pero no. Nos perdonó la vida. Entonces yo aún no comprendía que solo merece la pena matar a quien teme la muerte. Si no, matar es un favor de amigo.

El tren avanzaba a rastras, como pidiendo disculpas. Un sol redondo, resplandeciente, iluminaba desde el cielo blanco como la leche la nieve prístina. Así se prolongó durante varias horas, hasta que unas tinieblas negras ocultaron un segundo el arrogante astro. Siberia desapareció al otro lado de la ventana, pero volvió a reaparecer antes de que nadie se percatara. El bosque, muro arbolado, crecía oscuro y atemorizante al borde de las vías. Cuando terminó, se abrió una amplia panorámica que alcanzaba hasta un río lejano. En el extenso mar de nieve había tres casas, frente a ellas una sauna de la que brotaba humo negro, y, delante de la sauna, una mujer rubicunda, desnuda y gorda, con los pies descalzos,

rodeada por nubes de vapor. El hombre le ofreció a la chica chocolate Pushkin. Era oscuro y picante.

El hombre se asomó por la ventana y pudo vislumbrar un instante a la mujer de la sauna.

—Un mal patrón de costura, pero firmemente cosido.

La chica garabateó un buen rato antes de ponerse a dibujar en su cuaderno un pueblo siberiano en medio de un paisaje infinito. El hombre la observaba con la boca ligeramente entreabierta.

—Uno llamado Kolia tenía una gracia y siempre la contaba: en el ejército te crecían mandíbulas de hierro, mejillas de hierro y voluntad de hierro. Sin embargo, las juntas de soldadura eran tan chapuceras que, cuando te licenciaban, el armazón se quebraba tanto que ya solo ayudaba una capa de tierra de metro y medio.

El hombre rompió a reír, reía tanto que tuvo que secarse los ojos húmedos con la manga de la camisa. Se arrodilló en el suelo, sacó el arrugado periódico de debajo de la cama, lo atusó y lo metió debajo del colchón.

—Otro Kolia tenía deseos que no se habían cumplido, pintó con letras blancas sobre un letrero rojo la pregunta «¿Por qué se demora ese futuro feliz?», y con el cartel se plantó en la Plaza Roja. Tres minutos alcanzó a estar allí antes de que se presentara un automóvil de la milicia y se lo llevara. Le cayeron veinticinco años, lo mismo que les duraba el servicio militar a nuestros antepasados. Y perdió durante cinco años los derechos civiles. ¡Por qué tarda ese futuro feliz! Hasta las palomas de la Plaza Roja se reían de él.

El sol rojo ardiente de la tarde se derramaba por el cielo azotado por el viento. Detrás caían enormes copos de aguanieve. La chica hurgó en su mochila, el hombre puso la mesa para la cena. Comieron despacio y en silencio, bebieron un té condensado: té negro indio El Elefante, que ella había comprado en la tienda de divisas. Después de cenar, el hombre hubiese deseado charlar un rato, pero su compañera estaba en silencio. El hombre sacó la navaja de debajo de la almohada y comenzó a rascarse con ella detrás de las orejas. La chica descansaba mientras, con los ojos cerrados. Así viajaron toda la larga, tenebrosa noche, se quedaron dormidos y se despertaron cada uno a su tiempo. La chica estaba en la habitación de Mitka. En el pequeño tocadiscos azul se balanceaba un vinilo de Jefferson Airplane, entretanto Mitka hojeaba una

enciclopedia impresa a principios de siglo, la chica estaba tendida en la cama, dibujaba antiguos signos caligráficos egipcios basándose en un modelo, Zajar tarareaba en la cocina un antiguo romance ruso al tiempo que pelaba patatas, Irina hablaba en voz muy baja con Julia en el salón.

Gradualmente, el paisaje pantanoso se iba convirtiendo en un terreno llano y uniforme: desvencijados, ruinosos zócalos enterrados bajo la nieve de Siberia, minas derrumbadas, nidales colgando de ramas de abedules, pueblos de casas abandonadas cuyas ventanas muertas escrutaban al tren. Un camión oruga de la central lechera estaba atascado en la capa de nieve, por el campo un caballo avanzaba con dificultad, con el lomo tan hundido como un sofá viejo. Arrastraba una jaula para hierba en la que, en lugar de heno, hacían equilibrios dos águilas ratoneras, agarrotadas por el frío, atadas juntas por los pies.

—Amiga mía, ¿sabes qué día es hoy? Hoy es el Día de la Cosmonáutica, es decir, el Día de los Cosmonautas. Pero eso no es todo. Además es el día que subió al cielo nuestro fallecido gran líder, hoy es 5 de abril. Todos recordamos que el 5 de abril del año 53, no, fue el 5 de marzo, el fuerte corazón del conductor de la gran locomotora del tren de la historia, el generalísimo Iósif Vissariónovich Stalin, anunció una protesta tan grave que unas horas después la maquinaria funeraria echó a rodar a toda potencia. Iósif Vissariónovich fue un hombre tan terrible, inteligente como el acero, que aún aterra. Ahora, mi niña, la muerte de Stalin se festeja, aunque con un mes de retraso.

El hombre comenzó a hurgar en su bolsa de un modo frenético; rebuscaba y se tranquilizaba a sí mismo.

—Claro que está, claro que está. Una botella de vodka no es una aguja, ni el compartimento un pajar.

La botella no estaba dentro de la bolsa sino debajo del colchón.

Con brusquedad sirvió abundante alcohol en ambos vasos de té, empujó uno de los recipientes delante de la chica y levantó el suyo.

—Bebamos en honor de la cosmonáutica.

Rellenó su vaso.

—Ahora alcemos nuestras copas por la estupenda joven de nuestro compartimento y en honor al resto de las momificadas figuras femeninas finlandesas. Un brindis por la belleza.

Volvió a llenarse el vaso y en su rostro simuló una expresión soviética oficial.

—A continuación, levantemos la copa por las controvertidas personalidades de la historia mundial, por el fallecido gran líder del Estado soviético, por el padre de hierro, por el ladrón de correos de Tiflis, por el judío georgiano y rey de los rebanacuellos: Iósif Vissariónovich.

Vació el vaso, dio un bocado a un trozo de pan negro y volvió a colmarlo.

—Ahora levantemos una vez más la copa, esta vez en honor al hombre de acero. Gracias, Iósif Vissariónovich, por convertir la Unión Soviética en una fuerte potencia industrial, mantuviste alta la esperanza en un mejor mañana y en el alivio gradual del sufrimiento humano. A quien recuerda el pasado, se le clava una astilla en un ojo, y en ambos si lo olvida… Un brindis también por el general Zhúkov, el rey de Berlín. Sin él, los nazis hubieran convertido Moscú en un iluminado lago artificial y exterminado del planeta a eslavos y a otros pueblos antihigiénicos, incluidos los finlandeses.

Apuró el vaso y aún se sirvió un poco más de vodka, salpicando a su alrededor.

—Los judíos echaron veneno en la boca del Gran Líder y, aunque odio a los judíos, sean honrados por ese hermoso gesto.

Descargó el vaso y dirigió al cristal de la ventana una ligera mueca sonriente.

—Recuerdo muy bien el día de la muerte de ese asesino y azote de los mujiks. Petia y yo íbamos a tercero. En la escuela elemental Número Cinco no había primero ni cuarto. Primero se había desplomado en mitad de una jornada de clase y la construcción de cuarto había quedado a medias. Una mañana, cuando caminábamos al colegio, Valentina Zariseva contó que el padre de todos los pueblos se había puesto enfermo, pero esa noticia no conmovió nuestro espíritu infantil. Al día siguiente la profesora nos dijo que el generalísimo estaba inconsciente y que los médicos pensaban que había escasas esperanzas. Qué más da, nosotros seguimos jugando. A la tercera mañana la profesora anunció entre sollozos que el padre había muerto. Un lumbreras preguntó de qué había muerto. La profesora respondió que cuando una persona se aferraba tan

firmemente a la vida, su espíritu dejaba de caminar y esta moría asfixiada… Después de clase, Petia y yo caminamos a casa abrazados por los hombros, las sirenas de las fábricas chillaban como en un naufragio, algunos hombres lloraban por la calle y otros sonreían. En casa, por algún motivo, el abuelo parecía raro, desnudo y extraño. Lo miré largo rato hasta que me percaté de que en el labio superior había desaparecido su poblado bigote sureño. «Ahora comienza una nueva vida», dijo, y nos dio unos bagels. El abuelo era miembro del partido y una de sus frases favoritas era que, en tiempos de Stalin, para los comunistas aquel era el país más peligroso del mundo y el lugar más insano para vivir.

El hombre se masajeó un rato la barbilla.

—Verdades hay miles y miles. Cada tipo tiene la suya. Cuántas veces he maldecido este país, pero qué sería sin él. Lo amo.

En el compartimento flotaba un penetrante olor a queroseno. Emanaba del vaso de vodka a rebosar que vibraba sobre la mesa al ritmo del traqueteo del tren. La chica lo desplazó alejándolo de sí. El hombre siguió con la mirada el vibrante vaso de vodka.

—Extranjera, al no beber conmigo me está insultando profundamente.

El hombre le dio un mordisco a un pepinillo y, sin dejar de mascar, clavó los ojos en su compañera. Ella le devolvió la mirada airada y dirigió luego los ojos al suelo.

—Mi madre siempre me daba de beber vodka cuando me ponía enfermo. Me acostumbré a su sabor ya de bebé. No bebo porque sea infeliz o porque quiera ser aún más infeliz o porque una víbora en mi interior me pida a gritos más vodka.

Se sentaron meditabundos sin mirarse el uno al otro. La chica pensó en su padre y en el día en que ella le dijo que se mudaba a Moscú a estudiar. Él la había observado largo rato con expresión asustada, por la mejilla le había resbalado una lágrima. Se emborrachó hasta las trancas, se encerró en su Lada y exigió llevarla a la estación.

—He estado pensado si Dios no será en realidad ruso. Si lo es, entonces también Jesús, porque es el hijo de Dios. ¿Y María? ¿Cómo se calcula eso? Antes de Iván el Terrible no debe de haber existido nadie, pero cuando él agarraba el sable entre las manos, empezaban a rodar cabezas. El pueblo fue trasladado a la fuerza, deportado y

aniquilado. «Es una orden de Dios», rugía el tío Iván. Todo lo justificaba con Dios. Menudo zorro. Incluso fundó la antigua KGB para que se ocupara de las purgas. Luego vino el zar Pedro el Grande, que quiso convertirnos en europeos y con la mano de obra de los siervos construyó San Petersburgo. ¡Para gusto de vosotros los finlandeses! Os lamía el culo, el muy débil. Después llegó la princesa esa alemana, Catalina la Grande. La tipa, con un coño tan grande como una palangana, dejaba que se la follara Potemkin, que tenía una polla como una berenjena. La historia de Rusia no es un ejemplo del triunfo de la razón. ¿Y Nicolás I? Por si acaso, todos recibían doscientos latigazos y tenían que pasar mil veces entre soldados armados con palos. Muchos no sobrevivían a ese infierno. Los nuestros siempre han dominado el noble arte de la tortura.

El hombre apoyó la cabeza contra el frío cristal de la ventanilla y cerró los ojos. Durante un instante, la chica creyó que se había quedado dormido en esa postura, pero al poco, él abrió los ojos. En la ventana destellaba una hendidura de cielo naranja. El hombre miró a la chica con ligera ternura.

—Ya es hora, ya es hora, decía Iván el Terrible, y dio la orden de construir el Transiberiano. ¿O fue Alejandro II? Sin este maldito ferrocarril, yo podría estar descansando en Moscú, abrazando a mi cariñito. Este tren lo pensaron para torturar a los pobres. Si por lo menos llegara en lo que canta un gallo, pero no, se para a mear en cada estación y en cada apeadero desierto de cada pueblucho de mala muerte, y pueblluchos, en la extensa tierra soviética, hay de sobra. Pero, por otro lado. Qué pasa. Podría ser peor. Lo que se dice tiempo sí que tenemos.

Se incorporó apático de la cama. Respiró laboriosamente, se vistió pudoroso con ropa más ligera, hizo algunos movimientos borrachos de gimnasia, se acomodó al borde de la cama y bajó la mirada al suelo.

—Trabajo para los mongoles y así creo prosperidad en un país donde no vive ninguno de los nuestros. En Mongolia no cae nieve sino gravilla. Allí no crecen fértiles bosques como aquí, no hay ni una seta ni una baya. El año pasado en la obra ocurrió un accidente y todos se cagaron en los pantalones. Teníamos un camarada, llamémosle Kolia. Era un hijo de puta, pero aun así, uno de los nuestros. Un día una manada de mongoloides se presentaron en la

obra y empezaron a proclamar que Kolia había apuñalado a uno de los suyos. Y nosotros, «venga, largaos, los rusos no apuñalan». A la mañana siguiente, cuando llegamos a la obra, delante de la verja habían clavado en el suelo una cruz de madera al revés. Eso en sí no es nada, pero es que en la cruz colgaba Kolia boca abajo. Lo habían crucificado, y en la garganta le habían echado estaño líquido. Así se las gastan nuestros mongoles. Tienen un alma tan sucia como nosotros, aunque no tan triste.

El tren dio un violento brinco al pasar por encima de varios cambios de vía y se detuvo abruptamente. Estaban en Áchinsk. Arisa anunció a gritos que el tren se demoraría un par de horas. El hombre no deseaba salir; con el aire fresco, su agradable borrachera no haría más que desvanecerse.

La chica saltó al andén y se dirigió al centro, que parecía dormitar en los quehaceres vespertinos. Caminó por un inanimado bulevar. Caía aguanieve pesada. La ciudad era impersonal y en la penumbra, húmeda y gris plata, unas nubes desgreñadas colgaban encima de las casas multicolores, la luna blanca se vislumbraba entre la rizada alfombra de nubes. La chica se detuvo a contemplar el escaparate de una tienda Gastronom. Parecía construido por Ródchenko, los paquetes de *vermicelli* se precipitaban hacia el cielo cual rayos. Sintió algo caliente en el pie. Un pequeño chucho callejero le había meado el zapato.

El animal la miraba bondadoso con ojos abotonados, ladró brevemente y exhibió su dorado colmillo. Anduvo unos pasos, se detuvo y clavó la vista en la chica, quien comprendió que el perro deseaba que lo acompañara.

Caminaron por una calle desértica. La chica no escuchaba el sonido de sus propios pasos, aunque el aguanieve se transformó rápidamente en una nevasca que vagó con desgana por el bulevar Petrovskiye, giró en una calle estrecha y, al pasar junto a una panadería, perdió su fuerza y se agotó. El frío intenso arreciaba. El chucho se detuvo junto a la ventana de un sótano. La ventana se abrió y de allí surgió una voz áspera.

—¿Cuántos?

La chica reflexionó un instante.

—¿Quieres dos? Dale un billete de tres rublos a Sharik.

La chica sacó del bolsillo un billete y, tras meditarlo brevemente, se lo entregó al perro, que lo atrapó con el hocico y se coló raudo por la ventana. Al poco, en el alféizar aparecieron dos botellas de aguardiente casero sin etiqueta y una moneda de un cuarto de rublo. La chica cogió las botellas, agradeció al vacío y caminó de regreso al tren por un tintineante asfalto nevado. Una vez en el compartimento, le entregó las botellas al hombre, quien, boquiabierto y canturreando, las guardó en la bolsa, en un espacio separado para el vodka, y se quedó dormido. Dormir le despejó la borrachera, y después comenzó a preparar en la mesita un tentempié nocturno.

Tras disfrutar de un largo y ocioso refrigerio, el hombre abrió la puerta del compartimento.

—Dejemos que entre el mundo.

Se masajeó las sienes y se pellizcó el lóbulo de la oreja. La chica se sentía cansada, pero dibujó otra ciudad siberiana.

El hombre quería ver el boceto. Lo contempló largo rato.

—Esto no es nada —dijo devolviéndole el retrato de mala gana —. No tienes imaginación, mi niña. Podías dibujar, por ejemplo, un pequeño río y un lindo puente que lo cruza. Detrás del puente, en la otra orilla, podías trazar un camino que se funde con una extensa pradera, la hierba que crece en el prado y detrás, el bosque. En la linde del bosque pintas los rescoldos de una hoguera apagada. Y al final, los últimos rayos de la puesta de sol en el horizonte. Una imagen como esa yo mismo podría colgarla en la pared del barracón.

APROXIMÁNDOSE POR EL OESTE, Krasnoyarsk parecía enorme. Abarcaba campos, bosques, más allá de las quebradas. Pulía a mordiscos los grandes bloques de piedra allí arrojados en la época glacial y secaba los lagos en su viaje al este. Arrasaba pueblos y paría rascacielos de hormigón. El grueso bosque se convertía en espacio de tala, el espacio de tala en obra, la obra en arrabal, el arrabal se soldaba al centro.

Un viento glacial soplaba veloz en las tierras bajas, empezó a arremolinarse y a agitar sobre la ciudad el humo negro que brotaba de las chimeneas de las fábricas. Las vías se ramificaban cada vez con mayor densidad. El tren brincaba suavemente sobre los cambios de agujas, los puntos de unión crujían, todo chirriaba. Al final se sucedió un frenazo largo y pausado. El tren estaba en Krasnoyarsk, en la ciudad cerrada, el centro de la industria armamentística de la Unión Soviética. Empezó a formarse una ventisca. Unas mujeres calzadas con botas de fieltro interrumpieron los trabajos de limpieza de los raíles y observaron fijamente ese tren que llegaba desde la lejana Moscú. Se oyó la voz de Arisa en el pasillo:

—¡En esta estación no se me baja nadie!

—Una ciudad peculiar —afirmó el hombre—. Prisión de especialistas, donde, sin embargo, hay vacaciones.

Se abrió la puerta. Una mujer del tamaño de un kiosco de prensa a la que la chica no había visto con anterioridad le dirigió una mirada airada y luego resolló al hombre.

—Vengo escuchando día tras día sus desagradables historias. ¡Tendría usted que estar en un psiquiátrico!

El hombre entornó la vista hacia la ventanilla y frunció el mentón.

La mujer rio con desprecio.

—Yo…

—¡Cierra el hocico, fábrica de grasa!

La viajera se sobresaltó, dio un paso atrás.

—¡Debería darle vergüenza!

La chica huyó al pasillo haciendo a un lado a la recién llegada. Los visillos blancos de las ventanillas del corredor oscilaron. El hombre empujó a la mujer como si fuera una vaca, expulsándola del camarote. Arisa vigilaba atenta la situación desde lejos antes de chillarle al hombre: «¡Me entran tantas ganas de ponerte las dos piernas por bufanda!».

Cuando el tren se puso penosamente en marcha, desde el techo de una locomotora agotada en la vía adyacente emprendió el vuelo un halcón busardo. Se elevó en las alturas hacia la brillante luz de la luna, planeaba debajo de una nube verde. En el azul del horizonte, sobre las fábricas de armamento en forma cilíndrica, un escuadrón cambió de dirección. Retumbó rumbo al centro de la ciudad, rompió la frontera del sonido y se perdió más allá del bosque formado por bloques de pisos. En el tren flotaba un pesado olor a hierro candente.

El hombre anunció que salía a investigar si el vagón restaurante estaba abierto y regresó rápidamente.

—Allí no había nada. Ni un coño. Excepto una hembra obscena con el culo como una hormigonera.

Las mejillas le temblaban de rabia. Su expresión era de decepción y tras ella se entreveía el desánimo. Pasaron todo el día sentados, callados, hasta la llegada de la luz violeta nocturna. Solo entonces el hombre abrió una botella de alcohol, se echó un vaso en el gaznate y con voz ronca dijo:

—Me encanta el vodka, como a todos nosotros. Una vez que me pongo, puedo beberme siete botellas en un día. Hasta el fondo. Entonces Katinka me viene a buscar escoba en mano y me lleva a casa. Una semana después vuelvo a ser un hombre decente y para empinar el codo voy a la obra. Bebiendo, allí nacen resultados mínimos en el máximo de tiempo. Cuando no consigo vodka, me echo a perder.

La chica se sentía fatigada, habría deseado dormir.

—¿Cómo se bebe en tu país? Seguramente se vivirá a la manera báltica. Los hombres giran alrededor de la botella, las mujeres alrededor de los hombres y, alrededor de ellas, los niños. La botella hace girar a todo el grupo. Aquí funciona al revés. Nosotros hacemos girar la botella, no es la botella la que nos hace girar.

La chica miró al hombre, no parecía convencida. El rostro de él se petrificó y la observó con aspereza.

—No me importa tu opinión. Para mí solo eres mierda.

Permanecieron sentados en silencio. La chica tragó saliva.

—Perdona a este tonto, mi niña —dijo con arrepentimiento auténtico en su voz.

La chica apartó la vista hacia la ventana. El Yeniséi fluía al otro lado, silencioso, iluminado por la luna. Dividía Krasnoyarsk en dos. En su superficie congelada, había pescadores, gaviotas y cuervos; en la orilla, barcazas y remolcadores circundados por el hielo. En la lejanía, las pálidas estrellas aparentaban dormir sobre la capa glacial.

Cuando el Yeniséi quedó atrás, la chica salió al pasillo. Se presentía el viento de primavera, incluso podía olerse a través de la ventana. Fuera caía con parsimonia nieve liviana, caía en grandes copos sobre la tierra congelada. Sin previo aviso, el tren frenó bruscamente, las ruedas rugieron, los vagones se sacudieron, entre los raíles salió volando el blando polvo de nieve y en algún lugar gritó una mujer. La chica se golpeó la cabeza con el marco de la ventanilla y empezó a sangrar. Al final del pasillo, Arisa gritó con voz ronca:

—Camaradas, estamos en Taishet. De aquí a Moscú hay 4515 kilómetros y el reloj va cinco horas por delante del horario oficial de Moscú.

Sosteniéndose la frente, la chica regresó al compartimento, donde el hombre estaba recogiendo las esquirlas de un vaso de té.

El hombre le lavó la herida en la frente con vodka, la cubrió con un emplasto que ella misma le había entregado y finalmente le sopló el pelo. El aire viciado del compartimento le provocaba malestar. Agarró el bidón de agua vacío del hombre y se apeó. El aire exterior era recio y olía a keroseno. La luna se vislumbraba detrás de una nube rojiza. La chica rodeó la locomotora, se dirigía al otro lado del tren. En el andén vecino había volcado una decrépita locomotora, ella pasó apurada a su lado, encontró la ventanilla de su compartimento. Colocó el bidón en una pila de traviesas, se subió encima suspendiendo una pierna en el aire y frotó el cristal con un calcetín. Cuando la ventana quedó brillante, regresó al andén y subió al tren.

El hombre resollaba profundamente en sueños, parecía un tonel de cerveza casera. La chica también se quedó dormida, y al despertar por la mañana desayunó rápido. El hombre se despabiló unas horas más tarde. Primero movió ligeramente la mano, luego un dedo, después un ojo, luego la lengua, un lametazo a los labios, un espasmo, un estiramiento. Se incorporó con desgana, se puso el chándal, hizo un poco de gimnasia y se preparó para una pesada comida.

Estuvieron sentados en el compartimento hasta la tarde. Ella dibujaba, escuchaba música, comía y dibujaba. Él dormitaba, hacía un solitario interminable y dormitaba.

Después de un largo pero relajado silencio que se prolongó hasta el mediodía siguiente, el hombre propuso almorzar en el vagón restaurante.

—En el Transiberiano, hay que ir a comer al vagón restaurante por lo menos una vez. Para eso existe y ahora incluso está abierto.

La chica se puso un vestido marrón de tejido de lana que ni siquiera había estrenado. El hombre cambió el chándal por unos pantalones de tergal y una camisa blanca de manga corta, sacó de la bolsa un espejo redondo, lo colocó en la mesa, se peinó largo rato con esmero el cabello duro y áspero.

El vagón restaurante estaba lleno. Los viajeros trataban de encontrar un lugar empleando la técnica del codazo. El hombre se abrió camino con descaro hasta una mesa cubierta con un mantel blanco a la que estaba sentada una arisca pareja que en ese momento terminaba de comer. El marido lucía un esmerado bigote cuadrado, el de la mujer crecía exuberante y libre. En cada mesa había un jarrón de cristal con claveles de plástico color rosa y tallo corto. El hombre y la pareja entablaron una extraña conversación errática en la que se entremezclaban Petrovka,… Chipok… Zamoskvorechie… Varvarka… Solianoi Dvor… Trubnaya… Kuznetski Most.

La chica cerró los oídos al ruido, recorrió con la mirada los amplios ventanales del vagón y pensó en un paisaje lacustre de una mañana de verano. Apareció un camarero cansado.

—¿Sería tan amable de traerle a la señorita una cerveza Senator y a mí una botella de vodka y un platito de vobla?

—No tenemos vodka —respondió el camarero con acritud.

—¿Y por qué no?

—Es la ley.

—No hay ley sin excepción —añadió el hombre esperanzado.

—No hay vodka. ¿Acaso es tan difícil de entender, querido camarada?, —replicó el camarero, poco servicial.

—Entonces trae una botella de coñac. El coñac también vale.

Después de recibir su plato de pescado y el coñac, el hombre tomó un buen sorbo, esbozó una mueca, y luego propinó un bocado al pescado seco.

—Ahora estoy preparado para pedir la comida.

El camarero lo volvió a mirar con hartazgo.

—De primero, sopa solianka. De segundo, quince blinis, brochetas shashlik, salchichas teewurst cocidas, ensalada y una botella de coñac.

En lugar de los shashlik, les trajeron un muslo de pollo seco; en lugar de la ensalada, patatas fritas en margarina. El hombre se sirvió coñac en el vaso, sopló, como quitándole la espuma, y explicó que Brézhnev había recalcado en su día que beber de un trago doscientos cincuenta gramos de vodka era la cantidad adecuada para el hombre ruso.

La chica arrojó una mirada sobre la mujer bigotuda y escuchó un instante lo que decía su marido, el bigote cuadrado.

—En mi caso, la guerra solo duró cinco años. Entonces todos sabíamos a dónde apuntábamos, pero ahora llevo veinticinco años de matrimonio y aún no soy capaz de adivinar por dónde vendrán los tiros…

La chica se consoló. Lo que no se recuerda deja de existir. Tal vez ni siquiera existió.

El hombre le colmó el vaso al bigotes y le dio unas palmaditas en la espalda. Entonces le comentó a la chica que ya era hora de que ambos regresaran al compartimento. La botella de coñac empezada se la llevó consigo.

—Puedo mamarme sin ningún motivo, pero nunca bebo solo. Nosotros los rusos siempre empinamos el codo en compañía. Es más divertido. Un hombre sufre y por eso bebe, como yo ahora.

Rebuscó entre sus cosas la bolsa con aguardiente que la chica le había entregado y la posó en el centro de la mesa. Durante largo rato la miró fijamente con expresión angustiada.

—Y tú, mi niña, me obligas a beber solo.

Limpió la botella, colocó a su lado la de coñac a medias y miró a su compañera con lánguida curiosidad.

—De 1961 a 1964 viví sin dinero. No tenía ni un solo kopek, pero aun así me las arreglaba. Aquí, en este país, es posible. Se pueden chupetear unas raíces de hierba o recoger caracoles de las hojas de los árboles, y siempre se encuentra vodka. Por aquí dicen que un cerdo siempre encuentra su pocilga. En invierno la cosa resulta más difícil, pero uno puede chupar las piñas y mordisquear la corteza de los árboles. Lo bueno del vodka es que no se congela, ni con el helor más recio.

Colmó el vaso, lo bebió de un sorbo y rápidamente le propinó un mordisco a una cebolla verde; comenzó a gruñir para sí mismo, miró de reojo a la chica con afectación y mostró una expresión divertida.

—¿Son todas las mujeres finlandesas tan secas y frías como tú? Las putas rusas, en cuanto te las has follado, en seguida comienzan a tirarse pedos. Sé que tú eres de esas.

Apurada la botella de coñac del restaurante, el hombre gruñó con pesadez, señaló la botella sin etiquetar y continuó con voz gastada:

—Me estalla la cabeza. Seguramente tendré que trincarme también esta.

La chica se retiró al pasillo. El tren traqueteaba a ritmo uniforme. A la orilla de las vías, un hombre mayor estaba apostado sobre el tejado de una casa derrumbada, quitaba la nieve a paladas. Detrás de la casa, un riachuelo herrumbroso serpenteaba a través de la blanca turbera nevada y luego desaparecía en el crepúsculo de un bosque primario agotado. Pronto el bosque robusto se tragaría lo demás. En el otro extremo del vagón, alguien tocaba frenéticamente la armónica. El traqueteo del tren y los desgarradores sonidos eslavos del acordeón sumieron a la chica en un letargo liberador. Se imaginó el paisaje invernal en verano, vio las praderas de color amarillo limón, el contorno azulado, caliente, del bosque, los abedules teñidos de rojo por la puesta de sol, las sombras sobre los campos, frescas, oscuras, y una pequeña nube ondulada.

Finalmente, la chica se acercó desganada a la puerta del compartimento y la abrió con cautela. El hombre yacía sobre la

cama como un cadáver.

La chica se deslizó hasta su litera y se sentó en el borde. El aire era húmedo, el té, reposando constantemente, había empañado el aire volviéndolo espeso y pesado. De la comisura de los labios del hombre resbalaba una gruesa estela de baba. Su rostro se mostraba sereno, como si hubiese perdonado la pena que había sufrido en la vida. La chica se desvistió y se dejó caer en su ahora querido lecho. Pensó en Mitka, en cómo partía en dos una manzana con el cortaplumas de mango de hueso y le entregaba a ella una mitad. En Mitka, que olía a jabón de hogar y a hierba. En Mitka, blando y perezoso, pero un buen nadador y el campeón de ajedrez de su escuela.

Y así el día desapareció en el crepúsculo de la tarde, la noche heló a través de la oscuridad y se tornó alba azulada ante la ventana. La luna amarilla barrió la última estrella de la mañana abriéndole camino a un sol impetuoso. Se descubría una nueva mañana. Poco a poco toda Siberia clareó. El hombre, vestido con un pantalón de chándal azul y una camisa blanca, hacía flexiones entre ambas camas, la frente sudorosa, los ojos somnolientos, la boca seca maloliente; y suspendido en el compartimento, el hedor pegajoso de dormir, la ventana que contenía el aliento, silenciosos vasos de té sobre la mesa, migas en el suelo reducidas al silencio. Esperaba un nuevo día, sus amarillos bosques de abedules escarchados, bosques de pinos en cuyo seno caminaban los animales, y nieve fresca ondeando en la estepa, perneras blancas de calzoncillos largos agitándose, penes flácidos, chachi, chichi, chocho, amplios camisones floreados de franela, calcetines de lana, chales, descuidados cepillos de dientes, la noche vuela a través de la oscuridad convirtiéndose en crepúsculo, cola inclemente para el santuario del baño, limpieza en seco en medio de una peste a orín, esputos, vergüenza, expresiones incómodas, sombras de humeantes vasos de té, grandes trozos de azúcar cubano, cucharas ligeras como el papel, pan negro, queso Viola, gajos de tomate y cebolla, pechuga frita de pollo, tarro de rábano picante, conservas de pescado.

La noche huye tornándose día. La nieve trepa por el tronco de los árboles, el silencio de sus copas se apaga gradualmente, un halcón está sentado al borde de una nube naranja y observa el tren que repta como un gusano.

PRIMERO SE ENTREMEZCLARON LOS RAÍLES, el tren se ladeó fuertemente, luego un chillido de frenos, como si un cristal arañara una superficie metálica. El tren se detuvo en la estación de Irkutsk, la capital de Siberia. Se demoraría allí dos días.

El edificio de la estación, de color ocre con las esquinas blancas, se erigía imponente en su antiguo emplazamiento. Delante, el jefe de estación observaba inmóvil el tren recién llegado. La chica cambió de costado, sobre ella se precipitaron impresiones y recuerdos incoherentes, gente a la que no había visto en diez años. Cuando se despertó, nadaba en sudor. El hombre la miró compasivo y ella se sintió bien.

—El alma del prójimo es un abismo oscuro —dijo él en voz baja —. Pero deja el alma estar. Ahora nos vamos al bosque. ¡Al bosque de la comida!

La chica se vistió deprisa, el hombre, despacio y, en cierto modo, con dignidad. Se puso una antigua chaqueta de traje verdosa, la abotonó firmemente, se peinó elegante hacia atrás. Al final sacó los zapatos de debajo de la cama. Eran una especie de botas militares sólidas, forradas de piel, de caña recortada y tacones afilados.

En el nevado andén les recibieron una templada helada primaveral, copos de nieve silenciosos y un perro viejo que agitaba la cola y arrastraba en el hocico un pesado fémur.

En el vestíbulo de la estación hacía calor y el aire era seco. Por sus rincones haraganeaban viajeros melancólicos, en los bancos estaban sentados transeúntes embutidos en pesada ropa de invierno. De esos bancos de madera procedía el silencioso bullicio de las conversaciones de los viajeros. En un extremo del vestíbulo había una cafetería; en la pared del fondo, una ventana redonda por la que la luz invernal se colaba gota a gota en el aire rebosante del vapor de un samovar.

Salieron al exterior por una puerta lateral baja. Junto a la

fachada de la estación, en medio del lodo formado por la nieve derretida y el barro, hallaron a los vendedores. El hombre saludó a las abuelas agitando la mano, pero eligió a un anciano que llevaba una gorra sin visera. En su tenderete exhibía setas secas. El hombre charló un instante con el anciano, le entregó una serie de llaves de tubo fabricadas en China, que el viejo examinó con detenimiento antes de sacar de debajo del mostrador unos peces omules curados en sal y una caja de omules del lago Baikal asados.

Al poco rato estaban delante del tenderete de una abuela. A su espalda ahumaba una sucia máquina de asar en la que giraban cadáveres de pollo mal desplumados y blancos como la nieve. Para vender, la vieja solo tenía tres huevos.

El hombre le echó en la mano un puñado de monedas de uno, dos, y tres kopeks.

Aún deambularon un rato más entre los vendedores. Olía allí a un familiar aroma mezcla de ajo, vodka y sudor. El hombre compró té cultivado en Irkutsk, empanadillas de suero de mantequilla, lazos de harina de trigo y rosquillas de azúcar; la chica, pastas de Tula, galletas Etiqueta Dorada y bizcochuelos prianiks.

Después subieron al paso elevado. El sol ligero de finales del invierno coloreaba de rosa la nieve en polvo recién caída y toda Irkutsk parecía una miniatura de mazapán. El aire era lacerantemente fino, el hombre respiraba con dificultad. Una bandada de gorriones voló por encima de sus cabezas silbando con las alas. Permanecieron largo rato de pie en silencio. Frente a la puerta trasera del vestíbulo de la estación, cerrada a perpetuidad, la nieve pulverulenta de intenso color blanco ocultaba un vertedero, donde retozaban unos veinte gatos callejeros llenos de mocos. Un aburrido búho posado en una carcomida cruz de madera congelada los seguía con la mirada. El hombre y la chica se encaminaron hacia los kioscos. La nieve resplandecía en sus tejados y también a los pies de las farolas. La chica se quitó el gorro de lana y permitió que su cabello le resbalara libre sobre los hombros. Se unió a una larga y animada cola para comprar tabaco que se había formado entre dos barandillas, mientras el hombre hablaba y reñía en la cola de los periódicos. Compró *Pravda* y *Literatúrnaya Gazeta*, en lugar de cambio recibió un chicle de la marca Lolek fabricado en la DDR duro como una piedra. Tras una larga negociación, la chica logró

comprar cigarrillos Prima y tabaco Baikal. Por alguna razón, el dependiente no aceptó venderle de la marca Belomorkanal, aunque disponía de toda una estantería. Después de recibir las cajetillas de tabaco, el hombre hizo girar en la mano una de Prima decorada con una nave espacial.

—Baikal huele a orín de perro. Prima sabe a mierda de caballo y a Brézhnev, en cambio los Belomorkanal saben al auténtico padre Stalin.

Caminaron por el andén de regreso a su vagón. Entremezclados con el olor a cigarro, flotaban en el aire grandes copos de nieve primaveral. La chica elevó la vista y dejó que le cayeran sobre el rostro. El hombre echó un vistazo al kiosco.

—Nunca había visto a georgianos haciendo cola. Ahora he experimentado tal milagro.

En el vagón se ultimaban las labores de limpieza. El servicio había sacado las alfombras, Sonechka había pasado la aspiradora por el suelo del corredor, revestido de una tela de tejido simple, y Arisa había limpiado el baño y pasado un trapo negro húmedo por los picaportes de las puertas y por el pasamanos del corredor. El hombre y la chica se deslizaron en el vagón solo después de que Arisa y Sonechka hubieran colocado las alfombras en su sitio. Extendieron una parte de las compras sobre la mesa y comenzaron a preparar juntos el desayuno.

El hombre estaba atareado con el samovar. Lo movía innecesariamente de un lado a otro, abría la tapa y comprobó muchas veces que el cable estuviera bien enchufado. Detrás del patio de maniobras humeaba el sol, el universo susurraba. El hombre hirvió el agua, echó en la jarra una generosa porción de las grandes hojas de té, hojas enteras recién compradas, y se dispuso a esperar. A los diez minutos, las hojas se habían hundido en el fondo. El hombre sirvió la infusión casi negra en un vaso, colocó de pie en el fondo todo un trozo de azúcar, igual que un iceberg, y degustó el líquido con tres pequeños sorbos. Entonces se lo entregó a la chica. Ella lo probó también. Era suave y enérgico. El hombre pidió el vaso, bebió tres sorbos y se lo volvió a pasar a su compañera.

—En el año 31, a mi abuelo lo enviaron a un campo de corrección. Era un auténtico ladrón y mantuvo hasta su muerte el

secreto de los siete sellos. También mi padre llevó una vida vagabunda y no poseyó otra cosa que una mala caligrafía. Vivía en esa clase de mundo en el que la tasca es la iglesia; un campo de trabajos forzados, un convento, y beber, el más elevado nivel del esfuerzo. A él lo trincaron por un honesto robo con asesinato, la red de Lucifer estrechó su cerco y al final acabó en un sótano de la KGB, desde donde en el 35, el mismo año que Stalin anunció que la vida del ciudadano soviético se había vuelto más alegre, lo trasladaron a un campo de trabajos forzados de tres estrellas. A un campo de tres estrellas, es decir, a un buen campo. Lo condenaron a cuarenta y cinco años. En aquel tiempo, para algunos pobres y hambrientos la vida en un campo de trabajos forzados podía resultar más llevadera y segura que en la gran ciudad. Acostumbrado a cosas aún peores, mi viejo no había temido la condena. En el año 41, Stalin estaba jodido. Los nazis se encontraban a treinta kilómetros de la Plaza Roja, y sus aviones de reconocimiento sobrevolaban Estalingrado. Alarmado, el generalísimo decidió liberar de los campos de trabajo a aquellos delincuentes que juraran estar dispuestos a ir al frente a defender la patria: si vas al frente, te perdonan el pasado y después de la guerra serás un hombre libre. Mi viejo mordió el anzuelo y lo liberaron, y con él a diez mil más. Asesinos, chorizos y otros ladrones, a todos ellos los apelotonaron en un vagón de prisioneros y los condujeron al frente. En una de las etapas del viaje, conoció a mi virginal madre, quien andaba con mucha prisa por lograr quedarse embarazada antes de que se llevaran a la batalla al último hombre; y así que, claro, aprovechando que había una oferta, pues el tipo se la folló. Él sobrevivió a la guerra, pero a todos los criminales que habían quedado con vida los volvieron a encerrar en el mismo campo del que habían salido. La única diferencia era que ahora el lugar estaba repleto de lituanos. Y allí murió, de unas fiebres por diarrea.

El hombre se pasó la lengua por los labios secos y se fijó en la expresión compasiva de la chica.

—Es divertido contarte historias, mi niña, como no entiendes nada de nada. Mi madre parió a un nuevo hombre.

El hombre se levantó y rutinariamente hizo cincuenta y tres flexiones. Sus muslos eran hermosos, musculosos, tenía unas nalgas fuertes.

—A cada uno de nosotros, la vida nos dicta su estricta ley. Alguna vez lo entenderás, o tal vez no. Estuve en un campamento de pioneros en el año 48, justo después de la guerra. A los chavales del sexto departamento les permitían nadar en las aguas claras del lago del Komsomol. Este lago era especial: su suave fondo de arena acababa en profundas hondonadas y a los chavales les resultaba divertido empujar a los imbéciles que no sabían nadar dentro de esas frías cavidades. Nosotros, los pequeños pioneros, teníamos que conformarnos con nadar en la charca número seis. Era un estanque pequeño, fangoso, con el agua turbia y demasiado caliente. Un día, cuando nos estábamos dando un chapuzón, se escuchó una terrible explosión. Procedía de muy cerca. Alguien gritó «socorro» y notamos una enorme confusión en la orilla del lago. Nosotros, claro, llevados por la curiosidad, corrimos hacia allí en seguida para enterarnos de lo que había sucedido. En la arena de la playa se había formado un denso y vociferante círculo de gente. Yo también intenté hacerme sitio para ver lo que ocurría, pero los muchachos mayores me expulsaban a codazos. Entonces se presentó un monitor, uno larguirucho, que se abrió paso hasta el centro del corro y con las mismas pude vislumbrar momentáneamente el interior del círculo. Y qué es lo que vi. Allí estaba tumbado Jura, en absoluto silencio, le faltaba una pierna. No hacía más que temblar y de su boca no salía sonido alguno. El monitor nos ordenó que nos dispersáramos. Alguien corrió a buscar el camión del campamento y otro monitor se presentó con vendas. El larguirucho le dio vodka al chaval y con vodka le enjuagó también el muñón de la pierna, hecho jirones. Luego vino el camión y se lo llevó. Al día siguiente nadie dijo ni una palabra sobre lo ocurrido. Los chicos habían encontrado en el fondo del lago una mina y la habían arrojado a la playa donde Jura el Escupidera estaba construyendo un castillo de arena. ¡Gracias, camarada Stalin, por una infancia feliz!

Del cielo descendió una luz anémica. La chica decidió ir a la ciudad. El hombre prefirió quedarse descansando, también él deseaba estar solo.

LA CHICA ESCUCHABA LA INSONORIDAD PRIMAVERAL de los pájaros, el ruido sordo de la nieve derritiéndose en los tejados, los canalones rezumantes en los que chasqueaban gotas de agua, los pequeños riachuelos que fluían por los patios encharcados, y el piar triste de un gorrión en la rama de un serbal nevado. En el alero de un torcido bloque de viviendas crecían carámbanos de dos metros. Por las calles había algunos automóviles aparcados: algunos cubiertos por nieve blanda recién caída, otros empañados por el intenso frío. En la parada del autobús esperaba sentada una mujer de clase obrera con panes redondos amontonados en el regazo.

Pasado el mediodía, la chica recaló en una coctelería llamada Gran Octubre. Estaba repleta de estudiantes que iban y venían, por la puerta penetraban grandes bocanadas del vaho de la helada. La chica probó un cóctel de leche que el presidente del consejo de ministros, Kosiguin, había traído del Báltico extendiéndolo por toda la Unión Soviética. Era frío y dulce. Clavó la vista en el candado oxidado que pendía de la puerta del frigorífico y pensó en Moscú, en sus patios húmedos, en pisos que olían a ciénaga, puertas de entrada llenas de diferentes timbres. Nada más realizar la selectividad, había ingresado en la Universidad de Helsinki y, junto a sus compañeras Maria y Anna, había solicitado una plaza como estudiante de postgrado en Moscú. Había sido necesario mucho papeleo. Maria y Anna se habían mudado a la residencia del conservatorio y ella al colegio de estudiantes del Teknikum, donde compartía una pequeña y caliente habitación con Lene, una muchacha danesa. Lene estudiaba Geología, ella, Arqueología.

Desde el inicio de su formación había soñado con viajar a Siberia, con seguir las huellas de Päls, Ramstedt y Donner, con buscar los sagrados lugares que aquellos investigadores habían visitado. Con su tesina prácticamente lista, comenzó a rellenar solicitudes, formularios, a coleccionar sellos prestigiosos, cartas de recomendación de Helsinki y Moscú. Todo el esfuerzo resultó ser en

vano: las zonas estaban cerradas a los extranjeros. Finalmente, Mitka le sugirió realizar juntos un viaje a Mongolia en el ferrocarril que atraviesa toda Siberia. En un primer momento, ella había rechazado el plan, pero luego se animó tras leer los hallazgos de Ramstedt y las descripciones de Päls sobre unas inscripciones en la roca próximas a Ulán Bator.

Luego todo se torció.

La tibia luz de la tarde penetraba por las calles heladas y las portillas de las casas bajas construidas en tiempos de Catalina la Grande. En el patio de un hermoso y antiguo edificio reconvertido en hotel, se había amontonado cuidadosamente una pila de troncos. La verja que lo rodeaba había cedido, sus ventanas estaban llenas de flores de hielo. La chica entró en el vestíbulo inferior, en el centro se había construido un exuberante arreglo de flores de papel. La atmósfera contenía algo oblomoviano, aún seguía cayendo la nieve del invierno anterior. A la derecha de la recepción había un retrato coloreado a mano y con marco de luto que mostraba a una mujer robusta que lucía dos condecoraciones en el pecho.

La chica esperó una hora al menos antes de que una joven recepcionista ataviada con un gorro de almizclera navegara hasta allí desde la habitación de atrás, con sus labios generosamente maquillados de rojo. A su alrededor se desplegaba una nube de agua de colonia elegantemente amarga. La empleada no miraba a la chica, sino que caminaba de un lado a otro como si tuviese prisa. Cuando esta logró entregarle el *voucher* del hotel, la recepcionista se retiró al cuarto de atrás donde desapareció durante una hora o dos.

Su habitación estaba en la segunda planta. El pasillo lo atestaban muebles rotos y cajas de madera, y, en medio de todos aquellos trastos, un bonito tresillo de madera roja. En la pared colgaba una impresión en papel de *Los sirgadores del Volga* de Repin. La vieja vigilante de planta dormitaba al otro lado de su mesita.

La habitación era calurosa y estrecha. La chica abrió el pequeño ventanuco de ventilación y el viento de primavera se derramó en el interior, agarró las cortinas amarillo claro y comenzó a abanicarlas. La ventana descubría vistas a una zona verde.

En la cama había sábanas limpias, blancas y almidonadas; en un

rincón del baño, un pulverizador antichinches. La chica se desvistió y se deslizó en el lecho limpio. Observó un satélite de plástico que oscilaba entre las cortinas y se quedó dormida escuchando el fuerte zumbido de la caldera de gas.

Cuando se despertó, trasladó la cama junto a la ventana, apartó las cortinas y se acostó de nuevo. Allí abajo, en medio del parque, había un sendero pavimentado con arena rojiza. Más allá se distinguía un pequeño estanque congelado de hielo brillante y terso, no había nieve sobre su superficie, se la había llevado el soplo de los vientos de abril. Un pez de bronce nadaba entumecido en medio del estanque, tal vez en verano le brotaba agua de la boca. Posados en las ramas de los arces, los ampelis trinaban estridentes, columpiaban su cola de punta amarillenta, meneaban el penacho de plumas y, de vez en cuando, revoloteaban hacia la ciudad detrás de trolebuses y tranvías. Volaban en lo alto del cielo y desde allí seguían la vida en la urbe para luego volver a descender y a posarse en las ramas de los arces y en el respaldo de unos bancos golpeados por la lluvia.

Después del mediodía, por un altavoz fijado con un alambre en la columna de la verja de entrada a la zona verde, empezó a escucharse *Preludio a la siesta de un fauno*, de Claude Debussy. Al poco comenzaron a llegar ancianos para jugar al dominó. Luego aparecieron las abuelas. Cada una de ellas extendía su pañuelo sobre el banco y se acomodaba encima.

La chica almorzó en el comedor del hotel: borsch, *smetana* y pan negro. Observó la iluminación, semejante a un racimo de uvas formado por mil lámparas, que pendía del techo del salón y desafiaba todas las normas del diseño industrial. La camarera, de boca grande y ojos pequeños, quiso saber si le interesaba cambiar dinero o vender productos occidentales.

Después de comer, se encaminó al Parque de la Victoria, el aire era templado, y la sobresaltó el sonido metálico de un tranvía que se tambaleaba detrás de un seto de arbustos. A su lado apareció una rata negra. Estaba enferma y por eso no temía a la gente. Cuando la chica se detenía, el bicho también. Se sintió sola.

Pensó un instante en los pendientes de Irina, en su falda de corte original, en sus ojos, de cuya mirada no se podía estar seguro. Estar en su compañía era fácil, incluso el silencio se juzgaba liviano a su

lado. Irina la había aceptado y le había permitido entrar en su familia, y luego, cuando Mitka estaba encerrado en el hospital, ambas pasaron mucho tiempo juntas.

Irina la había llevado de excursión al monasterio de Zagorsk, el insoportable martilleo de las campanas de la iglesia con sus quince tonos había resonado en su cabeza una semana después de la visita; a la dacha de Pasternak en Peredélkino, por cuyo gran patio se extendían cáscaras trituradas de huevos pintados en varios colores; a la veranda de Konstantín Símonov; a la tumba de Arseni Tarkovski, donde habían comido semillas de calabaza, y al cementerio Vagánkovskoye a contemplar el túmulo sepulcral de Vladímir Vysotski cubierto por un mar de flores. Irina le había leído poemas de Marina Tsvietáieva y de Ósip Mandelstam, y la había animado a que conociera a Turguénev, Lérmontov, Bunin, Leskov, Platónov, Ilf & Petrov y Trífonov.

Paulatinamente se fueron conociendo mejor y con el tiempo se enamoraron.

La chica se agachó para observar a la rata; estaba muerta, su espíritu había abandonado aquel cuerpo enfermo. Sentía que Irina pensaba en ella.

Se desvió por un camino que la condujo hasta una arboleda negra, escarchada por el intenso frío neblinoso. En su interior encontró una estatua de Pushkin, su superficie recordaba a un sargazo, y a sus pies, entre centelleantes cascos de botellas de vodka, había un puñado de casquillos de escopeta.

Deambuló por una zona espaciosa del parque por donde la neblina ya se había disipado y el aire era traslúcido. También allí se escuchaba el piano de Rajmáninov; los hombres de avanzada edad hacían sonar sus fichas de dominó y las abuelas cuchicheaban en los bancos. El ligero deshielo se colaba sigilosamente en el parque, crecía transformándose en un cálido día de primavera. El viento del este soplaba las nubes azuzándolas hacia el oeste. En algún lugar lejano cantaban unos gallos que habían perdido el sentido del tiempo. Por todas partes había nieve, que se derretía formando pequeños riachuelos. La chica encontró un banco vacío. Se adormeció bajo el calor del sol, que irradiaba con intensidad, y se despertó sobresaltada con el estruendo de una tremenda ráfaga que penetraba profundamente en sus sueños. Un alud de agua marrón se

acercaba desde el otro lado del parque. Los ancianos habían desaparecido, pero la música continuaba sonando. Por el sendero se aproximaba un caballo lisiado, que se detuvo cuando la chica lo adelantó corriendo a toda prisa.

La chica se apresuró hacia el hotel, subió directa a la segunda planta. Desde la ventana de su habitación observó el agua subir a velocidad desenfrenada y anegar la mitad del vecino parque.

Regresó veloz a la recepción del vestíbulo y golpeó con fuerza el mostrador. Desde algún lejano escondite en las habitaciones de atrás acudió la familiar recepcionista del gorro de pieles, a quien la chica preguntó por qué de pronto el agua había subido tanto. La recepcionista explicó que por la noche la temperatura había ascendido repentinamente y los hielos de la corriente del río Angará se habían puesto en movimiento. Aquello era normal, a la mañana siguiente, o a la semana siguiente, el agua habría bajado o subido más.

La chica se quedó de pie, desconcertada y aliviada al mismo tiempo. Oyó a la recepcionista hablando con alguien en la habitación del fondo.

—Pavel Ivánovich, es decir, el inspector de distrito de la gestión cultural.

—¿El cuarentón ruinoso?

—El mismo.

—¿El tipo que tomaba tres cucharadas de agua de eneldo todas las mañanas antes de desayunar?

—Exacto, pues le ha dicho a Zoja, que fue quien me lo dijo a mí, que…

Por la tarde el agua había desaparecido del parque arrastrando a su paso toda la nieve limpia. Solo quedaba hielo sucio y una tierra humeante y empapada.

Sobrevino la noche. Un tranvía rojo carmín recortaba el borde del bulevar, los árboles negros del parque observaban sombríos a la chica, pero ella hacía caso omiso y dirigía su mirada más arriba, hacia las estrellas que, como cubitos de hielo, tintineaban en el cielo verde, y hacia una luna que irradiaba su luz helada. Los bloques de pisos se acurrucaban de frío al borde de las calles congeladas y centelleantes. Unas farolas siseantes se encendieron despacio. Gotearon largo rato una luz azulada y titilante antes de

que su color se tornara rojo púrpura. La chica prendió la televisión en blanco y negro, colocada en la mesa de sofá, en un rincón de la habitación. Estaban publicitando la Unión Soviética.

Pensó en Mitka y sintió lástima. ¿Y si el periodo de reposo en Crimea y la terapia lo curaban? ¿Qué haría ella entonces? ¿Qué haría Irina? Todo aquello la angustiaba tanto que empezó a consolarse con recuerdos: había escuchado discos con Mitka en el lindo tocadiscos verde veneno, había bebido té y champaña, jugado mil veces a distintos juegos de mesa, reído, se había revolcado y chillado de risa. Ambos sabían disfrutar de la vida, pero la tarde se transformó en noche, el verano en otoño y Mitka tuvo que ingresar en un manicomio.

Por el gran ventanal del vestíbulo se distinguía un alero del cual colgaba una fila de carámbanos semejantes a espadas, preparados para partir en dos la cabeza de un esporádico transeúnte. Sobre una farola de luz brillante y amarilla, dormía un gato negro de largo pelaje. Cuando la chica le comunicó a la recepcionista que proseguía su viaje, esta le pidió que esperase un instante y se ausentó a la habitación de atrás. Regresó con un modelo de plástico a escala del Kremlin en color crema.

—Esto es para usted. Un pequeño recuerdo de Irkutsk.

La chica entró en el compartimento, se encontró al hombre sentado en la cama con los calzones largos del ejército y limándose las uñas de los pies. Le entregó una pila de periódicos que había comprado y que olían a petróleo. Él anunció que el tren no proseguiría el viaje hasta la mañana siguiente. A la chica, la noticia no le causó sorpresa. Se sentó sonriente largo rato en la cama. Examinó al hombre. Su mirada era cansada y opaca, pero aun así le resultaba acogedora.

Las nubes surcaban el cielo ensombreciéndose, chocando unas con otras, y al final, la noche, pesada y tranquila, se deslizó sobre el tren.

La silenciosa y ligera luz matutina de principios de primavera despertó a la chica mucho antes de que la campana de la estación sonara por tercera vez, la locomotora suspiró profundamente y, oscilante, el tren emprendió la marcha.

ATRÁS QUEDA IRKUTSK, silenciosa, ciudad primaveral vinculada al hielo. Atrás queda Irkutsk, los azulejos amarillos de la biblioteca universitaria, la iglesia rosa con cúpula de cebolla, los parques y zonas verdes, las ruidosas y humeantes saunas públicas, la tierra cansada, un parque cubierto por una crecida de agua herrumbrosa, música clásica sonando en un pequeño altavoz junto a la verja de un parque, nieve y dunas en los jardines delante de las casas, atrás queda Irkutsk y un tren eléctrico en sentido contrario se balancea en el raíl contiguo, casas, y de nuevo pequeñas casas robustas, blancos marcos de ventana, postigos decorados con flores, divertidos aleros tallados, un solitario edificio prefabricado de diecinueve plantas en medio de los campos, sol de principios de primavera, chimeneas humeantes, un hombre de pie sobre una pila de troncos. Esto es todavía Irkutsk, estación azul de Rusia y bosque selvático, impenetrable. Pantano lluvioso, bosque enano, tierras baldías y líneas de tala, esto ya no es Irkutsk, el ferrocarril Baikal-Amur engullido por las turberas, una casa desplomada bajo la nieve. En el vagón contiguo planean los sonidos de un acordeón nostálgico acompañado por campanillas. El tren se sumerge en la naturaleza, late pesadamente a través de una tierra nevada, desértica. Todo se mueve: la nieve, el agua, el aire, los árboles, las nubes, el viento, las ciudades, los pueblos, personas y pensamientos.

El tren se desliza despacio por una hermosa pendiente junto a la orilla del abrupto Baikal, discurre a través de súbitos cortes de rocas y decenas de túneles. Una isla corcovada se eleva tras la orilla. Sobre su único árbol, un seco pedazo de pino, se sienta inmóvil un pigargo que sigue con la mirada el ferrocarril en marcha. El Baikal era enorme como el mar, amplio como el espacio. La chica se imaginaba su agua de color azul ultramarino, repleta de rocas, arrecifes submarinos, grandes islas, barcos hundidos, marineros ahogados, cuerpos de animales muertos sin descendencia. Tal vez, peces. El hielo se había desplazado un poco, lo suficiente como para

que en la superficie del lago hubieran aparecido anchas grietas. No se veían las nerpas del Baikal. Desde el norte soplaba y gemía el viento, hacía tiritar el agua oscura de las hendiduras. Los deshelados viejos abedules de corteza nudosa crecían en todas las direcciones y con sus ramas ocultaban el cielo occidental. Olas de hielo convexas se elevaban en el aire alrededor de farallones que protegían un ralo juncal. En una de las orillas se erigía un complejo industrial gigantesco cuyas gruesas chimeneas expulsaban nubes rojas al aire. El nombre del complejo había sido escrito en la roca, entre dos fábricas de celulosa, con letras del tamaño de un camión: Voroshílov. La chica pensó en Moscú, en sus días nublados de noviembre, en sus frías noches de marzo, en el río Moscú por cuyos márgenes había paseado con frecuencia, en su agua espumosa y en los peces que se pudrían en el pedregal de la orilla.

El hombre abrió una botella de vodka y sirvió dos vasos.

—¿Sabes lo que le ocurrió a Gagarin cuando rodeaba el planeta en su cápsula? Comprendió que la Tierra es una pequeña mierda en el gran universo y que puede destruirse en cualquier momento. Al regresar del espacio, comenzó a beber, aunque tenía a su disposición todos los privilegios: la tienda de alimentación de la comunidad de cosmonautas, los sanatorios de los directores de partido, hospitales y medicinas occidentales. Jruschov le compró incluso un pequeño avión, ¡anímate, camarada! Pero pasó lo que tenía que pasar. Gagarin sobrevolaba en avión por encima de las nubes, buscaba la muerte. No tuvo que buscarla mucho tiempo, chocó contra la ladera de una montaña y murió. ¡Un brindis por Yuri Gagarin y por los valerosos perros cosmonautas Belka y Strelka!

En la orilla noroccidental del Baikal se había construido próxima al agua una iglesia de cúpula de cebolla que parecía una cabaña de juegos para niños. A su alrededor se alzaba algún pino cembro cuyas ramas se mecían y goteaban nieve derretida por el sol. Vigorizadas por el viento, las agujas de los árboles, largas y suaves, arañaban los raídos muros de la iglesia. La chica se imaginó estrellas salvajes e intranquilas vislumbrándose cual luciérnagas conforme descendía sobre el Baikal la pesada noche. Por el hielo circulaban dos motocicletas con sidecar. Uno era rojo e iba repleto de gallinas vivas atadas entre sí; el otro, azul brillante. Los

pescadores en el hielo se agazapaban, diseminados por aquí y por allá. El tren tomó una curva con las ruedas chirriando cerca de la orilla. La chica distinguió columpios infantiles y un pequeño carrusel enterrados en la nieve. El tren serpenteaba despacio hasta que dejó escapar un silbido alegre y se internó veloz en un túnel que atravesaba la montaña. La oscuridad silenciosa se posó por doquier. El tren avanzaba con perezoso traqueteo, luego se detuvo completamente. Estuvo parado en la negrura del túnel un par de horas. Los mordaces rayos de la lámpara del techo del compartimento se dibujaban en el suelo de plástico. La chica percibía la respiración del hombre y sus latidos calmados, los ojos pesados que la miraban.

—Una historia de la vida, mi pequeña baya —dijo él, desplomándose sobre la cama—. Un tipo llamado Kolia la palmó dos días antes de cumplir los cuarenta. Lo enterramos en el cementerio nuevo de Moscú, al lado de la hermosa Anna Pavlovna Dorenko, que falleció joven. Pasó un año y llegó el jueves de la Ascensión. Soplaba un viento magnético del norte cuando Vova, Gafur y yo decidimos ir al cementerio para saludar a nuestro viejo amigo. Nos llevamos dos bolsas de comida y cinco botellas de vodka. Vova extendió un mantel sobre la tumba y Gafur puso encima la comida. Le ofrecimos vodka a Kolia y derramamos sobre la tumba cigarrillos Belomorkanal. Por allí apareció un bonito grupo de chicas y, antes de la medianoche, ya me estaba cepillando un espléndido culo de gallina. La pelandrusca estaba tirada sobre la tumba, despatarrada. Entretanto yo clavaba la vista en el bonito rostro de Anna Pavlovna pintado en la lápida, que me devolvía la mirada y sonreía. Por primera vez en mi vida pensé que después de la muerte tal vez podía haber algo.

La chica entreabrió la puerta del compartimento. En el pasillo una niña de pelo trenzado jugaba con una matrioska. La muñequita de madera más diminuta de todas, la que el carpintero no había tenido ganas de tallar del todo ni el artista de pintar en condiciones, se le resbaló de la mano y echó a rodar por la alfombra del corredor, fue girando hacia el baño, cuya puerta abierta entrechocaba.

El hombre estaba sentado en la cama, vestía una camisa multicolor y miraba cansado por la ventana. Solo veía la pared del

túnel excavado en la roca, en la que alguien había escrito con pintura roja: «El Baikal se destruirá».

—¿Sabes qué es un rigodón vienés? Va así. De los calabozos de la prisión se saca a cincuenta hombres y se les lleva en camión al lugar de ejecución. Allí se les ordena que se pongan en fila. Digamos que se elige el número ocho. Eso significa que se dispara al octavo y a sus múltiplos, al resto se les devuelve a la mazmorra y a esperar la noche siguiente. Pero, pero, pero. Lo de rigodón viene porque, antes de que disparen a los múltiplos de ocho, a los prisioneros se les cambia el orden en la fila, por ejemplo, seis veces. Primero eres el tercero, luego el quinto, después el primero y así sucesivamente.

El tren se puso bruscamente en marcha y salió del túnel. Un brillo estival cegó los ojos de los viajeros. Alguien gritó ¡hurra! A ambos lados del paisaje se extendían las riberas del Baikal.

—El año pasado, por esta misma época, desde la ventanilla de este mismo tren, seguí cómo un helicóptero de salvamento trataba de subir a unos pescadores que estaban sobre una banquisa a la deriva. Todas las primaveras la misma historia. Los pescadores se quedan alelados sobre el hielo, este empieza a moverse y los tipos se quedan flotando en los témpanos. Una parte se ahoga, otra muere congelada y a otra la rescatan. ¿Y por qué narices? Pero si ellos mismos se metieron allí sin que nadie les obligara.

El ferrocarril se desviaba gradualmente hacia el interior. Por el este comenzaron a aparecer nubes negras en las capas bajas. En el borde de un campo ondeante, muy próximo a la vía férrea, un viejo lagópodo agitaba sus alas. Algo más lejos, en el linde del sembrado, había un invernadero marchito e inclinado y detrás, la cuadra de un koljós. Delante de la cuadra había un caballo y una carga de heno. Encaramadas a ella, dos mujeres, una más joven y otra de mayor edad, andaban ajetreadas, introducían por un pequeño postigo manojos de hierba en el pajar. Al caballo le habían colocado una manta negra plegada sobre el lomo y este mordisqueaba hierba con entrega y calma. Entre la nieve, asomaba un ennegrecido trineo de silla. La chica oyó a alguien pasando por delante de su puerta abierta y afirmando que el Baikal se limpiaba solo.

—Los tártaros tienen la costumbre de atarle soldados muertos a los prisioneros de guerra —dijo el hombre—. Pierna con pierna,

barriga con barriga y cara con cara. Así el muerto mata al vivo. Con bondad se puede conseguir algo, pero con maldad se consigue todo. A la maldad es inútil resistirse. Uno no se libra, aunque haya quien hable de la bondad de Dios.

Las vías gimoteaban en la verde oscuridad. Hacía tiempo que el Baikal había quedado atrás. La chica se imaginó a los extraños peces y a los bancos de medusas que habitaban sus misteriosos arrecifes suspendidos cual nubes en las entrañas del mar profundo.

De repente, la locomotora dio un violento frenazo. El ferrocarril se aproximaba a una estación y el parón causó un enorme viento que agarró la granosa nube caída por la noche, despidiéndola sin control por todas partes. El tren se detenía en la estación de Ulán-Udé.

La chica descendió indolente al andén. A su encuentro acudieron tres gatos. Uno de ellos tenía la cola cortada, otro, un pelaje brillante y sonreía curioso, y el tercero tenía las orejas recortadas y se tambaleaba en el andén recién barrido igual que un borracho.

El frío viento del nordeste portaba consigo las melodías amargas de una balalaica. En las vías descansaban locomotoras agotadas y silenciosas. El hombre, corriendo en camiseta interior, adelantó a la chica, adelantó a un barrendero; se dirigía a la estación. El cielo blanco lechoso descendía veloz, comenzaba a arrojar una ligera llovizna sobre una tierra azotada por los vientos glaciales, el universo estaba poblado de una deprimente tristeza.

A su regreso, el hombre sostenía en una mano una botella de *smetana* y una bolsa de la compra, en la otra llevaba un ramillete de crisantemos envuelto en un *Pravda*. Le entregó las flores a la chica y, guiñando un ojo, se apresuró a subir al tren. Debajo de cada brazo portaba una botella de vodka. En el andén vecino renqueaba y chirriaba un tren regional. Del gentío que brotaba de él emanaba una gruesa nube creada por un abanico de olores caseros, el viento la asió y la arrojó sobre la chica, que subió al tren y se dirigió al compartimento. El hombre aguardaba sentado en la cama, con expresión serena; había colocado las botellas en el centro de la mesa.

—Aquí tenemos dos botellas llenas de un aguardiente llamado vodka. Un país en condiciones. Aunque exista la ley seca, aquí, en el valle de las penas periféricas, no se conoce. En las regiones

fronterizas nadie puede mandonear.

El hombre posó su tierna mirada sobre la chica.

—¿Sabes, Baba Yagá, que nos encontramos en la capital de la República Autónoma Socialista Soviética de Buriatia? Farfullan una lengua extraña y adoran a Buda y a Jesús al mismo tiempo.

El hombre señaló el pelo de la chica.

—Flequillo y la parte de atrás suelta. No muy elegante. —El hombre se rio y posó paternalmente su mano sobre la de la chica, se la estrechó—. Hacemos una buena pareja: la bruja y Koschéi el Inmortal, el espíritu del demonio… En este país caben más de cien nacionalidades diferentes. Si una de ellas, o tres incluso, son aniquiladas, es poca cosa. En el norte se crían renos y en Georgia se prensa vino. Hay tundras nórdicas y bosques infinitos. Por el sur se extienden las estepas; en el sudeste, los desiertos de arena, y en el Cáucaso se elevan montañas inmensas entre las que reptan los puertos. Sopla el viento silbando sobre el desfiladero, consigo arrastra grandes nubes. Están las costas de Crimea y las turberas de Bielorrusia. Están las zapatillas rústicas de corteza de abedul para bailar el trepak a la orilla del Volga, la danza en corro a gritos de los chechenos, los tambores mágicos de los yakutos, los renos de los chucotos, de los ainu, de los samoyedos y coriacos; las ovejas de los calmucos y los sables de los cosacos, el jamón de Tambov, los esturiones del Volga y las manzanas de Riazán. Y qué más… Dejémoslo aquí. Un georgiano me dijo una vez que la historia de los georgianos y armenios es más larga y hermosa que la de los rusos. Que los rusos aún andaban gruñendo en sus cuevas cuando en Georgia se edificaban iglesias y se escribían poemas. Eso es mentira.

El tren silbó ronco y las ruedas se pusieron en marcha con un rugido. Arisa estaba de pie en la puerta, en el escalón superior, agarrada con una mano al quicio y una pierna colgando en el aire.

—Todos los pueblos lejanos y sus hermosas culturas florecen más intensamente que nunca, aunque tendrían que rusificarse. Estas mil lenguas se conservan aquí año tras año, aunque con el idioma ruso sería más que suficiente. Los rusos somos gente modesta, resistente y paciente, y con gusto le dejamos espacio a otros, pero esto no puede continuar eternamente.

Sacó de la bolsa hilo y aguja y empezó a remendar la desgarrada cinta del bolso. Mientras cosía, miraba de reojo el altavoz por el que

sonaba la Séptima de Beethoven.

—Si al menos cantara alguien, pero ese endemoniado estruendo hace que a uno le crezcan pelos en las orejas.

En la lejanía desaparecieron la gran ciudad de
Ulán-Udé
y la mayor cabeza de Lenin del mundo, situada en la plaza central. El tren traqueteaba a través de las llanuras salvajes de la eterna taiga enterrada en la nieve y de montañas coronadas de blanco. A ambos lados del llano paisaje se extendían negras cadenas montañosas. La chica pensó en Mitka y en la malla de alambre colocada en las ventanas del pasillo del psiquiátrico. Según el diagnóstico realizado por el médico del ejército, Mitka padecía psicosis y habían empezado a administrarle antisicóticos. Cuando a una persona sana le obligan a tomar esa clase de medicamentos, no le aguarda nada bueno. Mitka había enfermado de gravedad en el hospital, no era capaz de comer y su estado mental era lastimoso.

En el vaso de té tintineó la cucharilla. Por momentos, el hombre interrumpía su labor de costura y se aferraba a la botella de vodka, la limpiaba, examinaba la etiqueta, se aseguraba de que el corcho estuviera bien cerrado. Pero no la abría, únicamente la observaba, la admiraba.

—Cuando tengo que elegir entre dos cosas malas, siempre me quedo con las dos.

Un poco más tarde, extendió sobre la mesa tallos de apio, cebollino de ajo y abrió un tarro que contenía borsch frío. Le alcanzó a la chica una cuchara enorme. Él comía ruidosamente, resoplaba y meneaba las orejas. A intervalos regulares añadía unas gotas de agua caliente al caldo y *smetana*. La sopa sabía rica y el perfume del apio inundó el compartimento. El hombre le entregó a la chica una botella de Pepsi.

—Durante este viaje, mi niña, tienes que llevarte a la boca, por lo menos una vez, un sabor del hogar. Esta es la bebida de Brézhnev y por eso yo no la bebo.

El tren arribó a Jabárovsk en mitad de la noche. Una gruesa capa de nieve tapaba el rótulo de la estación, igual que los techos de los vagones que dormitaban en las vías. La chica se apresuró a salir del vagón. La abrasante helada nocturna la asió por el rostro. El aire era tan frágil que resultaba difícil respirar. Alguna farola

goteaba una escasa luz amarillenta, intentaba en vano iluminar la estación. La ciudad rebosaba tanto de la densa noche que la chica estuvo a punto de darse la vuelta.

Se obligó a sí misma a seguir y entró con pasos chirriantes en la terminal de la estación. No había ni una sola persona, las taquillas no estaban abiertas y en la oscuridad refunfuñaban los kioscos de mercerías cerrados.

Atravesó el vestíbulo, pasó junto a un kiosco donde se vendían lápices de goma y libretas. Acudió a su encuentro un gato gordo, que la miró curioso, meneó la cola, dio un salto sobre un charco de aguanieve y barro nacido de los zapatos de los transeúntes y desapareció tras el puesto de prensa. Por el día, delante de la puerta principal de la estación se había formado un gran charco que luego había enfriado la noche, y ahora en su superficie resplandecía una fina capa de hielo.

Al borde de la plaza de la estación había dos Volga que sonreían femeninos con su frente de alce, un Moskvitch, un pequeño Yalta rojo y un Pobeda de color verde veneno. Los motores aguardaban en marcha mientras los conductores charlaban en círculo. Una tupida nube de gases de escape envolvía la plaza. La chica se aproximó a los hombres con cautela y preguntó si alguien la podía acercar al Hotel Progreso. Ellos prorrumpieron en una sonora carcajada. Uno de bigote negro, en cuya boca destellaba un diente de oro, le agarró la mochila y con una señal le indicó que subiera al Moskvitch.

El conductor encendió la radio y, durante un instante, Galina Vishnévskaia llenó el automóvil con el aria de la escena de la carta de Tatiana. La caja de cambios se lamentaba y el motor rugía tapando el aria. La mezcla de aguanieve y barro congelado por la helada nocturna brillaba bajo la luz de la media luna. El conductor se giró hacia la chica.

—Jabárovsk es la ciudad fronteriza más bonita del mundo. Aquí se encuentra el mayor milagro del siglo XX: el puente sobre el río Amur. Al otro lado está China, una provincia nuestra. Si usted quiere, mañana se lo muestro. A las doce del mediodía estoy delante del hotel. ¿De acuerdo?

La luz verde del taxi se vislumbró un instante, luego el vehículo desapareció en la opaca niebla helada. La chica respiró la noche de

la gran urbe, olía familiar, a hierro carbonizado y a acero recién salido del horno. Sobre la ciudad, por el lado sur, el cielo estaba oscuro como la boca del lobo, pero por el este parpadeaban las sucias luces amarillentas del lejano puerto, en el cielo rielaba una estrella roja.

La chica golpeó con fuerza y durante largo rato la puerta del hotel de dieciséis plantas antes de que una mujer somnolienta de cabello gris se presentara en pantuflas a abrirla. La iluminación del vestíbulo era tenue. En la pared, una al lado de la otra, colgaban sendas copias de *Naturaleza muerta con frutas*, de Cezanne, y *Los Bogatýrs*, de Vasnetsov. La chica extendió su *voucher* y rellenó un rimero de formularios desgastados, luego subió hasta el piso decimotercero por la escalera, pues el ascensor no funcionaba.

La habitación era espaciosa y la cama ancha y limpia. El radiador bufaba como una plancha de vapor. Abrió el grifo de la bañera, que escupió furioso agua marrón. Esa metrópolis se sumía en un profundo sueño.

La aurora neblinosa de esa helada mañana ocultaba la mitad de la luna amarilla. En el cielo, por el este, relampagueó veloz un color púrpura. Envuelta en las susurrantes sábanas de tergal, la chica escrutaba una lámpara de lectura que olía a tabaco. Había visto una igual en algún sitio, pero no recordaba dónde. Apartó las cortinas manchadas por la vida y dejó que la mañana penetrara en el interior de la habitación.

En la otra orilla del Amur, en China, se mecía el sol. Arrojaba rayos de luz helados sobre los tejados planos de los bloques de pisos. Por el centro del río transcurría una ruta navegable, durante la noche, banquisas sueltas se habían comprimido formando una masa de hielos flotantes amontonados. Lejos, más abajo, renqueaba un tranvía de color rojo carmín y tintineo penetrante.

Un sol vivo se puso en movimiento. Se deslizó desde la gran superficie congelada del Amur hasta los tejados helados de una ciudad que se desperezaba. Una luz de color rojo amarillento, la corriente uniforme de pequeños copos de nieve y el alboroto de la población apresurándose al trabajo se introdujeron en la habitación por la ventana de ventilación abierta. Personas del tamaño de hormigas caminaban sin prisa por un bulevar sin árboles, por los

escondites entre la nieve, con sus bolsas de comida, sus cajas de pescado ahumado y sus tarros de pepinillos. Colgado de antiquísimos cables, un deshollinador limpiaba la chimenea de un edificio verde ayudándose de una baqueta. El fulgor de la escarcha centelleaba en los techos de los automóviles, los cláxones producían un ruido áspero, los motores chillaban, los tubos de escape arañaban el bitumen helado, los coches de los dirigentes lanzaban fuego, los tranvías hacían ruido, clon, clon, de una parada a otra.

La chica se duchó, se secó el pelo, se vistió perezosa, despacio, disfrutando, y bajó al restaurante del hotel, donde le sirvieron un té pálido y pescado grasiento, de calidad.

Fuera, el desvencijado Moskvich de aspecto casero tosía y la esperaba. Al verla, el conductor asintió satisfecho. En la puerta del hotel, la chica escuchó un instante las notas dolorosas de un carismático acordeón procedentes de alguna calle distante, una sencilla melodía sobre un amor nunca consumado, y luego se deslizó en el asiento trasero, el Moskvich se abalanzó ruidoso por la calle nevada. Al derretirse la límpida nieve con el sol del mediodía, la escoria manchada de hollín que arrojaban a bocanadas las fábricas cercanas había quedado al descubierto.

El conductor, un hombre curtido de edad avanzada, con la espalda encorvada por el trabajo duro, rostro consumido y ojos marchitos, observó a la pasajera por el espejo retrovisor. Sus pobladas cejas crecían pegadas, y las patillas, unidas a la barba; había dado forma a su escaso pelo impregnándolo con cerveza casera. Por la noche parecía muy distinto, ya no se le veía el diente de oro.

—¿Eres agrimensora?

La chica no respondió. El conductor la volvió a mirar de reojo por el espejo.

—Quiero decir, geóloga. Una geóloga extranjera de Moscú. La llevo a donde quiera, pero primero unas noticias de Moscú. ¿Qué tal está la Plaza Roja? ¿Está igual que antes? ¿Y el río Moscú? ¿Cuántos coches hay en Moscú?

Con un pequeño derrape, el Moskvich pasó a toda velocidad junto a una agotada fuente de cinco esquinas, que un grupo de turistas chinos estaba fotografiando. Calentada por el sol, la nieve deslustrada se desprendía de los tejados de los edificios de pisos y

hacía un ruido sordo al caer en grandes bloques sobre la acera. Había siberianos guapos, fuertes y hermosos que formaban colas encogidas delante de las tiendas. En los cruces ululaba el viento primaveral.

El conductor tomó una rotonda. A la derecha quedó una torre de sandías jaspeadas que desafiaban el resbaladizo estado de la calle propio de primavera; a la izquierda, una alta montaña de cajas de madera, arrojadas de cualquier manera, que se asemejaban a las escaleras de Maiakovski.

El conductor dejó a la chica a un lado del puente del Amur. A pesar del sol brillante, el puente lo iluminaban unos focos a la altura del agua, cuya luz irreal creaba la impresión de una perspectiva extraña. Daba la impresión de serpentear por encima del río Amur. La chica observó los camiones que lo atravesaban y las siluetas de los edificios portuarios. Se quedó de pie delante de las barreras del puente, lejos de las garitas de los vigilantes fronterizos.

Sobre el río azuleaba un cielo mortecino. El viento matinal de abril pasó silbando y le arrojó en la cara un puñado de nieve granulada. La chica se apoyó en el pasamanos y se asomó. Dentro del agua gris plomiza, el vigoroso hielo aguado se agitaba junto a la orilla y el canal navegable. Allí flotaba también un bidón de gasolina azul brillante. El canal navegable estaba atascado. Dos rompehielos japoneses resquebrajaban la banquisa. Chillones cargueros chinos, coreanos y rusos, largas barcazas, remolcadores, dragas y barcos de diferentes tamaños tropezaban con la masa de aguanieve. En la ribera del río se habían amontonado charcos marrones.

La chica caminó hasta la parada del autobús. La nieve olía a primavera. Una mujer emperifollada se cruzó con ella, su falda de flores ondeaba con la brisa, en los brazos sostenía una pequeña cigüeña con manchas en las plumas y un ala colgando.

La chica subió al autobús, se acomodó detrás del conductor, que tenía hipo, y se dirigió al puerto más grande de la ciudad, a Ojotsk.

Allí deambuló por la playa helada y en algunos puntos fangosa. Durante largo rato observó el casco de un viejo buque completamente oxidado, tumbado sobre su costado, escuchó el bramido melancólico del viento y el traqueteo de las máquinas del

puerto. Pronto llegó a un punto en el que el oleaje golpeaba indómito, arrancaba grandes placas de hielo y las arrojaba contra el acantilado abrupto. El nivel del agua subía y con ella las placas heladas. En un saliente del acantilado se agazapaban dos hombres, su pequeño Yalta estaba aparcado un poco más lejos. En el saliente ardía una hoguera donde los hombres asaban brochetas de pescado preparadas con carne de chachos y de acerinas espinosas.

Le hicieron señas para que se acercara. El sol de invierno les había tostado el rostro, la pechera de sus abrigos estaba cubierta de escamas. Uno olía a resina, el otro a vino fuerte y ambos a miseria.

—Pronto se levantará una tormenta magnética y se llevará el hielo al pasar. No es aconsejable caminar ahora por la playa.

Los desconocidos le ofrecieron un vodka hediondo y un pescado sabroso. El que olía a resina, que tenía unos dientes terriblemente feos, contó que, el verano anterior, una balsa venenosa procedente de una fábrica química china se había desplazado por el Amur, exterminando a casi todos los peces.

—Antes, en este río se pescaban lucios, siluros, carpines, carpas, chachos y acerinas. Y ahora, nada. Pero yo pesco. Pesco porque siempre he pescado. Qué puede hacer un hombre en contra de su naturaleza.

Sin observar las advertencias, la chica continuó su despreocupado paseo por la playa atestada de chatarra, caminó junto a una fragua herrumbrosa, viejas cerraduras, una enorme pieza de una boya, la dínamo de una bicicleta, el recuerdo de una manguera de incendios, una carretilla podrida, una barra de acero, un cilindro de cobre, un pequeño motor, tapones, corchos, botellas rotas de vodka, cubos de hierro sin fondo, una cazuela de aceite esmaltada, pesos de balanza, tuberías de agua, perdigones, el volante de un tractor, la base de una cama plegable y un letrero metálico completamente oxidado en el que se leía «Oficina central de la organización científico-técnica para la investigación de la vibración de las máquinas de la industria». El sol vivaz del inicio de la primavera derretía los hielos de la ribera del río. El viento susurraba y el río apestaba a contaminación. El hedor a madera podrida, a serrín macerado, a basura de los hogares, petróleo, nafta, a desperdicios de los cargueros ocultaba con su espuma el olor intangible de los hielos alejándose.

A la sombra había, no obstante, nieve primaveral en polvo, limpia, las aves de pantano se sentían en ella a gusto, con su pico escurridizo golpeaban la superficie helada del río formando hoyos. Alguien había escrito con pintura blanca en el acantilado de la orilla: «Abajo Yermak, abajo los Stalin-Hitler». En medio de las banquisas, un viento misterioso desgarraba el flanco de un pequeño carguero, por la raída chimenea del edificio de seis fachadas del puerto se elevaba una fina bocanada de humo azulada.

La chica se encaramó a un alto terraplén de la ribera. En ese momento una bandada de gansos salvajes volaba sobre su cabeza. Las masas turbias de agua que fluían desde el curso superior del río elevaban las placas de hielo cada vez más alto. El estruendo se hacía más fuerte. También los últimos campos de hielo se quebraban en enormes placas que se abalanzaban una sobre otra y chocaban con gran estrépito en el terraplén de la orilla. Ningún obstáculo contenía la fuerza de los hielos que a su paso destrozaban las construcciones y los muelles de la orilla. La chica trepó por el acantilado. En una piedra alguien había grabado un corazón y en su interior ponía: «Valentina + Volodia 14.08.1937».

Continuó ascendiendo, a poca distancia divisó una zona verde a la que conducía un sendero pisoteado. Se sentó un instante en un banco a descansar. Las nubes observaban serenas desde el cielo azul claro, olían a primavera. La chica escuchaba el lejano mar de Ojotsk y contemplaba los nuevos bloques modernos a medio terminar, que parecían introducirse despacio en el interior de la tierra. Detrás de un pino cembro nevado apareció una banda militar. Envueltos en sus abrigos negros y negros gorros de piel con escarapelas, los músicos avanzaban con pasitos cortos hacia la pequeña fuente surtidor del parque. Delante de la fuente nevada se levantaba una columna en cuyo extremo superior habían amarrado una lámpara de globo de hojalata, esta golpeteaba penetrante, mecida por el tenue viento procedente del río. Los músicos afinaron los helados instrumentos, la batuta del director de orquesta osciló y una ligera marcha militar resonó en el aire.

Al llegar la noche comenzaron a caer copos de nieve como agujas de hielo. La chica aún vagó un rato más por la ciudad. La deslumbrante luz roja del sol agonizante pendía sobre las calles colmadas de baches. Conforme la chica se alejaba del centro, las

calles se tornaron angostas y achacosas, y transcurrían caprichosas, pero luego se volvieron rectas y claras. Sentía nostalgia de Moscú y de la zona de Arbat, donde las calles estrechas zigzagueaban divertidas. Un viento racheado del este comenzó a arrojar ventisca. Desgarró las nubes y aclaró el cielo, la chica dirigió sus pasos de vuelta al centro.

Caminó directamente al restaurante del hotel. En la puerta había tres letreros: «cerrado», «cerrado durante la hora del almuerzo» y «cerrado por inventario». El restaurante estaba repleto, pero la chica entró. Además de los comensales locales había algún que otro viajante chino, un par de coreanos y unos cuantos huéspedes japoneses. Una camarera con cuerpo de pera la guio hasta una mesa junto a la ventana, ya ocupada por una mujer delgada, de rostro vivaracho y gorro de pieles hirsuto. De vez en cuando ambas mujeres arrojaban una mirada al salón, otras veces se miraban la una a la otra. La desconocida sacó de su bolso yugoeslavo una bonita pitillera y se fumó un cigarro con boquilla amarilla de ámbar. Sus muñecas eran menudas y bonitas.

La chica pidió gachas de mijo, chucrut y chuletas, guisantes macerados en vodka, cebolletas y huevos revueltos con rodajas de tomate.

—¿Funciona bien su baño?, —preguntó la mujer—. Yo no puedo dormir con la caldera de gas restallando y chirriando toda la noche. No estoy acostumbrada a tales ruidos. He pasado quince meses en la taiga y la vida en la ciudad me crispa los nervios.

La mujer bufó con aire despectivo, se enderezó el gorro erizado y extrajo un nuevo cigarrillo de su pequeño bolso.

—Hemos estado buscando petróleo durante meses, allá lejos, en el norte, pero esta vez no hemos encontrado nada.

Encendió el cigarrillo y observó largo rato su extremo incandescente.

—Si se encuentra petróleo, las excavadoras allanarán el pueblo y en su lugar se montarán bombas extractoras. Dispararán a los perros porque ya no se les necesitará más. A los lugareños los reubicarán en otra parte, en el pueblo vecino, que tal vez esté a trescientos kilómetros. Y, por supuesto, carreteras no hay.

Expulsó suavemente el humo sobre un clavel rosa que escuchaba atento, solitario dentro de un jarrón de cuello largo.

—Esta vez tuvimos que marcharnos con las manos vacías. Allí solo quedó un pueblo devastado por los todoterrenos, los tractores y el equipo de transporte con ruedas de oruga. Su suerte y nuestro fracaso. Ahora vuelo a Moscú para descansar. Tengo tres meses de vacaciones. Voy a pasear por la avenida Mira con mis ociosos amigos y nos sentaremos en los restaurantes a decir tonterías refinadas. Después de tres meses de vacaciones siempre regreso encantada. Me gusta estar aquí. ¿A usted no?

La mujer observó a la chica con la cabeza ligeramente ladeada.

—No estoy casada porque me gusta estar con gente. Pienso igual que Chéjov. Si amas la soledad, cásate.

Detrás del mostrador había al menos diez camareros. En un extremo de la barra estaba sentada la encargada de la caja, una señora abotargada a la que unos jóvenes que esperaban la descarga de su camión hacían reír con sus historias. El portero de espalda envarada charlaba con una vigilante anciana, sedente e inmóvil al otro lado de su mesa, envuelta en un grueso chal de lana de angora, que afilaba mientras unos lápices. Sobre su mesa había un teléfono de plástico y un calendario marrón. En la esquina del pasillo, unas limpiadoras de más que avanzada edad descansaban sentadas con un cubo de agua entre los pies y enormes trapos negros en la mano. Los recogeplatos se habían apoderado de una mesa del restaurante, el encargado del guardarropas dormitaba en una crujiente silla entre pesados abrigos de invierno.

En la tribuna del salón del restaurante apareció una orquesta ataviada con un homogéneo traje negro. El bajista era de origen chino, el batería parecía coreano. Las notas de «Luces de Moscú» flotaban sobre la pista de baile suavizada por el humo del tabaco.

Un japonés joven, elegante, sacó a bailar a la mujer. Las parejas de baile se movían lentamente sobre el suelo de parqué iluminado por una lámpara de araña de imitación realizada en plástico que se extendía en todas direcciones. Bajo ella se achuchaban las alegrías y tristezas de una ciudad adormecida por la humedad de la oscura noche.

Fuera, el viento helado arremolinaba los copos de nieve; Lenin, agitando despreocupado el brazo, observaba por la ventana el interior del restaurante. La mujer se despidió de la chica y se marchó con el japonés a las entrañas del hotel.

La chica también abandonó el restaurante. El cielo sin nubes, sin estrellas, decolorado, le hacía compañía en esa ciudad que se apagaba, adormilándose. Echó un vistazo a una cervecería de una calle apartada. El olor amargo a tabaco le golpeó en la cara. Dudó un instante, pero, llevada por la curiosidad, entró. En el suelo fangoso de la taberna estaban tumbados un par de mujiks borrachos. La chica pidió una jarra de cerveza, recibió un brebaje violeta de mal sabor. Posó la jarra sobre la mesa y se marchó.

La noche desértica, espesa, crecía a su alrededor. Solo el viento habitaba aquella ciudad que se sumía en la oscuridad, el viento de la noche y el susurro de la nieve. La chica pasó junto a la estatua de Jabárovsk, que sostenía un triste pimpollo, caminó por los bulevares arbolados y observó los magníficos ornamentos decorativos de las casas de piedra. De entre dos calles, optaba siempre por la más angosta. Las casas eran oscuras, sus escasas ventanas emitían una tenue luz amarillenta.

Irina la besó por primera vez en el mausoleo de Lenin. Ocurrió tan rápido y tan tiernamente, que los jóvenes soldados que vigilaban no se habían percatado de nada. O si lo habían hecho, no habían dado crédito a sus ojos. Cuando regresaron a casa, Mitka las saludó con una sonrisa torcida en los labios. El segundo beso se hizo esperar mucho, pero cuando se produjo, no hubo vuelta atrás. Sucedió con Mitka atado en el manicomio. Y luego llegó el día en que él salió en libertad. Un día de enorme alegría, aunque Irina y ella sabían que lo peor estaba por llegar.

Después de caminar lo suficiente hacia el sur y hacia el norte, la chica decidió regresar al hotel en tranvía.

En el centro de la ciudad había unos grandes almacenes en cuyo lateral se acumulaba la nieve sucia y amarillenta y, frente a la puerta, había un charco de lodo del tamaño de un estanque que los transeúntes rodeaban con cuidado. En medio del charco se alzaba una imponente gaviota. La chica subió a la planta superior de los almacenes por las escurridizas escaleras mecánicas, compró una botellita de perfume Moscú Rojo y dos tabletas de chocolate. Una de ellas exhibía un retrato de Pushkin y en la otra sonreía una niñita con un pañuelo en la cabeza. Cuando finalmente puso rumbo a paso ligero hacia la estación de ferrocarril, la salvaje estrella roja cayó tras un rosal cubierto de escarcha nocturna, las farolas se

apagaron silenciosas y a su alrededor creció la oscuridad asiática. Escuchó el silbido lejano de un tren y en la negrura divisó los brillantes raíles. Un tren regional se deslizó a su lado y la corriente de obreros que manaba de sus entrañas pasó a ambos lados, rozándola.

Aterida, se apresuró a entrar en la estación por la puerta principal, que estaba entreabierta. El suelo grasiento brillaba y las gotas de luz de las lámparas de araña titilaban en los charcos formados sobre el solado. Allí, en el vestíbulo de techo abovedado, se encontró al hombre, olía a chucrut, a vodka, a sopa de cebolla y a farmacia. Aquella presencia apaciguó su ánimo asustado.

—Ya te habrás dado cuenta de que todas las ciudades y todos los pueblos son iguales. Vista una, vistas todas. Pero ahora vamos a hincarle el diente a unos *vermicelli* y a un caldo de pollo. Pronto saldremos hacia el país de los mongoles.

EL ALTO Y CORPULENTO REVISOR JEFE se llevó el silbato a los labios y sopló un prolongado silbido. La locomotora aulló tres veces y el tren se puso atronador en movimiento. Las ruedas de la locomotora golpeaban los raíles lanzando chispas, en los altavoces de plástico color beis resonaba la jocosa y recia «Danza del sable» de Jachaturián.

Con el cigarrillo aún apagado en la comisura de los labios, el hombre dirigió una mirada airada al altavoz y a su control de volumen.

—Esta bandada de gansos ha nacido del culo —espetó, agarró su almohada y la apretó con fuerza contra el altavoz—. No quisiera matar melodías delicadas, pero es que es necesario.

Atrás queda Jabárovsk, el humo de fábricas sin ventanas y las nubes de contaminación derretidas por la primavera. Atrás queda Jabárovsk, el París de Siberia, las decoraciones ornamentales de casas de piedra recubiertas por la pátina del tiempo. Atrás queda una tierra asesinada por la industria pesada y las refinerías de petróleo, ciudad pesada rodeada de abandonadas y putrefactas placas de hormigón armado, en sus retiradas callejuelas las mujeres caminan con botas de piel de tacones altos, atrás queda el complejo municipal edificado con acero chino en estado de descomposición y la hedienta conservera de pescado. Atrás queda Jabárovsk, bonita ciudad mal iluminada, tierra cansada. Eso todavía era Jabárovsk, cinturón industrial abandonado, pinar repoblado, barrio en obras nacido muerto, bosque enfermo y contaminado, densa foresta de alerces, una mujer que porta una bolsa de comida, imágenes toscamente retocadas de secretarios generales en los postes del teléfono. El tren acelera. Quinto grupo de construcciones prefabricadas al que llaman barrio, casas unifamiliares caídas en la lucha por la supervivencia, tierra despejada, bosque chino, barbecho, edificio solitario de diecinueve plantas en mitad de los campos. En la lejanía, los restos de la última fábrica pasan a toda

velocidad, luego viene un bosque inhabitado, tierra pantanosa, abetal, las montañas de Japón más allá del horizonte, sake y haikus. Esto ya no es Jabárovsk. El tren pasa. Una casa desplomada por la nieve, un pueblo de veinte casas de madera entre ancianos arbustos, el titilar de luces doradas de las minas. El tren se sumerge en la naturaleza, late pesadamente a través de una tierra nevada, desértica. Todo se mueve: la nieve, el agua, el aire, los árboles, las nubes, el viento, las ciudades, los pueblos, personas y pensamientos.

La música se fue apagando gradualmente hasta desaparecer por completo. El hombre salió a fumar un cigarrillo al frío distribuidor del vagón. Daba caladas pesadas, hasta llegar a las uñas. Una espesa ventisca se agitaba violentamente sobre un claro sin árboles. En medio de la planicie nevada sobresalía una aldea sin luces y olvidada, únicamente una solitaria corneja luchaba contra la nevisca, posada en lo alto de una chimenea fría. El hombre extendió el tablero de damas. Jugaron silenciosos. Él ganó.

A la tercera partida, el hombre exclamó con desdén:

—No hay un juego más tonto que este, y sin embargo…

Aún jugaron seis largas partidas más, hasta que ambos se sintieron completamente exhaustos. El hombre se quedó dormido, la chica anhelaba Moscú. Pensó en su anterior viaje, Mitka y ella habían viajado a Kiev en un compartimento con otros dos jóvenes. Uno de ellos se había pasado todo el trayecto enfurruñado con sus cosas. El otro era estudiante de Dibujo Industrial en el Instituto de Planificación, un apasionado de toda clase de números, tablas, columnas, bocetos, puntualizaciones y, sobre todo, de cupones: se dedicó todo el viaje a hojearlos.

Cuando con diecisiete años Irina estaba embarazada de Mitka, Zajar la envió al Cáucaso, a la casa de su tía en las montañas de Lérmontov. Allí se había enamorado de una estudiante similar a ella, Galina, y se la trajo cuando regresó a Moscú. Durante siete años, Galina, Irina, Mitka y Zajar compartieron junto a algún otro pariente una misma casa. Luego Galina se mudó. Después, según le había referido Mitka, Irina había salido por lo menos con Tonia, Katia, Klasa y Julia. Cuando Mitka y la chica se conocieron, Julia compartía las noches con Irina en el dormitorio, pero vivía en otro lugar. Todo sucedía en secreto. Con Julia, la chica no habló mucho, aunque se la encontraba a veces en la puerta de la habitación de

Irina o en el pasillo. Mitka odiaba a las amigas de su madre, no porque fueran mujeres, sino porque deseaba tenerla solo para él; eso es lo que siempre decía.

En el cielo turquesa centelleaban solo dos estrellas, también ellas muy lejos una de la otra. Sobre la superficie de la tierra se encogían pesadas nubes bajas. Un impotente y frío sentimiento de desesperación se coló en el pecho de la chica, que pensaba en que se olvidaban las alegrías pero jamás las tristezas y las necedades.

Un pequeño pájaro amarillo posado en un arbusto levantó el vuelo y planeó hasta la ventanilla. Se asomó receloso al interior y echó a volar. Un viejo electricista había trepado hasta lo alto de un poste del teléfono inclinado, en una mano sostenía una maraña de cables, en la otra un auricular negro. Tras él, en el nevazo se levantó un remolino de niebla de color amarillo neón que se extendió y se arrastró como una serpiente, silbante, hacia lo alto, elevándose resplandeciente hacia la bóveda celeste. Le siguió otro, un tercero, un cuarto remolino de niebla ardiente. Las auroras boreales brillaban en el translúcido cielo azul, tiñeron de azul la luz y de negro la cola de un porrón bastardo. La taiga absorbía en su interior el océano de auroras boreales, el cielo estaba vacío y limpio. La taiga se convirtió en un mar boscoso, el mar boscoso en un mar de campos, y el mar de campos en un mar de bosques de turberas. El hombre dormía con una divertida expresión alegre en el rostro. La chica lo observó largo rato, se adormeció, se desveló un instante y se volvió a sumir en un sueño profundo semejante a la muerte.

El hombre terminó su gimnasia matutina y se llenó un vaso de vodka hasta los topes. A la chica le ofreció un vaso con restos de té.

—Deseemos vida y tristezas, risas sinceras, lágrimas sin motivo, diversión desenfrenada, resaca fácil, salud eterna y una muerte demasiado temprana. Levantemos nuestros vasos por la belleza femenina de nuestro compartimento y por los vigilantes de la injusticia, escoria que no sirve para otro trabajo; un brindis por el engaño, que nos engañen en una mejor dirección. ¡Viva la milicia!

Con un movimiento de mano, el hombre descargó todo el contenido en el gaznate, le dio un bocado a una cebolla cruda y rellenó el vaso.

—Basta ya de discursos antes del brindis y de jueguecitos,

¡ahora a emborracharse! Un vagón de vodka, gracias.

El vaso quedó vacío y se llenó al mismo tiempo.

—Katiusha, mi pequeña tontita, no podía soportarme y por eso me enamoré de ella. Pero una cosa sí que digo, que en el mundo no hay nada más enrevesado que la mente femenina.

Sobre la estepa sin árboles retozaba una espesa nevisca. La cohibida luz matutina intentaba sin éxito abrirse camino entre dos nubes grises.

—Corazón y razón. Ahí está todo… Ahora voy a tomarme un trago o dos y luego charlamos.

El hombre cogió la navaja y se rascó con ella el codo. Le brillaban los ojos como si hubiera estado llorando.

—Una vez, por el Volga o por el Yeniséi, por esa zona, vivía un chaval con su madre y su padre. El niño oyó que el padre le decía a la madre, elige, el niño o yo, a lo que la madre contestó, no te preocupes, que ese pronto se muere y podremos estar solos. A la mañana siguiente, el crío se despidió de su perro, al que le faltaba una pierna, y jamás regresó. Fue con sus iguales y comenzó a vivir en las calles, se vendía para conseguir pan. A los hombres les susurraba al oído: soy un niño pequeño de Odesa…

Al cabo de una hora, el hombre abrió otra botella. Luego una tercera, la última, y colmó el vaso, pero no lo apuró hasta el final, solo bebió una parte. La botella vacía la posó en el suelo.

—No te estoy halagando en vano. Por eso le digo directamente, querida compañera de viaje, que se me entregue por lo menos en una ocasión. Que no por ello se va a gastar.

En su rostro apareció una tímida sonrisa. La chica se sentó en el borde de la cama. Un océano de bosque nevado se desparramaba sin límites colmando todo el paisaje. Las olas boscosas se alejaban hacia el horizonte, bajaban por los valles, rodeaban las llanas vertientes de las colinas. Entre las laderas serpenteaba un pequeño río, en sus profundidades no heladas fluía agua espesa, roja. El hombre le lanzó una mirada altanera e inteligente.

—Déjame por lo menos un poquito…

La chica lo miró directamente a los ojos. Él bajó los suyos y los posó en las manos y se ensimismó en sus pensamientos, los impetuosos suspiros de la locomotora llegaban hasta el compartimento.

—Allí me follaba a Vimma y todo iba sobre ruedas. Aquello era vida. Pero entonces ocurrió que me ofrecieron dinero. Los alimentos, uno puede rechazarlos fácilmente, el dinero no. Entre Vimma y yo hubo diferencias de opinión y le clavé seis veces esta navaja siberiana. Intenté alcanzarle el corazón, pero parece que Dios la protegía; ella salió por la puerta de casa y entró en la del vecino. Y allí desapareció, como el gorro en la manga. Años más tarde le escuché decir a un tahúr que la habían visto con traje de novia en un asentamiento en Karabash. Había celebrado una boda lesbiana y cantado «nunca quiero ser civil». Mi niña, no te creas todo lo que te cuento.

De repente, el hombre enmudeció y guardó silencio largo rato, chasqueaba los labios secos y se sorbía la nariz.

—Las putas rusas no se enteran de nada. Con ellas uno solo consigue sífilis. A mi polla le atrae la belleza venida a menos de las putas viejas.

Se agarró la entrepierna del pantalón. En su rostro se desahogaba un deseo franco.

—Aunque sea una vez. Hace la vida más hermosa y más clara. Siempre la hace más clara.

El arrebol vespertino se quemó. Había aparecido la noche.

—¿Lo hacemos a la manera de las putas soviéticas y fiamos, o a vuestra manera, pagando con billetes planchados? ¿Es que el dinero no vale? Entonces no. Cuando las ganas se van, los rublos no ayudan. Al fin y al cabo, tú vienes de un país rico y te limpias el coño con mis rublos.

El hombre miró fijamente a la chica con la cabeza ligeramente ladeada, como un niño humillado.

—Ciento veinticinco, su merced. ¿Es suficiente? Me gustaría ver en qué se diferencia un coño finlandés de uno ruso. ¿O es que con la señorita debería usar la palabra *chochito*?

El hombre guardó silencio un segundo, luego frunció los ojos y jadeó.

—No me importa, como si te has follado a cien muchachitos finlandeses calientes y les has chupado la polla a dos carrillos. Nunca le he hecho ascos a la propiedad de otro.

El hombre se arrodilló en el suelo y comenzó a besarle las rodillas a la chica, que lo apartó. Él agarró la navaja de la mesa.

—Toda hembra se deja cuando le hacen cosquillas en el cuello con un cuchillo. Por desgracia, yo no soy un tipo de esos.

Deslizó la navaja debajo del colchón, luego se incorporó y se dejó caer pesadamente sobre la chica. Olía a vaho de los pantanos y a arenque y su corazón latía acelerado. Rompió a reír a carcajadas. Tosió su risa borracha sobre el rostro de la chica y a esta le ardían las mejillas.

—Mi querida puta, podría meterte la polla y atravesarte con ella como si fueras carne en gelatina. Pero no. Mira, aún no se ha inventado algo que un ruso no soporte. Lo aguantamos todo. También el no poder conseguir siempre un coño.

Las palabras sudorosas del hombre hedían a alcohol, se derramaban como en una pared húmeda, cuando se incorporó y se acomodó en el borde de la cama de la chica.

—Ahora necesito un vaso de vodka para despejar el alma.

Llenó el vaso derramando algunas gotas, se volcó de golpe el contenido en el gaznate y parecía que iba a caer de nuevo sobre la cama, pero se levantó con piernas temblorosas, se mantuvo de pie. La chica se acurrucó junto a la puerta dispuesta a precipitarse al corredor, el hombre volvió a desplomarse sobre la cama de su compañera. Gimió al sentarse, se rascó el vello del pecho, apuró el vaso de vodka de dos tragos y arrojó una mirada cansada sobre la chica.

—Mañana, putita mía, empezaré una nueva vida. Cuanto más denso el bosque, más gruesos los partisanos.

Dejó escapar un chillido exangüe, volvió a derrumbarse sobre el colchón de la chica, enterró el rostro en la almohada, se sentó de un salto en el borde de la cama, se incorporó con esfuerzo y se balanceó temible en medio del compartimento. Su mirada era gris y velada, los labios estaban húmedos de gritar.

—Envidio a las moscas, su vida es tan fácil.

Golpeó con el puño la puerta del compartimento. Balanceaba todo el cuerpo. Lloraba y entre lágrimas rompía a reír con descaro.

—Pégame. ¡Pégame! Hasta que me vaya por la pata abajo. ¡Rómpeme los morros!

Gritaba y el sudor le corría por la frente. La chica seguía sentada inmóvil en su sitio. El hombre se dejó caer de hinojos al suelo, trató de rozarle la rodilla y con voz suave le susurró:

—¡Pégame al menos! ¡Hazle pedazos el cráneo a este cabrón, mi querida puta! Mi pequeña sádica. Dame patadas. Patéame los huevos para que sienta la vida. Enséñame a vivir y concédeme la paz. Incluso la más podrida de las putas rusas es mejor que tú. Quiero dormir y no despertar. El enchufe fuera, el cable roto… Rompe el cable.

Se balanceó hasta la puerta y gritó asomándose al pasillo:

—¡Té y una toalla! Arisa, ¡té y una toalla!

Al poco rato, se presentó Sonechka con una bandeja con diez vasos de té humeante y una toalla de manos limpia. El hombre los vació ávido, uno tras otro. Su rostro destellaba enrojecido y las perlas de sudor le resbalaban por el cuello. Se secó el sudor, respiraba entre estertores, y se sumergió en un profundo sueño. En el compartimento vecino se distinguían voces tenues.

Los vasos de té caliente habían empañado la ventanilla. Al otro lado, las sombras nevadas de abetos esbeltos vigilaban la taiga muerta. Delante de un pequeño arbusto al fondo de un claro se erigía una estación abandonada. El tren pasó junto a ella y levantó una presión tan fuerte que los marcos de las ventanas rotas se abatieron sobre la tierra cubierta de hielo. Pronto desaparecieron también los abetos y alrededor del tren se abrió un paisaje raso, casi desértico.

La chica buscó su libreta de dibujo en la bolsa y allí encontró el regalo que le había entregado la recepcionista de Irkutsk. Lo dio vueltas en las manos. Era un termómetro con la forma de la torre del Kremlin. Lo colocó en la mesa junto al jarrón.

LAS LUCES DE LA ESTACIÓN tiñeron de verde la nieve y la página de un periódico agitado por el viento. La chica escuchó el grito de Arisa:

—¡Cuando nos den permiso nos vamos! ¡Hasta entonces que todo el mundo se quede en su compartimento!

El tren se detuvo largo rato en la estación fronteriza de Naushki. La milicia recogió los documentos de todos los pasajeros y se llevaron al hombre exánime. Las autoridades fronterizas comenzaron su ritual de registro. El procedimiento duró seis horas y diez minutos. Los aduaneros se llevaron la libreta de dibujo.

Justo antes de que el tren reanudara la marcha, los vigilantes fronterizos arrastraron al hombre de vuelta a su compartimento; él roncaba alegre, rechinaba los dientes y por la comisura de los labios le resbalaba baba en el almohadón oscurecido por su pelo grasiento.

El tren baló, chilló y se puso en marcha brincando alegre. Por los altavoces, la Sexta Sinfonía de Chaikovski irrumpió sobre los viajeros como un tanque de combate.

La chica se levantó, recogió los vasos de té sucios de la mesa, salió al pasillo y se dirigió al compartimento de Arisa y Sonechka. Arisa le pidió que se acomodara un instante y disfrutara en su compañía de una taza de té con limón.

Ella asintió agradecida. Se sentó sobre la dura cama y observó un ramillete de crisantemos amarillo mostaza que sobresalía en un jarrón bajo. Con un cuchillo desafilado, la ordenanza cortó el limón y con voz tirante empezó a contar:

—En enero del 34 murió una funcionaria del ferrocarril que vivía en un cuartucho de nuestra *kommunalka*. Antes de que el cadáver tuviera tiempo siquiera de enfriarse, ya estaba el horno caliente. Mi madre comenzó una lucha encarnizada para ver quién se quedaba con el cuchitril, lucha de la que nadie escapó con el pelo intacto. Un inocente día, la pelea se solucionó: se mudó una desconocida. Mi madre la llamaba judas, aunque la vecina Njuta contaba que esa gente había sido importante, la secretaria de algún

dirigente trotskista. La mujer me gustaba. Le pregunté a mi madre si me permitía ir a su casa mientras ella trabajaba. Se negó rotundamente y, para imprimirle fuerza a sus palabras, me atizó un buen bofetón. La desconocida se llamaba Tamara Nikoláievna Berg. Mi padre la llamaba Mara, y con su permiso podía ir a visitarla cuando madre no estaba en casa. Así pasamos un par de años y siempre que mi madre insultaba a Tamara llamándola inútil o judas, papá la hacía callar. Un día la mujer dejó de existir. La puerta de su covacha apareció cerrada con clavos. Solo después de la muerte de mi madre, mi padre me contó que ella había denunciado a la mujer sin motivo y que por eso la habían detenido.

Arisa tragó saliva, guardó un momento silencio y escupió furiosa en una esquina.

—Nadie ama la verdad.

La chica se levantó sin mirar atrás. Sintió una opresión en el pecho, pero desapareció cuando vio al hombre. Se acostó en la cama y dejó que los ojos se cerraran.

Pensó en Zajar, el padre de Irina, al que Mitka llamaba el hombre del terror y del amor, un hombre delgado de algo más de ochenta años. Cuando se lo presentaron, él había preguntado que si a su avanzada edad lo iban a recluir en un campo acusado de cosmopolitismo. Irina explicó que para él, el año 37 se había producido ya en el 34. Entonces desapareció su hermano mayor, antiguo funcionario del Komintern.

El tren se detuvo con un extraño rugido en mitad de una planicie de asfalto resquebrajada. Habían llegado a Sujbaatar, la estación fronteriza en el lado de Mongolia. La chica salió al pasillo y se apoyó en el pasamanos. La puerta del vagón se abrió y detrás de una airada ráfaga de viento entró el grupo de militares de frontera, ataviados con un uniforme azul y lindas gorras, rodeados de un fuerte olor a balasto. Les siguieron los serios vigilantes fronterizos, y la puerta se cerró. Sacaron a rastras del compartimento al hombre, que entreabrió un ojo, con las mismas lo cerró, la espalda de la camisa estaba mojada.

Una vez que el ritual de registro hubo concluido, un vigilante fronterizo le entregó con una sonrisa divertida a la chica la libreta de dibujo que previamente le había sido confiscada en el lado soviético. Las sombras de los vagones reptaban por el andén, sobre

su superficie helada y la gravilla esparcida que centelleaba naranja, por la ventana pasó un yak solitario, y atrás quedan la Unión Soviética, las máquinas expendedoras de agua mineral (sin sirope, 1 kopek; con sirope, 3 kopeks), los minibús-taxis, las muchachas con trenzas y el traje blanco y negro del uniforme de colegio, la tierra desconocida, sus remansos y abismos, las ciudades construidas en una noche, los centros de zona, pueblos, terrenos pantanosos, pantanos lluviosos, zonas boscosas de turberas, bosques, tierras baldías, líneas de tala, fotografías de los miembros del politburó a la orilla de la plaza central retocadas burdamente, gente curiosa delante de las tiendas especiales, saunas públicas, almacenes centrales, barrenderos, creadores de nieve, porteros de hoteles que aceptan sobornos, el vodka sabroso, el champaña seco georgiano y la sensación de seguridad de madrugada en una calle soviética. Atrás quedan las cafeterías repletas, las consignas pintadas en blanco sobre fondo negro, las colas delante de las taquillas de los teatros, las heladerías y el cóctel con zumo, la música popular, las discotecas de los bares en divisas y los jóvenes armando jaleo a primera hora de la noche en un barrio prefabricado, obscenamente enfurruñado en medio de un paisaje devastado. Atrás queda la Unión Soviética, estatuas y retratos de Lenin, acuarelas en las que se han retratado playas desérticas de mares tormentosos con crestas de espuma, instaladores, trabajadores del petróleo, miserables trabajadores del koljós y mineros, kioscos con información de teléfonos y direcciones, monumentos a la revolución, pistas de baile en los parques, viejas parejas meciéndose al ritmo de un vals triste con gorros de piel en la cabeza, escobas de escaleras, escobas de pasillo, escobas para cuarto, escobas para cámaras, escobas para sótanos, escobas para adoquinado, escobas para la cuadra, escobas para el granero, escobas para el baño, escobas para la entrada, escobas para el patio de atrás, escobas para el huerto, escobas para el pozo, abuelas envueltas en gruesas chaquetas de punto negras, calzadas con pantuflas llenas de bolas y polainas polvorientas que balancean impasibles su escoba marchita. Atrás queda la agresividad cotidiana en los trolebuses, en las tiendas de alimentación, en las oscuras esquinas de las *kommunalkas*, en los sótanos de los koljós, la generosidad, la espiritualidad utópica, la carencia de sentido práctico, la falta de deseo de independencia, el

espíritu de abnegación, la resignación, el lamento eterno, la holgazanería legalizada, los ciudadanos pasivos cuya inventiva no conoce fronteras. Atrás queda un país en el que la desdicha se interpreta como dicha. Atrás quedan los relojes de pared en los vestíbulos de edificios oficiales que siempre señalan la hora de Moscú, los gabinetes de expertos, los comités de partido de las fábricas, los antros de juego secretos, los conciertos caseros prohibidos, las exposiciones de arte en viviendas atelier, los comités locales, las garitas, los kioscos de blinis, los kioscos de galletas, los techos parcheados, las casas desplomadas por la nieve, los millones de campesinos, ciudadanos, obreros muertos de hambre, los millones de ciudadanos fieles al Estado, consumidos y muertos de frío en cárceles, en campos de trabajos forzados y en obras, las denuncias, la tiranía del partido, las elecciones sin elección, el fraude electoral, el servilismo y la mentira desmesurada, los millones de caídos en guerras absurdas, hombres, mujeres, niños ejecutados al borde de una fosa común, millones de ciudadanos soviéticos a los que la maquinaria ha maltratado, torturado, denigrado, desatendido, pisoteado, puesto de rodillas, humillado, sojuzgado, aterrorizado, engañado, educado por la fuerza. Atrás queda la Unión Soviética, tierra cansada, sucia, y el tren se precipita en la naturaleza, late pesadamente a través de un paisaje arenoso, desértico. Todo se mueve: la nieve, el agua, el aire, los árboles, las nubes, el viento, las ciudades, los pueblos, personas y pensamientos.

La chica piensa cómo pudo amar esa tierra extraña, a su pueblo servil, anarquista, obediente, rebelde, indiferente a todo, ingenioso, sufridor, creyente en el destino, orgulloso, sabelotodo, lleno de odio, triste, alegre, desesperado, contento, sometido, afectuoso, resistente, satisfecho con poco. ¿Era posible que los amara a los dos? ¿A Mitka e Irina? A madre e hijo.

La noche vuela a través de la oscuridad convirtiéndose en crepúsculo. La mañana huye y se transforma en un nuevo oscuro día sin luz. La nieve trepa por el tronco de los árboles, el silencio de sus copas se apaga gradualmente, un halcón está sentado en el borde de una nube naranja y observa el tren reptando como un gusano.

En cuanto mitigó la confusión y los porteadores de bultos se hubieron colocado en su sitio, Arisa y Sonechka arrastraron al

hombre de vuelta al compartimento. Arisa maldijo entre dientes.

—Este cabrón pesa como una lápida.

El hombre respiraba entre estertores, gemía con expresión tormentosa. Enderezó la espalda unos segundos y observó fijamente a la chica sin desviar la mirada, de nuevo se hundió en sí. Su rostro estaba muy viejo y cansado. La observaba soñoliento y desdeñoso.

—¿Dónde está la botella de vodka? ¡Deme vodka!

Arisa lo miró divertida y le dijo en tono maternal:

—Cierra el pico y a dormir.

Él se sumió en un sueño inquieto. Tenía la camisa desabrochada, y su pecho sudoroso y velludo brillaba en la tenue luz de una madrugada primaveral.

EN EL COMPARTIMENTO flotaba la luz gris de una mañana melancólica e iluminaba el rostro lánguido del hombre. Un viento racheado azotaba el tren. Los vasos de té vacíos observaban fijamente al hombre dormido. La chica contemplaba por la ventana un paisaje totalmente nuevo. Detrás del pentagrama formado por los hilos telegráficos, divisó la primera colorida manada de caballos de cien reses, envueltos en la sombría luz del sol de la mañana, vio miles de ovejas de rabo graso con una mancha negra en la frente y pensó en Mitka y en aquel día de julio cuando llegó de vacaciones de Finlandia y él la estaba esperando en la estación. Recordó que primero habían ido a la residencia. Agarrados de la mano subieron escaleras arriba las nueve plantas, el pasillo estaba repleto de mullidas inflorescencias de dientes de león que llegaban hasta las rodillas, corretearon como niños de un extremo a otro y las pelusas de las flores volaban entrando y saliendo por la ventana abierta.

El tren aminoró la marcha al aproximarse a un pueblo de yurtas construido junto a las vías, y al poco se trasladó a la vía paralela para dejar el carril libre a una columna de mercancías. La chica observó las yurtas por la ventanilla gris. Eran cinco, formaban un patio en el centro. En el patio había un anticuado cochecito de madera, junto a él una mujer joven de pie ataviada con el vestido rojo tradicional mongol y un bebé en brazos. En la cabeza llevaba un pañuelo de flores amarillas. Saludó al tren agitando el brazo, detrás de ella un niño pequeño forcejeaba tratando de encaramarse a lomos de un potro de patas delgadas. El hombre se movió ligeramente. Daba vueltas inquieto, como sacudiéndose los malos recuerdos, se tumbó de espaldas a la chica. Un tatuaje le cubría la espalda: la Virgen María con el niño Jesús en brazos en el centro, bajo uno de los hombros, un templo de cúpula bulbosa y una estrella.

ANTES DE LAS OCHO DE LA MAÑANA, el tren escupió a los viajeros en la estación de ferrocarril de estilo soviético de Ulán Bator. Contra la ventana chocaba aguanieve arenosa, lodo y nieve. La chica trató de despertar al hombre. En el umbral de la puerta de su compartimento la aguardaba el guía mongol. Era un hombre pequeño, de constitución esbelta, guapo, de aspecto enfadado, tenso.

—¿Se dirige a Ulán Bator? ¿Le han reservado una habitación en el hotel Intourist? ¿Por qué sigue aún en el tren? Recoja sus cosas y sígame.

Para aumentar el efecto de sus palabras, agarró la maleta de la chica y se marchó. El hombre se quedó roncando en la cama.

La chica siguió al recién llegado hasta la estación. Flotaba allí un silencio letárgico. La brusca capa viscosa del suelo de piedra se le quedó pegada a la suela de los zapatos. Por todas partes había comida semipodrida, basura de papel, grumos de saliva, excrementos de perro y de pájaro, el penetrante hedor se incrustaba bajo la piel.

Caminaron hasta la parada de taxis situada frente a la entrada principal del edificio. No había ningún vehículo. Enojado, el guía echó un vistazo a su reloj de pulsera ruso, miraba insistentemente hacia la ciudad. La nieve lenta, inclinada, se transformaba en aguanieve. Los arenosos gruesos copos caían en el suelo como una piedra en el fango. Todo parecía gris, lánguido y, en cierto modo, estancado, por todas partes flotaba un cenagoso olor a tierra húmeda.

Apareció un taxi con una cabritilla de metal en el capó. El guía se sentó delante y la chica en el espacioso asiento de atrás. El conductor era un hombre gordo de mediana edad. Solo llevaba un abrigo de invierno de estilo ruso, en los labios colgaba un cigarro apagado Belomorkanal de quinta clase, su rostro estaba lleno de baches y cicatrices. El vehículo olía a gasolina y a vieja grasa de

oveja.

La carretera se asemejaba a las que había en el campo cuando era una niña. Lodo y fango, bache más bache. Cuando en el camino aparecía un gran charco, el conductor pisaba el acelerador y chapoteaba de tal manera que el barro salía despedido formando un arco y salpicaba a los transeúntes y a los carros de caballos.

Desde la estación al hotel tan solo había unos kilómetros, pero el trayecto demoró más de una hora. A cada acelerón le seguía un brusco frenazo y un avance a diez kilómetros por hora. De vez en cuando el conductor detenía el coche, se apeaba, levantaba el capó, juraba y sacaba del maletero un bidón negro de acero y, al parecer, vertía más agua en el radiador.

El hotel se asemejaba a cualquier hotel destinado a turistas occidentales de cualquier anónima ciudad soviética. En el vestíbulo estaba la recepción, había una mesa redonda baja junto a altos ventanales y un sofá de tres plazas revestido de plástico. Esparcidos por el suelo, en medio del vestíbulo, ladrillos, una hormigonera, mortero y tablas. Por todas partes había polvo de obra gris suspendido.

El guía arregló el papeleo burocrático con la recepcionista mientras la chica esperaba. Finalmente, le pidió que lo siguiera. Subieron por las escaleras al piso superior del hotel. El guía abrió una pesada puerta que gimió lastimera, y delante de la chica apareció una enorme *suite* reformada al estilo soviético. La ventana ofrecía unas maravillosas vistas de toda la ciudad que abarcaban hasta el desierto del Gobi, donde sobre las dunas de arena chillaba una tormenta primaveral. La *suite* constaba de dos habitaciones. En el salón había un tresillo, fabricado quizá en la DDR, de elegancia sencilla, sillones macizos con sellos Krakova en los reposabrazos y unos jarrones rusos sobre la mesa. En el dormitorio descansaba una gran cama, frente a ella una altiva copia de un cuadro de Repin que mostraba a Iván el Terrible como asesino de su hijo. En sus ojos brillaba la locura, su hijo se asemejaba al Jesús de los cromos troquelados.

El baño era espacioso, en el techo parpadeaba molesto un fluorescente amarillento. La bañera era de cuerpo entero, pero habían arrancado el tapón. La ducha funcionaba, por ambos grifos salía vigorizante agua fría.

La chica contempló durante largo rato la panorámica de la ciudad desde la ventana del salón. A la izquierda había dos edificios de trece plantas; a la derecha, un barrio de yurtas, y entre ambos, un extraño complejo que recordaba a las ciudades del salvaje oeste. La luz inclinada de un sol rojo pálido abrasaba el sillón.

En su cabeza galopaban pensamientos que giraban en un penoso círculo. El día concluyó con una puesta de sol atemorizante, se desvaneció transformándose en noche y la luz de la luna iluminó los patios de los oscuros asentamientos de yurtas. En el horizonte pululaba el vasto mar del desierto, el paisaje era hermoso, desolado, inhóspito. La chica se envolvió en un edredón de plumas. Pensó en Moscú, en que Irina y ella habían organizado un pícnic a finales de otoño en el parque inglés, habían encontrado en el jardín un banco, en cuya superficie húmeda se habían quedado pegadas hojas de arce amarillas, Irina lo había bautizado Turguénev.

La ciudad comenzaba a destellar con luces tenues que se mezclaban con el ocaso colándose a hurtadillas, y al final desaparecieron en la negrura de la noche. La deprimente oscuridad escarchada estrujaba la ciudad y la volvía pequeña y muda. La chica decidió llamar por la mañana al número que le había dado Irina.

A la mañana siguiente, un poco después de las ocho, llamaron discretamente a su puerta. Era el guía. Fueron juntos a desayunar. La chica tomó un desayuno soviético, el guía uno mongol que incluía té con leche, galletas de olor a oveja y bolitas de maíz. La chica se sentía bien allí sentada, frente a otra persona. Le explicó que había viajado a Ulán Bator para ver ciertas inscripciones en la roca que se encontraban junto al camino que partía de la ciudad en dirección sur. El guía la miró severo.

—Los occidentales no pueden salir de la ciudad.

La chica le ofreció dólares.

—Ustedes vienen aquí como si pudieran comprarlo todo con dinero. Nuestros lugares sagrados no están en venta. He elaborado para usted un programa oficial, conoceremos juntos los monumentos de Ulán Bator y la historia de nuestro país. Y nos mantendremos dentro de sus fronteras. Lo que usted haga está bajo mi responsabilidad.

Los dólares, el guía se los guardó en el bolsillo.

Aunque el cielo estaba cubierto por una gruesa capa de nubes, el tiempo era cálidamente primaveral, sereno y no llovía. Fueron a pie hasta el museo histórico, el guía siempre dos pasos por delante. En el museo, la chica se deslizó dentro de unas pantuflas de fieltro por el suelo encerado y resbaladizo. El guía cambiaba de una vitrina a otra y refería monótono versos aprendidos de memoria. En mitad de uno, elevó la voz:

—La época de dominio de los mongoles sentó las bases para el florecimiento de la actual Unión Soviética. Nos deben mucho. Nosotros los mongoles conquistamos Rusia en 1242 y nuestra ocupación duró doscientos cuarenta años. Creamos en Rusia un poder central que funcionaba bien, así como un efectivo sistema de reclutamiento y de recaudación de impuestos. Construimos todas las instituciones que entonces gobernaban Rusia, y que incluso hoy día funcionan en la Unión Soviética. Creamos la burocracia, cuya función es servir al poder, no al pueblo. Quebramos la columna vertebral de la moral rusa tan exhaustivamente que aún no se han repuesto. En su dura mollera les inculcamos un ambiente de recelo. Enseñamos a Iván el Terrible, y este luego a Stalin, que la misión del individuo es someterse al grupo. Si un individuo comete un error, de ello responde todo el grupo. Esa es la práctica de gobierno más efectiva del mundo. Antes de la conquista mongola, los rusos ni siquiera sabían celebrar fiestas, se revolcaban borrachos en excrementos de cerdo. Aprendieron de nosotros a extraer la alegría de la vida. Los únicos inventos propios de los rusos son una pereza infinita, la astucia y mentir con descaro. Para crear el sistema de tributos necesitamos a un grupo de censistas y profesionales de los impuestos chinos cuya efectividad y conocimiento ya en aquel momento histórico eran legendarios. Como Rusia estaba escasa y dispersamente poblada, decidimos emplear el modelo de gobierno indirecto: los príncipes rusos recaudaban impuestos para los kanes mongoles, actuando así como peones nuestros. Más tarde, el Gran Principado de Moscú adoptó tal cual todas nuestras prácticas de gobierno y principios. Nosotros salvamos Rusia de la infame invasión occidental.

A la hora de comer, caminaron uno tras otro al hotel y después del almuerzo regresaron al museo histórico. A la hora de cenar, volvieron al hotel y se dirigieron al restaurante, se sentaron a la

mesa, uno frente a otro, y no se dirigieron la palabra. Después de tres platos, el guía se levantó.

—Las puertas del hotel cierran a las ocho. Después nadie puede salir ni entrar. Acate nuestras normas. Por su propio bien. Tiene motivos para tomar en consideración el hecho de que nuestra legislación no conoce el término violación.

En la esquina del hotel, un perro miedoso de tanto espantarlo, de pelo pringoso, observaba a la chica con ojos asustados. Ella cada vez se sentía más afligida. La frialdad de la cercana tierra vacía, la miseria de los vientos húmedos y las noches del desierto penetraron bajo su piel. La gente tiritaba. Al otro lado de la calle vio un par de tiendas de estilo soviético, una era un Gastronom y otra una papelería. En el quicio de la puerta había un altavoz que arrojaba canciones populares rusas. Los anaqueles, prácticamente vacíos, miraban fijamente el escaparate. Frente a la tienda había una tina refrigeradora con una briqueta de pescado congelado y dos bolsas de leche.

En la papelería, además de productos de papel, vendían pan negro ruso, empanadillas de cordero, encurtidos y cotos en salsa de tomate. Detrás había una oficina de correos, en sus paredes colgaban unos mapas en los que se habían señalado las rutas de las ovejas. La chica escribió alguna postal y compró una tira adicional de sellos que retrataban la industria de Mongolia.

En la calle principal esquivaba los charcos de barro, carrocerías de coches descompuestas, viejos y rechonchos automóviles soviéticos desbocados, caballos tirando de carretas que se caían a pedazos. En el patio interior de una casa de tres plantas jugaba un tropel de niños vestidos con coloridas ropas de invierno. La tapa del cubo de la basura había sido arrancada y los desperdicios se derramaban por el sucio hielo del patio, detrás del contenedor se vislumbraba el cadáver de un potro despedazado.

La chica regresó al hotel y pensó en el hombre y en sus palabras sobre los mongoles: ¿cómo puede languidecer tanto un pueblo que posee una historia tan grande?

Buscó el número de teléfono que le había proporcionado Irina. Estuvo llamando una hora desde el hotel antes de lograr contactar. Respondió una voz masculina suave y amable. Cuando hubo enviado saludos de Irina y explicado quién era y por qué se

encontraba en la ciudad, el hombre rompió a reír sin control. Al final acordaron que al día siguiente por la tarde, después del trabajo, él se acercaría al hotel con un amigo.

La chica regresó al sofá. El fulgor tardío de un sol enfermo tremolaba opresivo sobre las yurtas. Encendió la radio, se escuchaba una emisora rusa. Noticias, resúmenes, reportajes sobre las elecciones de todo el país y un poco de Stravinski.

Era por la tarde. Eran las seis y, tal y como habían acordado, se escucharon unos golpes en la puerta. Al otro lado, risiqueaban dos hombres altos de treinta y tantos, que se sentaron cohibidos en el sofá del salón. La chica les ofreció *whisky* Black Label, ellos lo apuraron en seguida y cuando rellenó los vasos, ocurrió lo mismo. Le prometieron mostrarle la auténtica Ulán Bator, la auténtica Mongolia.

A las ocho alguien llamó vigorosamente, y antes de que la chica tuviera tiempo de atender, la puerta se abrió y entraron tres hombres fornidos. El rostro de las visitas se puso amarillo y, con las mismas, los cinco hombres habían desaparecido. Sus pasos resonaron en el vacío corredor. La chica comprendió lo que había ocurrido y quiénes eran aquellos que se habían presentado después. De sus piernas se desvaneció toda la fuerza, los escalofríos le recorrieron todo el cuerpo, tenía frío y se sentía muy débil. Trató de conciliar el sueño, pero este no se presentaba, a su mente regresó una noche de enero en Moscú.

Mitka y ella estaban de pie delante de la estación Octubre Rojo, maldiciendo porque habían perdido el último metro. Atrás quedaba una larga tarde en casa de Arkadi, mucho vino y tabaco. Estaban ateridos, habían tratado de detener a los automóviles que pasaban. Por fin un Lada azul se paró. Al volante iba sentado un hombre pequeño, velloso, moreno, que prometió llevarles a casa. De camino le preguntó a Mitka si quería comprar hachís de calidad y al poco ambos se encontraban lejos de casa, en un barrio destartalado. Mitka y ella siguieron al hombre a un piso sin amueblar. Por el suelo había un par de colchones sucios, colillas de cigarrillos y botellas de alcohol vacías. Mitka cerró el trato y, cuando se disponían a irse y continuar el viaje, el conductor agarró un hacha oculta detrás de la puerta y golpeó a Mitka dejándolo inconsciente.

La chica no tuvo tiempo de gritar, el conductor la agarró rápido por la garganta y apretó con tal firmeza que no podía respirar. De madrugada, el conductor borracho se quedó dormido y Mitka, sangrando, logró arrastrarse por las escaleras y pedir ayuda.

La chica abrió los ojos. No había más sonido que los impetuosos latidos de su corazón y el tic tac del reloj golpeando dos notas. Agarró el reloj y lo metió en la maleta. Se mantuvo en vela para volverse a dormir de nuevo y poderse liberar de sí misma y de sus miedos. El cielo de Mongolia se tachonó de estrellas; eran brillantes y estaban cerca, iluminaban el cielo negro como un rayo estival, pero desde su escondite bajo el edredón, la chica no las vio. El hotel estaba en silencio. Ulán Bator estaba en silencio. El silencio del universo era tan profundo que únicamente oía el zumbido de sus oídos. El terror iba y venía, a veces, la invadía el miedo y luego el odio, después algo más de lo que tenía que liberarse, y finalmente solo sintió una enorme nostalgia. La oscuridad le presionaba la cabeza de tal manera que esta se volvió transparente. Por fin, la noche despiadada comenzó a despojarse de significado y se transformó gradualmente en un débil fulgor.

La chica se sentó impaciente a esperar al guía en el sofá del vestíbulo del hotel, deseaba hablar con alguien de lo ocurrido por la noche. Oyó unos extraños quejidos procedentes del ascensor y, al girarse, volvió a ver a los mismos empleados del servicio de seguridad. Arrastraban por el vestíbulo a sus visitas, desfigurados, golpeados hasta dejarlos inconscientes, y se los llevaban a un Lada que aguardaba fuera. La sangre y la escoria embadurnaron el suelo de mármol blanco cubierto de polvo de obras. Uno de los tipos clavó su mirada en la chica, otro hizo una mueca de escarnio, el tercero ni siquiera reparó en ella. La recepcionista continuaba detrás del mostrador, hojeaba papeles sin ver nada.

Cuando el Lada amarillo desapareció en la brillante mañana de Mongolia, del sótano surgió una abuela mongola envuelta en una gran chaqueta de lana negra, cargaba un balde de cinc letón, fregó el suelo y regresó al sótano.

Durante el desayuno, la chica le habló al guía sobre sus visitas, cómo los habían venido a recoger y aquello de lo que acababa de ser testigo.

Cuando terminó, el guía, con una sonrisa seca en los labios,

advirtió que no deseaba escuchar aquello por segunda vez.

Pasaron un callado día en el museo de historia natural.

A la mañana siguiente, la chica caminaba por la ciudad detrás del guía y pensaba en Irina, pero esta parecía haberse deslizado hacia algún lugar lejano. Al llegar al edificio de la compañía estatal de teléfonos, le anunció al guía que quería llamar a Moscú. Él trató de disuadirla, pero ella entró y solicitó angustiada una llamada de diez minutos. Esperaron seis horas, la chica y el guía, que clavaba enfadado la vista en el suelo, hasta que la telefonista anunció que Irina no respondía. Claro que no, Mitka y ella aún estaban en el sur.

De madrugada se levantó un intenso viento. Tiraba del techo de chapa del hotel y lanzaba barriles de gasolina por las calles desiertas cubiertas de hielo. El hotel temblaba con las ráfagas, chirriaba, se agrietaba, parecía venirse abajo. La chica estaba aterida. Acompañando el temporal, el viento trajo del desierto una tormenta de nieve arenosa que azotaba horizontalmente la ventana de la habitación y se derretía al contacto con el cristal, más caliente. Ella se imaginaba que el viento aflojaba los tornillos, que las tuercas se caían y los clavos se partían, que el hormigón se desmigaba y todo el edificio se desplomaba convirtiéndose en arena.

A la mañana siguiente, informó a la recepcionista de que se encontraba enferma y que pasaría el día descansando en su habitación: no necesitaba al guía.

Esperó plantada junto a la ventana de su cuarto. Por ella pasó indiferente el sol de este a oeste, descendió al atardecer detrás del asentamiento de yurtas y sobre la ciudad se posó una oscuridad sombría y penosa. Así el día se convirtió en tarde y la tarde en noche. La chica contempló una luna artificial que recordaba a la luna real brillando histéricamente clara sobre los tejados blancos de las yurtas. Sintió nostalgia de los álamos estivales de Moscú.

Decidió salir en busca de su compañero de viaje, otra cosa no se le ocurría. La noche era brillante y fría. Echó a correr y al hacerlo volvió la vista atrás, la luz verde de un reflector se arrojaba sobre el hotel y unas nubes grises se dirigían veloces al norte. Se precipitó en el interior del primer autobús y abandonó la ciudad. En la oscuridad se vislumbraban los destellos de luz procedentes de las

lejanas aldeas de yurtas. El autobús pasó junto a un descolorido grupo de gente que se balanceaba disperso en el arcén. Algunos cargaban un saco a la espalda, otros tenían los brazos llenos de bultos y demás paquetes. El autobús giró hacia una obra nueva en la que bloques de pisos de estilo soviético a medio hacer se elevaban sin orden ni concierto. Se erigían con sus estómagos abiertos en mitad de una tierra convulsa, desgarrada. Por todas partes se levantaban andamios: vigas, escaleras, plantas, voladizos, pasillos, puentes. En el asentamiento de barracas de los obreros las luces saludaban sin entusiasmo a la noche que llegaba. Fuera de la valla de la obra había un viejo camión y una desastrada niveladora desplomados. Los círculos rojizos de las farolas dibujaban elipses tremolantes en el cielo negro, en los andamios se había encendido la iluminación nocturna amarillenta.

La chica caminó por una carretera que parecía estar en construcción. Un cieno acuoso llenaba los surcos dejados por los camiones. En la puerta del barracón de vigilancia oscilaban unos faroles que hacían tintinear los alambres, y delante, como perro guardián, esperaba una excavadora Komsomolets en cuyo techo brincaba con una sola pierna un carbonero lapón. La chica golpeó la puerta durante largo rato antes de que el somnoliento vigilante de turno acudiera a abrir. El calor rancio del barracón le golpeó en la cara. En tono severo, el vigilante le preguntó qué andaba buscando, luego la miró con la cabeza ladeada y una sonrisa burlona.

—Siempre me he preguntado qué ven las jovencitas como tú en un embaucador como ese. Cuanto peor es el tipo, más interesante resulta. Las mujeres no tenéis instinto de conservación. Vadim Nikoláievich Ivánov vive en ese barracón, pero allí no puedes ir. Dame tu número y, si quiere, te llamará él.

La chica le entregó la dirección del hotel y su número de habitación.

—Recuerda que te lo advertí.

Regresó al hotel, pasó por marginados asentamientos de yurtas envenenados por olores nauseabundos, atravesó la rojiza oscuridad nocturna y el triste silencio helado. Las estrellas de Orión resplandecían sobre su cabeza y al otro lado de la valla de hormigón, la luna nevosa se elevaba despacio en el cielo. Mucho más tarde, irrumpió por el este el amanecer sordo, iluminando

nubes que planeaban bajas. Sobre el rostro caliente de la chica flotaba algún que otro copo de nieve.

Antes de quedarse dormida, escuchó el transcurso de la mañana en esa ciudad que se desperezaba. Pensó en un bosque escarchado de Siberia que ha perdido sus fuerzas, que se extiende como un muro desde el borde de la estepa de campos. Pensó en yertos países fronterizos envueltos en ventisca, donde manadas de renos vagabundean despreocupadas, buscando perezosamente comida; en bosques de turba impenetrables, en colinas insignificantes, en regiones deshabitadas, en neviscas, nubes de mosquitos, y en la humedad brumosa inmóvil de otoño que envuelve en su interior un pequeño pueblo.

El hombre no llamó.

Al día siguiente, la chica acudió con el guía a visitar el mausoleo de Süjbaatar, el palacio de invierno de Bogd Khan y la estatua de Lenin. Al concluir las atracciones turísticas, lo intentó de nuevo, le recordó al guía las inscripciones en la roca. Él se rio divertido y la chica comprendió que era inútil insistir. Desde la ventana gris del hotel, observó las nubes silenciosas que pausadas se arrastraban hacia el este.

Cuando Mitka regresó a casa después de ocho meses de tratamiento con psicóticos, a la chica le invadió la sensación de que él lo intuía todo. Por medio de su trabajo, Irina había conseguido una plaza para ella y para Mitka en un sanatorio de la confederación general en Crimea. El objetivo era descansar, y si Mitka recuperaba la razón, si regresaba más despierto, todo volvería a ser como antes. Para eso Irina había preparado a la chica, para que todo fuera como si no hubiera ocurrido nada durante su ausencia.

Las mañanas avanzaban lentamente y se convertían en tardes, las tardes en noches, las profundas noches ocupaban el cielo y la tierra y eran largas como la vida futura, atestada de murmullos, del siseo de los radiadores y de la fría aridez de las sábanas, del susurro seco de la nevisca arenosa. La chica daba vueltas por la habitación, observaba por la ventana la ciudad durmiente en cuya oscuridad se ahogaba el viento graso, desgarrador. Clavaba los ojos en las noches en las que aparecían estrellas tan pálidas y grandes en el cielo que hubiera podido tocarlas. Aguardaba las mañanas cuando las

estrellas titilaban inseguras un instante y luego se desvanecían. Contemplaba las lentas salidas y puestas del sol desesperado, la luz momentánea de las estrellas fugaces, y se maldijo a sí misma.

Gradualmente fue aceptando su soledad y dejó de esperar la llamada del hombre. Sobrellevaba mejor la continua angustia que acrecentaba una presión y un dolor en el pecho. Había aprendido a escuchar con algo más de sosiego su respiración agitada y el corazón que latía intranquilo y engullía tenso su propia sangre.

Una tarde el hombre se presentó. Olía a kumis elaborado con leche de yegua y a grasa de oveja. La chica sollozó. Cuando salieron del hotel, un viento del sudoeste pesado y duro como una piedra los agarró con fuerza, los arrastraba hacia el barrio de yurtas. El hombre tomó a la chica por el hombro y la acercó paternalmente a su regazo. Ella le refirió lo que había ocurrido. Lloraba, pero el viento soplaba desde el otro lado del barrio de yurtas y le secó tan rápido las lágrimas que el hombre no reparó en ellas. La escuchó sin interrumpirla y cuando la chica llegó al final de la historia, él dejó escapar una risa incontrolada.

—Mira que eres tonta. No he conocido a otra como tú, aunque me he topado de todo en esta vida. No te preocupes. Todo se acaba arreglando.

El hombre se tragó la risa. Se rascó un instante el cogote y gruñó:

—Qué habrán hecho esos tipos cuando Dios los castiga de esa manera. Aquí la ley apenas reconoce el asesinato y la multa por ello es como el precio de una botella de vodka ilegal. Bastante pillos. ¿Verdad?

Caminaron silenciosos. Detrás de un bloque de pisos se levantó una ráfaga de viento, la chica se tragó el aire y comenzó a toser.

—Si las cosas no mejoran, empeoran, y lo malo está a corta distancia de lo bueno. No te preocupes, mi niña, una pequeña desgracia se convierte en una pequeña suerte. Esos vagos recibieron su merecido. Ningún mongol normal va a un hotel a encontrarse con una turista occidental, es lo mismo que suicidarse.

La miró con lástima.

—Una vez tuve aquí una puta que me gustaba mucho. Ella tenía un crío de seis años que siempre me fulminaba con la mirada. Cuando me estaba follando a esa zorra, todo el tiempo temía que el

chaval viniera y me clavara un lápiz finlandés en el cráneo. Le compré en Moscú un juego de piezas de construcción, de esos con los que se podía construir la Plaza Roja, con su mausoleo de Lenin y sus iglesias. Cuando se lo di, el crío lo arrojó directamente al rincón del pasillo y me miró con ojos asesinos. Pero más tarde, cuando regresé a follar, la puta me pidió que me asomara debajo de la cama: allí estaba la Plaza Roja en toda su magnificencia, como la polla de Beria.

La chica saltó sobre una boñiga de caballo que había frente a una máquina automática de bebidas y se rio. Detrás de un almacén bajo había un parque de atracciones nevado donde permanecía anquilosada una vieja y cansada noria. El hombre echó a correr hacia el parque de atracciones. La chica lo observó deslizarse por la puerta, que colgaba torcida de la garita, y por arte de magia se encendieron las bombillas, deslustrados jirones de luz ondeantes que rodeaban la feria, y con un chasquido se puso en marcha la noria, en un principio traqueteaba despacio, luego gemía cada vez más rápido. La chica miraba al hombre y a la noria alternativamente y luego a la extraña ciudad y a los cadáveres de las yurtas abandonadas, ennegrecidas, lamidas por el fuego, arrojadas a sus campos infecundos. La nieve derretida olía a primavera. Bajo un barril de petróleo abandonado en la nieve se extendía un líquido negro grasiento que había formado un charco. La chica pensó en Moscú, en Malaya Nikitskaya, por la que una vez caminaron Irina y ella, en sus luces amarillentas balanceándose de un lado al otro en la oscuridad de la niebla otoñal.

El crepúsculo se condensó sobre el parque en forma de bruma azul. El hombre la acompañó hasta el hotel. Ya en la distancia vieron el enorme charco de cieno aceitoso en cuya superficie rielaba el círculo rojo de la fría luna. Unos niños pequeños jugaban en el borde de la poza, aunque ya era de noche. Una niña de catorce años escasos, de piernas hinchadas, recogía el crudo en una botella rota con ayuda de un palo. Un niño menor que ella chapoteaba sin zapatos y se salpicaba de petróleo.

La puerta del hotel estaba cerrada. Se quedaron de pie de espaldas al viento y aguardaron. La débil luz de la luna brillaba en los charcos de nieve embarrada, el viento susurraba despreocupado en las esquinas del hotel. Finalmente, una hosca recepcionista se

aproximó a abrir la puerta. El hombre la siguió hasta el mostrador y le entregó un billete de veinticinco rublos. La empleada sonrió tímida; antes de marcharse, él le guiñó el ojo a la chica.

La chica subió a su habitación por las escaleras y, feliz, se dejó caer en el sofá. Se quedó dormida con la ropa puesta, serena, sin pensar en nada.

A PESAR DEL ESPESO SOL, la media luna se había quedado suspendida sobre el barrio de yurtas. Unas nubes pequeñas, blancas, pululaban apresuradas por la bóveda celeste. Columnas de camiones retumbaban rumbo a zonas de nueva construcción haciendo vibrar a su paso la ventana de la habitación, los caballos relinchaban y diseminaban ardientes rayos de sol con el movimiento de su larga y tupida cola, unos ancianos envueltos en chaquetas de oveja exhalaban bocanadas de humo de cigarros matutinos delante de los almacenes de la calle principal, algunas mujeres se apuraban con lecheras en la mano.

Cuando la chica bajó al vestíbulo, el hombre le entregó un ramo de ciclamen y la besó tres veces en las mejillas.

—¿Es este el que te está molestando?

El hombre señaló al guía con desdén. En cuanto la chica asintió, con un gesto le indicó al mongol que se marchara. Al poco, el guía se alejaba sin mirar atrás, irritado, humillado, pero bien pagado.

—Ese chinche ya no será una molestia —rio el hombre—. Lleva una ropa miserable, pero bien que se da el pisto.

Fuera, detrás de un susurrante poste de telégrafos, los esperaba un viejo y lustroso Volga y su conductor, un tipo delgado, con barba de chivo y un cigarrillo de boquilla corta de ámbar, apagado, colgándole de la boca.

—Este es Gafur, guerrero de la Horda Dorada, un amigo de la obra. Es un auténtico tártaro, nada de protestante suabo. ¿Sabes qué clase de amigos son estos tártaros? Le regalaron a Hitler una silla de montar adornada con oro y por eso Stalin ordenó exterminar a todo el pueblo, a varios millones de personas. Solo Gafur quedó con vida.

El conductor se rio. El hombre se sentó a su lado, la chica en el asiento de atrás. El automóvil olía a caspa y a sudor.

—Mandos perfectos, pedales colgantes, cambio en el volante y radio integrada. Y lo mejor: muchos pequeños defectos por poco dinero.

Gafur arrancó el coche con un agudo y rápido movimiento de mano y pisó el acelerador de tal modo que las ruedas traseras derraparon un momento en la escurridiza mezcla de nieve y barro medio derretidos, giró hacia la carretera de salida exprimiéndole todo su potencial al coche. A su espalda, la carretera que se alejaba se cubrió de una espesa capa de arena mezclada con nieve. Gafur contó que vivía con una tal Tatiana desde hacía quince años y que había logrado llevarla desde

Almá-Atá

a Mongolia.

A veces el Volga circulaba a saltos por el lado derecho del camino, otras por el izquierdo. Los camiones que venían de frente pasaban como un rayo, tanto por un lado como por otro. En alguna ocasión, Gafur pisó el freno hasta el fondo y el hombre se golpeó la cabeza con el parabrisas, inmediatamente pisaba el acelerador a tope y la chica se balanceaba aplastándose contra el respaldo del asiento de atrás. El hombre señaló las Montañas Doradas, distantes en el horizonte, coloreadas por la brillante luz del sol. Resplandecían unas veces de color rojo, otras de blanco.

—Nos dirigimos a toda mecha al macizo de Altái. La naturaleza y el aire del campo curan. Voy a venderte a un pastor de caballos que te follará hasta sacarte los sesos de la cabeza y te convertirás en la mejor ordeñadora de cabras de Mongolia.

Por aquí y por allá se sucedían camiones repantigados con las tripas arrojando vapor de agua. Por todas partes se veían ovejas y cabras de distintos colores. A lo lejos oscilaba una caravana de camellos cargada hasta los topes. Uno de los camellos llevaba fijada al lomo una enorme antena de forma indefinida. El Volga iba dando tumbos de un lado a otro y tosía a gran velocidad, la radio carraspeaba. Un sol con motas negras irradiaba calor a través de la ventanilla de atrás, la chica arrimó la mejilla al fresco cristal.

Un fuerte choque la despabiló. El coche se había detenido en medio de un río de aguas cristalinas. Gafur maldecía y el hombre se reía.

Ambos se quitaron los zapatos, los calcetines y los pantalones y le pidieron a la chica que se sentara al volante, al menos el motor burbujeaba, hacía ruido y resoplaba. Ellos se situaron detrás y empujaron. La chica puso primera, desembragó suavemente y pisó

el acelerador. Tiritando, los hombres vadearon el río hasta la orilla contraria. Por suerte, el caudal iba bajo, el agua les cubría solo hasta las rodillas. La chica condujo rápido hasta el terraplén de la orilla y se apeó.

—Ya te domaré yo, so puta —murmuró Gafur entre dientes, se precipitó dentro del coche y agarró furioso el volante.

El hombre lo miró y frunció el ceño. Gafur metió segunda, pisó agresivo el acelerador y giró el volante más de lo necesario. El Volga salió disparado desde el resbaladizo terraplén a tierra firme. En la majestuosa radio de tubos integrada en el salpicadero cantaba Fiódor Chaliapin.

La carretera ascendía hacia las montañas. El Volga avanzaba a trompicones por un camino escarpado y estrecho. Un sol rojo fuego, columpiándose en el borde de la estepa de arena nevada, comenzaba a ocultarse, y una bruma rosada flotaba sobre el desierto. En el camino aparecieron unos búhos, inmóviles en medio de la carretera, y emprendieron el vuelo justo antes de que el coche los atropellara. De vez en cuando, el vehículo se detenía, la chica se sentaba al volante y los hombres empujaban. A veces se paraban en el arcén y esperaban a que el motor se enfriara.

La pendiente era empinada y el motor sencillo pero fuerte del Volga no aguantaba más que unos metros seguidos. El hombre y la chica hicieron el camino a pie junto al viejo coche. Ella tragaba el aire afilado de la montaña con mucha cautela. La melancólica noche iluminada por una luna azulada, neblinosa, se elevaba lejos, al otro lado de las montañas, y se extendía sosegada en torno a los viajeros. A medianoche, el Volga comenzó a chirriar, luego a rugir.

—Chilla como una cerda —espetó Gafur ofendido, antes de que el motor se apagara definitivamente.

Abrió el capó. A la izquierda del espacioso compartimento, un radiador de grandes panales al rojo vivo les mostraba una mueca, la rejilla de ajuste del aire del ventilador colgaba tristona, casi a ras del suelo. Los hombres observaron el motor largo rato, pero ninguno lo tocó.

Gafur miró con desconfianza alternativamente al motor y al hombre. Este se sentó en una gran piedra, seguía con los ojos a un halcón que planeaba alto; la inquieta Vía Láctea crepitaba a la altura de la cumbre más próxima. El hombre se encendió un

cigarro, fumó despacio, expulsaba tranquilamente el humo de sus pulmones.

—Una vez me enfadé tanto con Katinka, que le destrocé la lavadora de rodillo con un mazo. Ella empaquetó sus cosas y se marchó con el niño a Leningrado, a casa de su madre. Seguramente la cosa se hubiese quedado así, pero a los tres meses me la traje de vuelta. Sin una mujer un hombre no se las puede arreglar. Aunque encuentre otro coño, siempre necesita a alguien que le prepare la sopa.

Levantó los brazos, se los colocó en las sienes, parecía una cucaracha sentada.

La luna creciente fluctuaba en la ladera de la montaña, el paisaje de arena mezclado con nieve reposaba muerto y en silenciosa calma.

Empujaron con ternura el coche a un lado de la carretera y Gafur acarició una vez más los doloridos costados del vehículo. Tarareaba satisfecho, al parecer había hecho las paces con el automóvil. El hombre se dejó caer en el asiento de atrás y se tapó los ojos con la visera. La chica se recostó en un enorme bloque de piedra. La luna llena y las deslumbrantes estrellas iluminaban los alrededores, bloques de piedra fríos, desnudos, brotaban a ambos lados del estrecho camino de montaña, una niebla lívida rodaba por las quebradas; abajo, en los valles, se encogían algunos yaks, sobre las montañas ondeaba un cielo mate y agotado, oculto por las nubes de nieve.

La chica rozó con la mano la superficie de la piedra y sintió una estría. La palpó mejor. Las luces de un camión cimbreante que pasaba de largo barrieron la piedra. Habían pintado en ella renos y machos cabríos en diferentes posiciones. La chica aguardó el siguiente camión y su látigo de luz, los dedos recorrían despacio la superficie de la piedra. Alrededor de los animales había marcas grabadas. Rúbricas, marcas uigures, runas. Apoyó la mejilla en la roca y la besó, y las lágrimas le corrieron por los pómulos.

Gafur se acercó a la chica. Sacó un Kazbek del bolsillo y comenzó a fumar. Un lodo desagradable caía con un chasquido sobre los charcos cuando camiones de media tonelada traqueteaban chirriando enloquecidos, vapuleados por las piedras y baches, desgastados por el barro, formando una columna casi incesante, y a

su paso dejaban en el blando camino de montaña profundos surcos que se asemejaban a abismos en medio de un cieno resbaladizo, chorreante. La chica acariciaba la piedra en secreto. Gafur se fumó el cigarrillo hasta el final y luego lo arrojó al suelo.

—Era una cálida mañana de verano en casa, en Kazán. Yo estaba sentado en un banco delante de nuestro bloque de pisos, fumando hierba. Observaba las nubes en forma de piano de cola que ondeaban en el cielo resplandeciente y pensaba que pronto planearía encima de ellas. Entonces escuché una terrible explosión y la onda expansiva me arrojó lejos. Cuando levanté la cabeza, unas horas después, vi que el edificio se había desplomado. El humo y el polvo gris lo envolvían todo y, cuando alcé los ojos al cielo, me percaté de que la noche de agosto, negra, estrellada, había llegado.

La chica escuchaba atenta, como solía hacer.

—Soy un hombre libre, vivo aquí y ahora. Me concentro solo en lo que me gusta, el resto me da igual. Observo las cosas desde la barrera, soy un animal y como tal vivo. Así es como soy. Así que si a la señorita le apetece un chute de heroína de primera clase, elaborada con firme profesionalidad a base de opio afgano, pues en mi bolsillo hay.

Una nube redonda de color verde veneno navegaba solitaria por el cielo. Pronto se situó delante de la luna conteniendo su luz titilante. La chica sentía en su mano el fulgor de los grabados rupestres. Gafur se sacó del bolsillo una cuchara y una bolsita de polvo blanco, preparó una dosis, se subió la pernera de los vaqueros anchos y se clavó la aguja en algún punto de la pierna, en un lugar al parecer familiar.

—Ahora la bondad fluye a borbotones por todas las venas y las células del cerebro —susurró Gafur con voz letárgica.

En el cielo apareció una nueva estrella, cayó un meteorito, la lluvia de estrellas salpicaba un cielo negro como el carbón, los planetas despedían rayos de luz. La chica rozó una vez más el pasado lejano y en su interior sintió una fuerza vital. Caminaron hacia el coche. Ahora el aire era turbio y recordaba a pegamento. La chica se acomodó en el asiento de atrás, el hombre se cambió al de delante y Gafur se colocó al volante. Un barro líquido salpicó el parabrisas. Del cielo comenzaron a caer legañas blancas, pronto cubrieron las manchas de barro y luego todo el parabrisas. Dentro

del coche frío los tres temblaban ateridos, pero al poco el hombre sacó una gran botella verde llena de kumis reforzado con alcohol. De debajo del asiento delantero extrajo una especie de barra de pan blanco y tres vasos sucios.

—Hace veinte años, estos antiguos pastores de caballos salvajes eran los currantes más duros de Jabárovsk y Novosibirsk, nosotros los rusos los seguíamos a distancia. Ahora las cosas son al revés. Gafur está enganchado a la aguja y, llegado el caso, es capaz de vender la sangre de sus venas para conseguir una dosis diaria. Y así, queridos camaradas, mi país se vuelve más hermoso año tras año, aunque nunca florece. Terminó el invierno, llegó el verano, brindemos por nuestra amistad con o sin pinchazo.

En cuanto penetró un poco de luz a través del parabrisas empañado, la chica despertó sobresaltada del sueño ligero. Abrió con sigilo la maullante puerta y se deslizó al exterior. Una suave ráfaga de aire limpió su rostro somnoliento y trajo consigo los aromas terrosos de principios de primavera. En lo alto del cielo brincaba despabilado un dinosaurio blanco.

Gafur vertió aceite en el motor con la esperanza de que este le perdonara y lo volviera a querer. El motor resonó alegre y se puso en marcha. Los intensos rayos del sol temprano serraban el cielo en dos. El hombre se colocó unas gafas de sol. Gafur apretaba el volante inquieto, aunque ya había ingerido su dosis matutina, y pisó el acelerador, el Volga se lanzó por la carretera.

Un sol generoso arrojó sus primeros rayos sobre la estepa de arena durmiente, entumecida, pronto vibraba totalmente amarillo y hacía que las cumbres revestidas de nieve fibrosa relucieran en tonos dorados. Los rayos recorrían las laderas de las montañas, el camino estrecho y empinado y unas dunas de hielo sobre las que titilaba la nieve en polvo. Por un momento todo se detuvo, entonces el cielo soñoliento explotó. De las alturas salieron disparados granizos del tamaño de bolas de ping pong. Detrás de una curva enroscada se vislumbraron tres pequeñas yurtas. Las habían levantado próximas a un río poco profundo pero ancho. Surgían de ellas serpientes de humo que reptaban hacia el cielo palpitante. Mirara donde mirara, por todas partes se veían cadáveres de animales congelados. Un asno de Mongolia hinchado como una bola, ojos de yak picoteados, cuerpos de ovejas con motas en la

frente; había cientos de gráciles cabras. Las tormentas invernales habían congelado la nieve.

—*Golod i holod* —gruñó el hombre con tristeza—. ¡Hemos llegado, mi niña! A más de tres kilómetros de altura. A un pequeño mundo secreto, apestoso. Aquí uno no mea en el agua corriente. Si meas, mueres.

Gafur llevó el Volga detrás de una yurta y apagó el motor. Los niños del asentamiento formaron un círculo alrededor del coche. Escrutaban a la chica, recelosos y con miedo.

Ella seguía con la mirada un solitario trozo de tela rojo que el viento transportaba hacia la ladera de la montaña. El trapo se quedó un instante enganchado a la rama de un pino doncel, a una piedra afilada, luego se sumergió en una abrigada oquedad y reanudó su viaje hacia alturas rocosas, inhabitadas, vírgenes, inalcanzables para el ser humano. Unos caballos del Gobi, temerosos, medio desbocados, inquietamente crispados, relinchaban junto a la yurta. Tenían una cabeza pequeña, orejas esbeltas y piernas gráciles y cabestros de piel trenzada enganchados a una cuerda corta. El extremo del ronzal estaba amarrado, flojo, a un largo tendal de la ropa. El caballo podía moverse igual que un perro amarrado. Junto a la entrada de la yurta había una barra de madera en la que estaba posado un halcón gerifalte adulto, una de las patas atada a la barra con una cuerda de cuero.

Las rocas coronadas de nieve se alzaban enormes a ambos lados del asentamiento. Las cumbres doradas de las montañas estaban próximas, el aire olía a hierbas poderosas, en el río murmuraba el agua. Más allá de las yurtas paseaba errática una manada de caballos, uno de ellos era tan blanco que casi desaparecía al galopar por el pastizal nevado. A su espalda, un rebaño de cabras se tumbaba bajo el suave sol.

A la chica le dolía la cabeza y se sentía mal. El hombre le dio una pastilla. De la yurta salieron unas mujeres curiosas de movimientos ágiles. Tras la tienda apareció un anciano de rostro lánguido, amarillo, ojos con cejas negras y manchas verdes en la frente, que saludó a los hombres con familiaridad. A la chica no, se limitó a estudiarla largo rato. Después les señaló con la mano la yurta, las mujeres la podían llevar a descansar.

—No pises el umbral al entrar. Si lo pisas, te arrancarán la

cabeza —advirtió el hombre crujiendo los dedos.

Las mujeres caminaban delante y abrieron la puerta de la yurta, estaba pintada de rojo y chirriaba lastimera. La chica entró con cautela. En medio de la tienda, una pequeña hoguera humeaba sobre la tierra descubierta, a su alrededor estaban atareadas una mujer más joven y otra de más edad. Cuando se percataron de la presencia de la chica tras la cortina de humo, le indicaron por señas que se acomodara cerca del fuego. La mayor le acercó un cacito de té blanco.

Enseguida la mujer joven desplegó un colchón de flores en el suelo, en la zona reservada a las visitas. La otra extendió un colorido cobertor de algodón hermosamente confeccionado y una gran almohada a la cabecera. Para taparse, la ofrecieron un grueso pellejo de oveja. Allí recostada, la chica observó las paredes tapizadas con telas floreadas, las alfombras de colores brillantes tejidas con destreza, las vasijas pintadas a mano y las pequeñas muñecas de trapo, algunas colgaban del techo, otras estaban encima de un armario azul de estilo chino, y pronto se quedó dormida.

La despertaron los terribles alaridos de un zorzal. Desde su colchón observó al hombre, a Gafur y a la gente de la yurta, mordisqueaban carne de oveja sin avidez, sin mayor placer, al tiempo que sorbían kumis. Tuvo cuidado de no pisar el umbral al salir al exterior. El ligero silencio de la noche la saludó. El sol burbujeante se había ocultado tras las Montañas Doradas y en el cielo se iban encendiendo mil estrellas secas, inquietas. Barrían el espacio azul. La Vía Láctea se deslizaba intranquila sobre las montañas, las galaxias susurraban encima de las yurtas. La chica se sentó en una piedra, rozó su superficie fría, la piedra se mantuvo callada; con la mirada siguió al zorzal que importunaba al halcón gerifalte atado por una pata.

Por la mañana le seguían doliendo los ojos, sentía una punzada lacerante en la cabeza y un insoportable estruendo cósmico le zumbaba en los oídos. Los hombros se desplomaron, agachó inerte la cabeza.

El brillante sol helado no pedía disculpas. En verano, ese mismo sol secaba las gotas de lluvia antes de que tuvieran tiempo de tocar la tierra. Un candente viento glacial soplaba del norte, arrastraba consigo un ejemplar de corneja de las rocas muerta y un saco de

cáñamo hecho jirones. La escarcha afinada por la helada nocturna trepaba por la pared de la yurta. Rayas de humo negras, finas, afiladas, flotaban letárgicas en el aire.

La chica permanecía de pie. Por el este avanzaba una claridad que pinchaba los ojos. Por el otro lado, por el oeste, se revolvía una niebla gris, espesa, gelatinosa; en el borde inferior del cielo septentrional estaba suspendido un cometa rojo sangre. Parecía un cromo troquelado de los años treinta, pegado en un papel emborronado de tinta azul oscuro. La chica admiró la manada de grullas que caminaban por la meseta como un solo miembro y con el pico atrapaban saltamontes muertos en otoño. Reparó en cinco bueyes negros de pelaje largo, con sus cascos escarbaban bajo el hielo en busca de hierba. Oyó los balidos de las cabras y dirigió sus pasos hacia unos arbustos cuyas ramas congeladas colgaban lúgubres. Las mujeres estaban ordeñando las ovejas.

Gafur apareció de la nada, rebosante de energía después de su chute, traveseó un rato por la nieve endurecida con sus zapatos puntiagudos de caballero elegante y luego siguió al mongol junto a los caballos. Desataron dos rocines respingones y los condujeron delante de la yurta. Se disponían a buscar un rebaño de ovejas semisalvaje que había desparecido durante la noche.

La chica caminó hasta un burbujeante riachuelo. Desde allí se divisaba el redil de madera para los caballos, ahora vacío. Un pequeño perro mestizo la seguía, del hocico le brotaba vapor blanco. Se detuvo a mirarla, meditó un poco, la escrutaba con ojos verdes, amargos, y luego se aproximó a ella, le posó el hocico sobre la rodilla, respiró pesadamente y continuó su camino. A lo lejos, en la ladera de la montaña, un camello de espeso pelaje se balanceaba arrastrando un mísero carro de tiros largos. El hombre se percató de la presencia de la chica y se acercó.

—Por mucho que lo intentes, no ves más allá de tus narices. Pero incluso en los momentos más negros, recuerda que siempre hay vida al otro lado del horizonte muerto. Cuando Mitka se fue, lo envidié. Él podía irse y yo tenía que quedarme, pero ahora…

El hombre olía a arena cálida. Un poderoso rayo de sol se reflejó en la vertiente helada de la montaña sobre la que durante la noche había caído nieve en polvo. Igual que una nube baja, sobre el paisaje límpido se cernía una ligera tristeza. El hombre se rascó

concentrado el cogote. El cielo irradiaba calor de primavera.

—¿Sabes por qué el ser humano vive más que la mayor parte de los animales? Pues porque los animales viven según su instinto y no cometen errores. Nosotros, las personas, confiamos en la razón y todo el tiempo la estamos fastidiando. La mitad de nuestra vida se nos va en meter la pata, una parte en darnos cuenta de nuestras estupideces y el resto intentando enmendar lo que aún se puede. Para este circo necesitamos todos los años de vida. Nací en el 41. Mi padre, al que no pude elegir, me engendró cuando iba de un campo de trabajos forzados al frente. Mi madre es una mujer malvada y amargada, odiaba a mi padre, que había viajado en un vagón de prisioneros a Siberia por un tazón de sopa y la había abandonado a su suerte en la guerra donde conocería el hambre. Con cinco años, yo lo sabía todo de la vida, los otros cuarenta me los he pasado entendiéndolo.

El hombre recogió del suelo un puñado de piedras y comenzó a lanzarlas despacio al agua. La chica notó que sus manos se endurecían.

—A menudo me pregunto cómo he conseguido mantenerme vivo. De joven tenía un miedo loco, luego decidí vencerlo. Fui a clases de judo y cinco años más tarde era cinturón negro. Después no he vuelto a tener miedo. Estoy preparado para morir en cualquier momento. Todavía hoy, cuando vuelvo a casa, a Moscú, y escucho respirar a mi madre en la habitación de al lado, se me pone la piel de gallina. La odiaba, a veces sentía lástima de ella. Una persona que siempre tiene razón es un asesino ciego, sordo, pero tú eso no puedes entenderlo, ni falta que hace. Es suficiente con que estés aquí.

El hombre calló y el silencio sofocado los rodeó. Sacó la navaja de la bota y apretó el mecanismo que hizo emerger la afilada hoja, con el dedo probó su superficie lustrosa. En el abismo de sus párpados semicerrados descansaba una profunda decepción.

—Ni familia ni relaciones. El hilo se quebró antes de que yo naciera, así que por qué despertar ahora los fantasmas del pasado. En el carro del pasado solo se llega al vertedero.

El hombre le entregó la navaja a la chica.

—Esta es la cruz de mi padre, una navaja siberiana. No sé lo que hizo con ella, pero yo se la clavé a Vimma. Un bellaco mató a otro.

Con el filo se acarició la mejilla.

—Ahora es tuya.

La chica aceptó el regalo. Pesaba. Su empuñadura negra era de hueso y tenía incrustada una cruz ortodoxa plateada. Sintió la fuerza de la navaja, y el camino recorrido hasta ese momento, con sus luces y sus sombras, la atravesó. Sus alegrías, tristezas, esperanza, desesperación, odio y tal vez amor. Entonces miró al hombre a los ojos y dijo igual que Job:

—Porque el temor que me espantaba me ha venido, y me ha acontecido lo que yo temía, Vadim Nikoláievich.

Él le acarició la mano con cariño, sacó del bolsillo una cajetilla de Raketti y se encendió uno. La chica extrajo la hoja de la navaja, miró la mano del hombre, luego el cuchillo pesado, afilado. ¿A cuánta gente se habría matado con él?

Se sacó del bolsillo un billete de veinticinco rublos y se lo entregó al hombre, que lo aceptó con una leve sonrisa y se lo guardó en el bolsillo. La nieve fuerte crujía bajo los zapatos de punta embotada del hombre. Por el aire revoloteaban gruesos, livianos, copos de nieve.

Cuando él se fue, los niños se acercaron. Admiraban y le pedían atrevidos todo lo que la chica poseía: el anillo, el collar, los botones, el cinturón, las horquillas, el fular. Le entregó el collar al niño mayor del grupo, quien lo examinó un instante, lo arrojó al suelo y empezó a insistir en tener los zapatos. Tras los niños acudieron unas ardillas de cola negra. Treparon a su hombro y a la cabeza, una trató de mordisquearle la cara. Los pequeños, arremolinados a su alrededor, las azuzaban contra ella. Uno de los chiquillos sostenía un palo y con él trataba de incordiar a la chica. Ella chilló fuerte, el niño echó a correr, pero regresó al momento y continuó clavándole el palo. La chica se lo arrebató y lo partió en dos, el crío comenzó a berrear, las ardillas desaparecieron y el resto de niños echaron a reír.

La chica dio un paseo por la orilla del riachuelo. La chiquillería seguía cada uno de sus pasos, alguno le arrojaba piedrecillas, mientras las mujeres observaban el trajín de sus hijos y reían orgullosas. La chica se metió la mano en el bolsillo y palpó la navaja, no pensaba en los niños ni en las mujeres.

El cielo somnoliento oscurecía rápido y un fuerte viento

procedente de las montañas trajo consigo un instante de nieve granulosa. Luego el viento amainó y sobre todos ellos descendió la paz de una tarde primaveral.

Cuando el mongol y Gafur regresaron de las montañas con el rebaño de ovejas, sobre la aldea de yurtas flotaba ya una ligera penumbra. El mongol sacrificó una oveja grande, dejó que la sangre de la carótida fluyera dentro de un balde de plástico rojo y se lo entregó a la mujer de más edad, quien desapareció con él en el interior de la yurta.

El mongol despellejó la oveja y, ayudado por Gafur, despiezó la carne. Entre tanto las mujeres encendían el fuego de la estufa exterior. Una vez troceada, el anfitrión introdujo la carne en el pellejo ensangrentado de la oveja y lo arrastró junto a la estufa asistido por Gafur.

Abrió el infiernillo, estaba repleto de piedras candentes, que el mongol sacó con unas pinzas de una en una, y las metió dentro del pellejo. Finalmente, ambos colgaron el pellejo sobre el fuego de la estufa de tal modo que se quemó la lana.

Una hora más tarde abrieron el pellejo y colocaron los pedazos de carne asados en un recipiente metálico. Se levantó un viento frío del noroeste. La chica entró en la tienda a calentarse. El hombre estaba apaciblemente sentado a una mesa baja, revolvía la cucharilla en un vaso de té. La chica se masajeó las manos al calor del fuego abierto.

—Pronto será mayo, mi niña —dijo el hombre—. Abril me gusta, pero lo que es el mayo siberiano lo odio. Ya empieza a soplar del nordeste el Esquinas Podridas, y ese viento trae consigo unas borrascas de nieve espantosas. Se siente asqueroso y repugnante.

El sol letárgico se derretía en el cielo y la luz ascendía. Se acomodaron en el suelo de la yurta, cada uno en su sitio. El hombre obsequió al anfitrión con un taladro manual, mermelada, un tarro de pepinillos y un montón de periódicos; a las mujeres les regaló perfume polaco y perlas de ámbar. A cambio, él recibió quince pieles frescas de marmota. En el calor de la yurta comieron buena carne de oveja y alzaron las copas. Gafur llenó una pipa de agua con marihuana cultivada en la región de Astracán y con un fuerte aceite de hachís grasiento, preparado a base de cannabis de Kazajistán. Los hombres de la tienda fumaron, a las mujeres no se

les ofreció.

Todo estaba en silencio. La mujer más joven sirvió kumis en unos tazones.

Al caer la noche, el hombre y Gafur se pusieron en pie dispuestos a irse. Se despidieron durante largo rato de los habitantes de la yurta, aún les entregaron algunos regalos más, y finalmente abandonaron la tienda. La chica los siguió. Un fuerte viento transportaba fina nieve helada, alrededor de la luna gris se extendía una aureola turquesa.

Los viajeros subieron al coche: los hombres delante, la chica en el familiar asiento de atrás y el Volga se puso en marcha entre resuellos y restallidos. La chiquillería lo perseguía arrojando piedras.

El remolino de la ventisca y la temprana oscuridad de la noche, que poco a poco envejecía y se transformaba en noche cerrada sobre las ancianas montañas, provocaron que los pensamientos de la chica la transportaran a Moscú. Pensó en las mañanas moscovitas cuando una densa niebla vela ambas orillas del río Moscú, en el agua fresca, helada, que rezuma la niebla; en los metros repletos de gente del campo que con sus enormes fardos se atascan entre las puertas del vagón, se enmarañan en las escaleras eléctricas, empujan, dan codazos, se abalanzan por todas partes; en las masas de gente a la deriva de un túnel de metro a otro. Por un instante olvidó todo lo demás. El Volga se precipitaba a espantosa velocidad ladera abajo. La tormenta de arena del norte azotaba indolente el parabrisas.

Después de medianoche alcanzaron la ciudad.

AÚN PERMANECIERON UN RATO MÁS de pie delante del hotel. Mientras los hombres fumaban el cigarrillo de despedida, el hombre miró penetrante a la chica con sus ojos brillantes, a la manera oriental, desde abajo, con expresión interesada, seria, pero muchachil.

—Nosotros nos vamos de putas, a oler los aromas de la vida y de la muerte —dijo. Al irse, se despidió de la chica agitando la mano sin energía.

Ella se sentó en su oscura habitación hasta la mañana. Pensó en Mitka, en su regreso de la dacha propiedad de la compañera de Irina. Una vez, Mitka y ella habían estado sentados en un electrotrén lleno a rebosar que olía a carencia y a indiferencia. Ella se había recostado en su hombro y sentido el movimiento: el movimiento en todo lo que la rodeaba y el movimiento en su interior. Así se había quedado dormida. Mitka la despertó en la estación de Moscú y le pidió que dijera un número de dieciocho cifras. La chica enumeró las cifras y al poco él calculó la quinta raíz de ese número. Era aficionado a los logaritmos, con tal intensidad, que a veces los números crecían en su cabeza y medraban tanto que le provocaban fiebre alta.

Solo entonces, cuando por el este se perfilaba una luz azul y las estrellas amarilleaban detrás de una cortina de nubes e iban adquiriendo el color de las mandarinas, por las mejillas de la chica resbalaron las primeras lágrimas.

El guía la aguardaba en la puerta de la cafetería de desayunos. Comieron y guardaron silencio. Él la miró indiferente y sugirió que pasara sola su último día en Ulán Bator, él iba a recibir a un turista alemán.

Nevó pausadamente durante todo el día. Una brisa ligera barría la nieve de los baches donde el agua turbia se había congelado, todo lo triste y todo lo gris se había desvanecido. La chica entró en un café. En medio del hedor a carne de oveja frita y a pestilencia cotidiana bramaba un hornillo Priimus, unos niños forcejeaban en

el suelo envueltos en una masa de nieve y barro, en el alféizar de la ventana un escolar atrapaba el sol en un pedazo de espejo, la chica pidió una taza de té con leche de cabra.

Por la tarde regresó al hotel, empaquetó sus escasas pertenencias, colocó los billetes de avión en la mesita de noche y se concentró en respirar. Durante un instante, una agradable penumbra buscó el camino hacia ella, y luego estaba allí. De la media luna pendía una estrella pálida, naranja. La pareja en absoluto iluminaba la ciudad durmiente, las estrellas habían caído en la arena roja helada del desierto del Gobi, solo Venus rutilaba brillante e impetuosa, los últimos copos de nieve descendían flotando sobre la tierra. La chica estaba preparada para aceptar su vida, con su dicha y su desdicha.

¡Estaba preparada para regresar a Moscú! ¡A Moscú!

Gracias

Riikka Ala-Harja, Jonni Aromaa, Mijaíl Berg, Jelena Bonner, Vladímir Dudintsev, J. K. Ihalainen, Ilf & Petrov, Víktor Eroféiev, Venedikt Eroféiev, Serguéi Yesenin, Anne Kaihua, Risto Kautto, Mijaíl Lérmontov, Nikolái Leskov, Sari Lindstén, Jukka Mallinen, Nadezhda Mandelshtam, Pekka Mustonen, Vladímir Nabokov, Eila Niaska, Teija Oikkonen, Sofi Oksanen, Outi Parikka, Konstantín Paustovski, Víktor Pelevin, Pekka Pesonen, Paula Pesonen, Liudmila Petrushévskaia, Andréi Platónov, Jevgeni Popov, Nina Sadur, Varlam Shalámov, Esa Seppänen, Konstantín Símonov, Andréi Siniavski, Vladímir Sorokin, Vasili Shukshín, Marina Tarkovskaya, Andréi Tarkovski, Tatiana Tolstaya, Lev Tolstói, Artemi Troitski, Yuri Trifonov, Marina Tsvietáieva, Iván Turguénev, Liudmila Ulítskaya, Jarmo Valtanen, Galina Vishnévskaia, Marina Vlady, Mijaíl Zóschenko y muchos más.

Extractos de *La flor roja*, de Vsévolod Garshin (Editorial Nevsky Prospects, 2011). Traducción de Patricia Gonzalo de Jesús.

Rosa Liksom nació en Laponia, Finlandia, de padres granjeros. A los 17 años se trasladó a Helsinki. Estudió antropología en la universidad. Vivió cuatro años en Kristiania, Copenhague, y pasó muchos veranos en París. También vivió en el norte de Noruega y en Islandia y pasó la época de Breznev en Moscú. Escribió sus tres primeros libros en Kristiania, mientras trabajaba en una panadería y ayudaba en una tienda local. Volvió a Helsinki (Finlandia) en 1987. Ha recibido el Premio Finlandia y el Premio Nórdico de la Academia Sueca. Su obra ha sido traducida a diecinueve idiomas. Además de escritora, es pintora y cineasta. Compartimento nº 6, la adaptación cinematográfica de esta novela, fue galardonada con el Gran Premio del Jurado del Festival de Cannes.